

NEKO

La  
Película del Día



-San Salvador

1925





UN volumen de artículos, así sean artículos sin importancia alguna, necesita de un prólogo: esto es indiscutible.

Pero cómo lograr que un escritor de mérito se decida a «prologar» un tomo de «Películas»?

Este es el inconveniente máximo que me había detenido en el mal pensamiento de reunir en un librito algunas de esas «películas» que, merced al favor del público, han despertado cierto interés.

Para el prólogo pensé, primero que en nadie, en don Alberto Masferrer.

—A mí me hace el prólogo Masferrer; eso no tiene remedio.

Pero, merecía mi prosa deslabazada y escrita al correr de la máquina, quitar unas cuantas horas al notabilísimo prosista?

Y la respuesta se impuso: no hay derecho a tal atentado a la tranquilidad de don Alberto.

Pensemos en otro.

Y fuí recorriendo nombres y nombres: Manuel Andino..... No, ese no; desde que es Diputado y Director de periódico, no tiene tiempo sino para cobrar dietas y decenas y no va a dejar de firmar la nómina o la planilla, para escribir unas cuantas cuartillas..... Arturo Ambrogi? El maestro Gavidía? No; decididamente ninguno sería tan valeroso que se echara al colete este volumen para ponerle unas cuantas líneas al principio.

Y pensé que lo mejor era no prologarlo.

Y así va; sin recomendaciones de nadie, sin haber hecho una corrección en las «Películas», publicándolas tal y como salieron en LA PRENSA, para vergüenza mía y mal ejemplo de los que dedican su tiempo a emborronar cuartillas.

Y salvado lo del prólogo, me asaltó otra duda cruel: a quién le dedico el libro?

Porque esto de las dedicatorias es muy productivo; yo sé de quién ha hecho una edición de algo titulado versos, que con una dedicatoria logró cubrir todos los gastos de impresión y aún le quedó un poco de pisto.

Se lo dedicaré a..... No; ya lo han sableado mucho y no me creo con derecho para atentar contra su bolsillo.

Y aquí comencé a recorrer la lista de los Mecenas que han protegido a los escritores más o menos nacionales y después de una larga investigación, comprendí que sólo a una persona podía dedicarle este volumen y que esa persona no se vería en el compromiso de hacerme un obsequio en numerario: A<sup>1</sup> público.

Sí, eso es. El público es el más sufrido de todos. Por eso lo llenan de elogios, lo mismo los empresarios teatrales que los artistas; de igual modo los políticos que los industriales.

Pobre público!

Y como no protesta jamás, a él le dedico, con todas sus consecuencias, este volumen, que tiene una ventaja inmensa sobre todos los volúmenes aparecidos: que no cuesta un solo centavo.

Y aquí comienzo a hincharme de esa vanidad que me está volviendo obeso. Yo regalo; yo doy; yo no cobro.....

No me parezco en esto a los médicos que cobran sus visitas, sanen o no al paciente; a los abogados, que suelen cobrarnos por perder un pleito, más de lo que tenemos; a los comerciantes, que por un reloj que anda a razón de treinta y tres horas al día, nos sacan un puñado de colones, ni a los del «Tráfico», que nos cobran una multa por si tomamos la derecha o la izquierda, sin recordar el precepto divino que dice: «que no sepa tu derecha lo que ha hecho tu izquierda».

Yo pensé—para hacerme de unos cuantos colones—imprimir dos docenas de volúmenes en papel finísimo, empastarlos con cierto lujo y enviar cada uno de los ejemplares a personas pudientes, con la consabida dedi-

catoria: «Al ilustre prócer don Fulano de Tal, homenaje de admiración de El Autor», o aquello de: «Al magnánimo protector de las letras indohispanas. Muy devotamente», o cualquiera otra dedicatoria cursi que amerita el envío de un regalo; pero me aparté de tan mal pensamiento y no emplearé ese tan socorrido método de sacar el dinero al prójimo.

Además, regalado el volumen, tengo la seguridad de que la edición se agotará en breve; como que para eso del «choto» somos una especialidad. Y así, dentro de algunos días podré publicar un parrafejo que diga: La «bella» edición de las «famosas» Películas del Día», «nítidamente» impresas en el «gran» taller de este diario, se ha agotado, por lo que felicitamos al «distinguido» y «joven» autor de ellas, nuestro «estimable» compañero en las «arduas» tareas del diarismo, conocido con el «popular» nombre de Neko.

Y tendré la sabrosa satisfacción de no verme expuesto en las vitrinas de ninguna librería, con un rotulito que se lea: «La Película del Día», por Neko.—Precio del ejemplar: tres colones.—Último precio, catorce centavos.»

Y una vez que he explicado a mis amables lectores por qué va este librito sin prólogo, sin dedicatoria y sin ninguno de esos aditamentos que ponen a sus producciones nuestros distinguidos escritores, para ampararlas, sólo me resta contarles un cuentecillo, que viene que ni pintado para esta ocasión.

Estrenábase en un teatro madrileño una de esas obrillas que no tienen pies ni cabeza y el público—que no es muy paciente el de la Villa del Oso y del Madroño—comenzó a protestar. Las protestas subieron de punto y a poco degeneraron en un verdadero tumulto.

Los empresarios no sabían si echar el telón o llamar en su auxilio a la fuerza pública; cuando de pronto salió a la escena el autor de la obra.

Aquello fue el delirio: gritos, imprecaciones, cuchufletas y algunas verduras que fueron a caer a los pies del joven escritor que, con pausados ademanes solicitaba el silencio de aquel revuelto gallinero.

—Oiremos qué nos dice—exclamó uno.

—Escucharemos una nueva gansada—dijo otro.

Pero todos, deseosos de oír las disculpas del escritor, terminaron por callarse.

---

Cuando el silencio era tan completo que el aleteo de un zancudo parecía el zumbido de la hélice de un aeroplano, el escritor se adelantó hasta las candilejas y con voz tranquila y mesurada dijo:

—Respetable público: no lo volveré a hacer.

Aquella salida de tono desarmó a los más furiosos y tornó la rechifla en una ovación.

El autor era Julián Romea, muy famoso después por sus obras teatrales.

Yo, parodiando al escritor hispano, compungido y seriamente dispuesto a no publicar más obras, digo a todos ustedes:

—Perdón, señores; no lo volveré a hacer.

*Neko.*

## DE SOTERO

EL señor Neko no ha querido prologar su libro ni dedicarlo a nadie. Allá él; yo en vidas privadas, no me meto.

Pero por lo que a mi me corresponde y por la parte que me toca en este librito, si bien perdono el prólogo, no dispense la dedicatoria.

Y no lo dedico a los vivos, sino a los muertos; a los muertos políticamente, por lo menos.

A los que fueron alcaldes y no hicieron nada en provecho de la ciudad; a los gobernantes que nos condenaron al quietismo sin promulgar una nueva ley ni edificar una modesta escuela; a los que chuparon ávidamente las inagotables ubres del Presupuesto, sin acordarse del pueblo; a los Diputados que cobraron sus dietas beatíficamente sin darnos una sola Ley; a los que nos habían privado de las fiestas agostinas y a todos aquellos que, atentos sólo a su lucro personal, se olvidaron de los pobres que tenían hambre y sed de justicia.

A ellos les dedico mi libro, con el deseo de que al publicar otro volumen—si Dios la vida me presta—no tenga que dedicarlo, en los mismos términos, a los que ahora están despertándonos del sueño a que nos habían condenado sus predecesores.

Estas «Películas», que hoy son expuestas a la pública vergüenza, fueron escritas hace años; ninguna de ellas trata de asuntos de «palpitante actualidad»—como dicen los confeccionadores de programas teatrales—y si no tienen mérito alguno, no es culpa mía, sino del señor Neko, que por andar enamorando mengalas, piropeando cocineras y criticando a los chichipates, se olvidó de «pelicular» a los políticos, a quienes, según sé, tiene más miedo que al cobrador del cuarto en que vive y que paga con tanto atraso como a mí mis mensualidades.

Y ustedes perdonarán si mi dedicatoria ha sido extensa.

Pero si no digo todo eso que me estaba bullendo en el interior de la cabeza, reviento.

*Sotero.*



## JUNTO AL CHELE URBANO

**H**AY dudas de esas que tirabuzonean el alma. Una de ellas es la de no saber ni en dónde se vive.

Yo tengo casa y cuando un amigo me interroga por las señas de mi domicilio no sé explicarle dónde «pernocto».

En dónde vivo?

Esta interrogación me escarabajea de continuo. Días pasados tomé una casa de esas en que el baño está formado por cuatro tablas podridas, los techos protegidos por «acapetates» y las puertas aseguradas con unas cerraduras que no cierran. Pero estos son «males menores».

Lo peor es que cuando tomo un automóvil o uno de esos coches desvencijados de que disfrutamos los capitalinos, no puedo entenderme con los conductores.

A uno de ellos le dije: 10 Calle Poniente, 898.

Y el hombre me miró con cara de susto y me interrogó:

—Por dónde queda esa calle?

—No lo sé; usted que es cochero debería saberlo.

—Es que así, por nortes y sures y orientes y po-

nientes, no puedo guiarme. Pero dígame quién vive cerca y lo llevaré en un vuelo.

—No conozco a mis vecinos.

—Pues debía conocerlos. En fin, suba y ya daremos con su casa.

Monté en el vehículo. Aquel golpetear de hierros mal unidos, aquel paso benedictino de las famélicas mulas, me desesperaba y más aún el tener que servir de guía al cochero.

—Dobla a la izquierda; sigue recto; ahora a la derecha.

Hasta que llegamos a mi casa y cuando nos detuvimos en la puerta, el bueno del cochero me lanzó una risotada, diciendo:

—Debía haberme dicho que era frente a la casa de las niñas Ildegundas, junto al chele Urbano. Si me lo dice lo traigo sin andar tonteando.

Apunté aquellos nombres en el cuaderno de la memoria y desde ese día, cada vez que tomo un coche o un auto le digo:

—Junto al chele Urbano.

Y llego directamente.

Pero ocurrió que no recibía cartas. Y eso que esperaba una importantísima. Fuí al correo y me encontré con que tenía ocho cartas rezagadas por mala dirección.

Amablemente, con una obsequiosidad digna de un introductor de embajadores, indiqué al encargado de ese departamento que, en lo sucesivo, cada vez que me llegara una carta, pusiera en el sobre aquello de las niñas Ildegundas y del chele Urbano, para que no sufrieran demora.

Y el hombre, con una cortesía superior a la de Hernán Cortez, que es el mayor cortés que ha existido, me replicó:

—Aquí no podemos poner tantas señas, diga la calle o la avenida y el número.

Me quedé petrificado, porque con aquello del

chele Urbano había olvidado totalmente si vivía en una calle o en una avenida.

Pero no paran aquí mis torturas. Ayer se mudaron las niñas Ildegundas. En medio de la polvareda que levantó un norte «que soplaba del sur», fueron sacando sus cuentos y *tiliches* y ahora no me queda, como punto de referencia, sino el chele Urbano, y en cuanto se cambie este chele voy a tener que empadronar a los vecinos para poder saber dónde vivo.

A no ser que, con el tiempo, yo también sea un punto de referencia y cuando alguien dé las señas de su domicilio exclame:

—A la vuelta de donde el «hombre del puro».

Porque a mí, por una de esas anomalías columniosas que hay, me han puesto de mote: El hombre del puro.

Y eso que casi no fumo.

SECRET

A.N.T.

B

•

## MARCHA MACABRA

RECIBÍ una esquila, con una orla fúnebre de media vara de ancho.  
Aquella misiva decía:

██████████

R. I. P.

Hoy, a las 6 de la mañana, falleció el señor

CHINDASVINTO PINZON.

Su afligida madre, hermanos, tíos, sobrinos y demás parientes lo participan a usted con el alma traspasada de dolor y le invitan al sepelio que se efectuará esta tarde a las 3 en el Cementerio General.

San Salvador, 9 de febrero de 1922.

Juana Pinzón, Manuela Pinzón, Octavia Pinzón,  
Olivia Pinzón, José Pinzón, Renato Pinzón,  
Radegundo Pinzón.

██████████

La noticia me dejó convertido en un sorbete.

Pobre Chindasvinto!

Tan bueno, tan servicial, tan ecuánime, tan abstemio.

—Tengo que asistir al sepelio—me dije in mente. Por fortuna Chindasvinto vivía a una cuadra del fúnebre domicilio de los muertos.

Me enfundé en un traje negro, me puse unos zapatos de charol y a eso de las dos y media me dirigí a la casa de Chindasvinto.

Allá me encontré a todos los Pinzones. Sólo faltaba Vicente Yáñez Pinzón. Sin duda no había sobrevivido a la época del descubrimiento de las Américas.

Las tres.

Las tres y media.

Las cuatro.

Se escuchan los últimos lamentos gemebundos de la madre, hermanos y demás Pinzones y se toman los dispositivos para llevar en hombros el cadáver.

Yo me brindo a la faena. Y héteme convertido en bestia de carga, con el cuerpo de Chindasvinto a cuestas.

Afortunadamente sólo había que atravesar la calle y penetrar en el Cementerio.

Pero ¡oh tiranía de las costumbres!

El que presidía el fúnebre cortejo, el mayor de los Pinzones dió la orden:

—A la derecha!

Y comenzó la más macabra de todas las correrías. Hubo que ir, desde las inmediaciones del cementerio hasta el final de la Avenida Independencia, porque Chindasvinto, en sus mocedades, había sido brequero del Ferrocarril de Occidente.

Llegué sudoroso. El viento norte había arrojado sobre mi cara una cantidad de polvo inaudita y cuando otro cirineo me relevó y me ví en un espejito de bolsillo, mi cara parecía una máscara.

---

De la Avenida fuimos a la Calavera. Y eso porque Pinzón tuvo una pulpería en ese sitio.

La marcha macabra seguía.

A mí se me antoja que el cadáver despedía un olorcillo no del todo agradable.

De la Calavera al Cementerio.

Esa fue la orden del que presidía el duelo.

Y cuando daban las seis íbamos entrando por las puertas de la mansión igualitaria. Todos empolvados, todos sudorosos, todos destrozados por aquel paseo póstumo del maloliente cuerpo de Chindasvinto.

Y los caballos que tiraban del carro fúnebre nos miraban con ojos de lástima.

Y se reían; aseguro a ustedes que se reían.

A fé que tenían razón.

Yo, cuando me muera, pido que me lleven en ese paseo fúnebre, al Parque Bolívar, por la noche, a las 9 y que el maestro Ferrer me toque la marcha macabra de Saint Saens o la fúnebre de Chopin. Y si no la sabe que me toque «Cara Sucia.»

Todo es música.

## ¡OH. LA SERVIDUMBRE!

TENGO una criada!  
Y se llama Carmela!

La cosa, a la simple vista, parece carecer de importancia; pero examinada con detenimiento, es casi un suceso mundial.

Eso de la servidumbre es aquí un problema aterrador.

Yo he «padecido» en un mes, cuatro criadas. Y cada una era peor que la anterior.

Pues bien, esta mañana, se me presentó Carmela, joven, medias azules, botas amarillas y tapado de color de verde pradera.

Me alargó una carta de recomendación firmada por las niñas Pascasias, las de la pulpería, en la que se pormenorizaban todas las habilidades de Carmela.

—Verá, señor, yo soy una de las criadas más solicitadas. No tengo defectos y como soy «íngrima», no tienen la molestia de mi familia.

—Sabrás cocinar?

—Sé hacer patatas fritas, frijoles fritos y hasta carne frita. Creo que con eso nadie se muere de hambre.

- No, pero se puede morir de aburrimiento. Y, cuánto quieres ganar?
- Eso depende. Si voy al mercado ganaré siete colones, y si no voy, ganaré doce.
- No me explico esa diferencia; debería ser al contrario, pues eso de ir al mercado tiene sus molestias. Pero, en fin, te daré los siete colones e irás al mercado.
- Carmela se sentó, sin que yo le invitara a ello, como prueba de la buena educación que había recibido en la pulpería de las Pascasias y fué la que me interrogó.
- A qué hora se levanta Ud?
- Entre 7 y 11.
- Y a qué hora se acuesta?
- Entre 12 de la noche y 3 de la mañana.
- Pues no debe desvelarse tanto: eso es poco «salutífero».
- Mira, Carmela, en mi vida «interna» no te inmiscuyas.
- Qué le agrada para desayunar?
- Café con leche o chocolate.
- Y para almorzar?
- Cualquier cosa.
- Y para comer?
- Idem.....
- Idem, no sé hacer, de modo que se conformará con comer lo que sobre del almuerzo. Y para que después no andemos con tonteras, voy a decirle mis condiciones. De sueldo ya estamos «contestes»; el desayuno se lo daré a las 8, el almuerzo a las 12 y la comida a las 6. Los días de función ordinaria en el Principal tendrá que comer a las 5, porque yo no pierdo una ordinaria. No duermo en la casa porque tengo un primo a quien cuido por las noches; no lavo la ropa porque me asquea el jabón de cuche, ni barro el suelo porque me hace daño el polvo.

Me tiene que adelantar cuatro colones para pagar el cuarto del mesón, porque me lo quieren quitar. Además, no me gusta que ensucie muchos platos en la comida.

—Muy bien, Carmela.

—Por las tardes me gusta estar en el zaguán para hablar con mis amigas.

—Perfectamente.

—Y el primer domingo de cada mes no cuente conmigo por las tardes, porque voy a la Península, pues es día de visita.

—Y, qué más?

—Por ahora nada más; puede que luego se me ocurra otra cosa.

—Óptimo, Carmela. Eres la perla de las criadas. Desde hoy entras a mi servicio.

Y le adelanté los cuatro colones y le dí otros tres más para la compra. Y Carmela volvió a la hora del almuerzo y me sirvió una serie de guisotes, todos fritos.

Fuí por la tarde a la casa de las Pascasias y al darles las gracias por el obsequio de esa joya de las sirvientas, la mayor de ellas, con una voz destemplada me preguntó:

—Y, diga usted, cuando le dió para la compra, regresó?

—Naturalmente!

—Pues me sorprende, porque tiene la costumbre de no regresar. Es una criada modelo.

—Pero, niña Pascasia, si esta es un modelo, cómo serán las otras?

—Las otras? con decir a usted que Carmela es el modelo, ya puede figurarse.

Realmente vivimos en el mejor de los mundos conocidos.

## CUENTAS GALANAS

Ex eso de las matemáticas es una fiera don Tranquilino Pitágoras. Es de los que pueden resolver ecuaciones de tercer grado con dos incógnitas, con la misma facilidad con que un bolo se toma dos copas de guaro.

Pues bien, a don Tranquilino me lo encontré con un lápiz haciendo números y con la cara congestionada por la fatiga.

Debe estar resolviendo la cuadratura del círculo o el movimiento continuo—me pensé—y tomando una silla acomodé en ella mi humanidad, esperando que el buen Pitágoras terminara su cuenta para hablarle de un asunto numérico que me preocupaba mucho.

Pitágoras borraba, hacía sumas, extraía raíces cúbicas. Y nada, el problema no se resolvía.

Con timidez, aventuré una pregunta.

—Qué es lo que se resiste a sus cálculos, don Tranquilino?

—Una cuenta que no puede salirme. Yo soy un hombre metódico. Todo lo tengo catalogado, lo mismo mis zapatos que mis corbatas, lo mismo las escobas que los güisquiles. Doy una

cantidad diaria para el gasto, anoto lo que se ha gastado y cuando hago el balance del mes me faltan cuatro colones.

—Se los habrá «distráido» la sirvienta.

—Imposible. Es una sirvienta que tengo desde la época de Regalado y la honradez es en ella incorruptible.

Pues en algo estará el error.

—Es que lo busco, sumo, multiplico, divido y nada, me faltan los cuatro colones. Mire, amigo, yo doy cien colones mensuales para los gastos de casa. Mi sirvienta me trae las cuentas, voy anotando las cantidades y hoy, al hacer la suma final veo que me faltan cuatro colones.

—Llame a la sirvienta, quizá ella, le explicará el paradero de esos realitos.

—Ella? Si no sabe de cuentas ni una palabra. Con decirle a Ud. que cuando el cambio es mayor de diez centavos no atina a comprobarlo, porque le faltan dedos.

—Sin embargo, llámela.

—Verá como nada sacamos en claro. Y con un vozarrón de bajo profundo grito:

—Sisebuta.

Y la Sisebuta apareció en la estancia. Es una doméstica que sólo tiene de carne la lengua. Lo demás es el hueso recubierto con una epidermis color de terra cotta.

—Qué manda?

—Aquí, en la cuenta faltan cuatro colones. Dónde están?

—No falta nada, señor.

—Cómo que no? A mí en números no hay quien me compita, ni don Cornelio Sierra.

—Pues no falta nada. Verá usted—dijo dirigiéndose a mí—el señor quiere hacer la cuenta por

- centavos, y por eso no le sale. Hay que hacerla por medios y por reales y entonces sí sale.
- Pero, Sisebuta, repliqué, lo mismo es de un modo que del otro.
- No, señor; no es lo mismo. Verá. Voy y compro un real de queso y me dan siete reales vueltos.
- Que son—interrumpió don Tranquilino—ochenta y ocho centavos.
- No, señor, le arguyó la Sisebuta; que son siete reales, que no es lo mismo.
- Yo creo que es lo mismo, le dije.
- No, señor; cada real tiene doce centavos y siete reales..... Y comenzó con los dedos un manipuleo extraordinario para saber cuántos centavos eran siete reales.
- No se canse, Sisebuta, explique recurriendo en su ayuda. Siete reales, teniendo cada real doce centavos, son 84 centavos.
- Pero así pierdo cuatro centavos en cada peso, gritó don Tranquilino.
- Yo no sé cuánto se perderá, dijo la Sisebuta, pero así es como hacemos las compras en el mercado y en todas partes. Un real son doce centavos y nada más. ¿O se cree usted que vamos a partir los reales y los medios y hasta los cuises?
- Pitágoras, se rascó la calva, se caló las antiparras y con su misma voz cavernosa le dijo:
- Retírate, Sisebuta. Ya sé dónde están mis cuatro colones. En manos de los vendedores. Desde mañana no doy bambas ni billetes. Menudo y menudo y de este modo me ahorro cuatro colones mensuales.

## LA PUPUSERA

**S**OPLA el viento; las casas son cerradas, los paseos están desiertos, los teatros solitarios; nadie se aventura a pasear cuando aquellas ráfagas huracanadas se enseñorean de las calles.

Estamos tan acostumbrados a nuestras noches paradisiacas, que el vientecillo, aún cuando sea ténue como un céfiro, nos molesta. Y cuando tiene una velocidad de diez metros por segundo, la cosa resulta intolerable.

¡Condenado viento! El parque parecía un lugar de desolación, apenas si dos o tres empedernidos se aferraban a las bancas y en ellas discutían si Frégoli Vargas tenía sesenta o noventa años; discusión trascendental que los obligaba a gastar horas y más horas.

En el interior de algunas casas las niñas tocan el piano. Yo recorrí varias calles y escuché, por lo menos, cincuenta pianistas golpeando en el teclado «La Luna», «Besar no es pecado» y otras cancioncillas de la Mayendía.

Y allá en la esquina, firme como una roca, incon-

movible, valerosa, la pupusera resistiendo estoicamente el huracán.

Las pupusas humecaban, las manos de la pupusera no tienen momento de descanso y de las casas vecinas rápidamente, temerosamente, salían las sirvientas o las zipotas en demanda del popular artículo.

¡Oh, la pupusera! Lo mismo que llueva o que sople el vendabal; lo mismo en los días cálidos, en que el aire se vuelve fuego invisible, que en aquellos en que el frío nos da su helada caricia, ella está firme. Nada la acobarda.

El chino cierra su pulpería, el teatro está desierto, los viandantes pasan rápidos, como hojas empujadas por el aire, y sólo ella, en su trono de piedra, está impávida haciendo pupusas.

Son las nueve de la noche; los escasos paseantes se retiran del parque en demanda de sus abrigados hogares, todas las casas están cerradas y apenas si a través de alguna ventana se advierte cierta claridad. Todos huyen del aire, todos, menos la pupusera.

Y son las dos de la mañana, nadie transita, quizá un desvelado pasa rumbo a su domicilio con las manos enfundadas en los bolsillos y el aspecto cansado del que asistió a un velorio o a un baile fastidioso. Va solo, parece ser —aparte de la policía— el único ser viviente que transita a esas horas, el único que está en las calles. Pero no; en la esquina está la pupusera.

Y son las seis. Y allá está la de las pupusas listas para el desayuno, tan sonriente como por la noche, tan feliz como siempre. Parece incansable.

El fuego arde lentamente, la mesa sucia y coja está a un lado y ante ella sentados los trabajadores que toman sendas tazas de café y comen

calientes pupusas. Y se van, se van a sus labores.

Y ella, la pupusera, queda allí, eternamente, sentada sobre el desvencijado banquillo o sobre la voluminosa piedra.

A qué horas duerme? Nadie lo sabe.

Yo creo que no duerme, sino que su vida es un sueño.

Sueña en que esa labor fatigosa la hará rica y con ese sueño es feliz. Una felicidad envidiable. La felicidad de los que sueñan despiertos.

## ¡CATASTROFICO!

**D**ON Prudenciano es un ser feliz. Es soltero, empleado del Gobierno y vive en Aculhuaca. Qué más se puede pedir?

Para un asunto oficial necesitaba a don Prudenciano y fuíme a buscarlo a su oficina el jueves y no lo hallé: era día de fiesta nacional.

Regresé el viernes, y la fiesta seguía.

Se trataba de celebrar el primer aniversario de la firma del Pacto de San José.

Hoy ví a don Prudenciano y le expresé mi admiración por esas festividades y él, con esa parsimonia que pone en todos sus actos, me explicó:

—El decreto se expidió cuando todos creímos que la Unión era una realidad.

—Sí, pero la Unión murió.

—Pero ha quedado vivo el decreto. Algo había de quedar.

—Yo no quiero meterme en interioridades, pero creo que esos días de fiesta no tienen razón de ser.

—Mire, amigo, si nos ponemos a discurrir cuáles son las fiestas que tienen razón de ser y cuáles no las tienen, vamos a perder, los empleados

- públicos, lo menos sesenta días de fiesta al año.
- Contando con los domingos?
  - Los domingos aparte. El domingo es un día sagrado. Todos los días deberían ser domingos. Pero ya que no es posible tan bella realidad, nos conformamos con las fiestas patrias, las religiosas, los onomásticos de los jefes, la firma del armisticio, y los sábados en la tarde. De vez en cuando se muere un personaje, día de asueto; nombran a un alto funcionario, día de asueto.
  - Con tantos días de asueto se retrasará el trabajo, el público sufrirá perjuicios.....
  - Nada de eso. Para todo hay tiempo.
  - Usted sabe cuántos días trabaja al año?
  - No cuento los días que trabajo, les tengo horror, pero cuento los que no trabajo y entre domingos, festividades cívicas, religiosas, defunciones, nombramientos y enfermedades, dejo de trabajar unos doscientos días por año. Me parece que no es para causar admiración.
  - A mí me parece excesivo.
  - Porque usted tiene formada una opinión muy rara del trabajo. Usted cree que se debe trabajar todos los días; que el hombre es un burro de carga. No, señor; hay que trabajar lo menos posible, para eso se inventaron los días festivos.
  - Sí, los domingos, convengo en ello.
  - Esos fueron invención divina, pero los humanos también tenemos derecho a ser inventores e inventamos los demás días. San José, la Purísima, los cuatro jueves del año, la Semana Santa, la Candelaria y cien más. Lo que prueba que somos hombres de inventiva.
  - Y usted, cuánto gana?
  - El presupuesto me asigna cien colones mensuales.

- 
- O lo que es lo mismo, tres colones y treinta y tres centavos diarios.
- Exactamente.
- O hablando más claro, y calculando las famosas ocho horas de trabajo, usted gana unos cuarenta y un centavos y medio por hora.
- Es usted un Pitágoras.
- De modo, mi distinguido don Prudenciano, que usted, según me dice, trabaja unos ciento sesenta días por año.
- Sobre poco más o menos.
- A razón de ocho horas diarias.
- Menos el retardo al entrar, el adelanto al salir y las conversaciones al trabajar. Porque no vamos a llegar y ponernos a escribir comunicaciones tras comunicaciones. Hay que discutir si la película de la Bertini es mejor que la de la Boreli o si la Mayendía tenía más años que Frégoli Vargas o vice versa.
- En resumen, cuántas horas trabajará usted?
- Pongamos seis..... de cinco a seishoras diarias.
- Bien, pongamos seis. Seis horas a cuarenta y un centavos y medio por hora, son dos colones cincuenta centavos, despreciando fracciones, de modo que usted que trabaja sus ciento sesenta días, debería ganar, cobrando cuarenta y uno y medio centavos por hora, cuatrocientos colones al año, y como a razón de cien colones mensuales cobra mil doscientos, se deduce que usted cobra, sin ganarlos, ochocientos colones de más cada año.
- Por Dios, amigo, me dijo, tapándome la boca con una mano hedionda a cabuya de las más baratas, por Dios, no lo repita, que si lo oye el Ministro de Hacienda y se pone el lápiz en la mano a sacar esa cuentecita, una de dos: o nos rebaja el sueldo o nos rebaja los días festivos. Y cualquiera de esas dos cosas sería catastrófica.

## ¡ES IGUAL!

En Sensuntepeque pasan cosas graciosas. Por ejemplo el jurado de José Reyes Mendoza. Este sujeto estaba procesado por perjurio en materia criminal y se le recluyó en la cárcel, como era natural.

Y después de llenar cuadernos enteros con citas, declaraciones y demás incidentes propios del caso, se pensó llevar la causa ante el Jurado.

Pero no todo lo que se piensa se puede hacer en unos días y estos pasaban y pasaban hasta que, por fin, se reunió el famoso Jurado.

Ya se iba a castigar al perjuero; ya se iba a satisfacer la vindicta pública.

El Fiscal, doctor Castellanos, pediría para el reo la aplicación de todo el rigor de la ley, en tanto que el defensor, Juan Pablo López, trataría de ablandar el corazón de los jurados, aduciendo razonamientos capaces de enternecer a las piedras.

Se hizo derroche de oratoria, se citaron los artículos de la ley, las Siete Partidas, las adiciones y las reformas al Código. Los jurados estaban conmovidos ante tanta sabiduría,

pero en su ánimo estaba que aquel hombre era culpable y después de deliberar un buen rato, dieron su veredicto condenatorio.

El Fiscal triunfaba, sus teorías habían tenido éxito. La sociedad tendría recluído en la cárcel al sujeto que había jurado en falso.

Y el defensor estaba triste, con el amargor de la derrota. Toda su elocuencia no había sido capaz de conmover a los señores del Jurado, que luego de dictar su veredicto, fueron saliendo del salón del Tribunal, satisfechos de haber cumplido con aquel deber de conciencia.

—Triste caso, decía el defensor. ¿Cómo consolar al pobre Mendoza?

—Pues yo acabo de verle, después del veredicto, sonriente y decididor; tal parece que no han hecho mella en su ánimo las palabras del Fiscal ni la condena que pesa sobre él.

—¡Es un hombre de hierro! ¡Un estoico!

—Así lo creo.

—Voy a verlo a la prisión para decirle que intentaremos cuanto recurso pone en nuestras manos la ley, a fin de suavizar su condena.

Y allá se fueron cariocontecidos el defensor y su amigo, en busca del reo para darle consuelos y fortificar su espíritu, haciéndole creer que aún tenía recursos legales para apelar de aquella sentencia.

En la cárcel se hallaron con una sorpresa. Mendoza ya no era huésped de aquel cerrado sitio. Se les dijo que estaba en la calle y aún se agregó que celebraba con unos amigos, el veredicto del Jurado.

—¡Es un valiente! prorrumpía el defensor. Ni la adversidad le doblega.

—¡Qué hombre! Exclamaba el amigo. Hay que tener el corazón muy en su sitio para no entristecerse ante un veredicto condenatorio.

Y los dos se dieron a la tarea de buscar el impávido reo que así se mofaba de las sentencias. Y lo hallaron. Estaba en una cantina entregado a las más alegres libaciones en la agradable compañía de unos cuantos fraternos camaradas.

—¡Mendoza!—gritó el defensor.

—Doctor, tómese un trago. Estamos celebrando el fin del Jurado.

—Pero si ha sido condenatorio el veredicto!

—Y a mí qué se me dá.

—Cómo, desdichado, tendrá usted que cumplir una dilatada pena. Y no por culpa mía, yo he derrochado una elocuencia demosteniana, pero no pude conmover el corazón de los Jurados. Aquellos hombres eran más incommovibles que una roca.

—Pues me tiene sin cuidado. Yo lo que deseaba es que se efectuara el Jurado, lo que resultara del veredicto me era igual: absolutorio o condenatorio me daba lo mismo.

—Pero usted es imperturbable?

—No, doctor, soy de lo más sensible; por eso estoy contento.

—No me explico.

—El caso es sencillo. Dicen que cometí un perjurio: bueno, no discutiré si lo cometí o no lo cometí; eso es para mí de poca monta, pero cuando se me atribuyó ese delito fuí detenido y preso.

—Y ahora regresará usted a la prisión.

—No, señor.

—Por qué?

—Porque entre diligencias, traslados, citas, declaraciones y demás hilos que forman la telaraña de un proceso, se ha pasado tanto tiempo que resulta que aún cuando el veredicto fue condenatorio yo «ya cumplí la pena», de modo

- que «automáticamente» he quedado en libertad. Yo, lo que quería era que se efectuara el Jurado, para no seguir sufriendo molestias. Que me absolvían, bueno; que me condenaban, bueno. De todos modos quedaba en libertad.
- De modo que usted ha pagado una pena anticipadamente? Y si el fallo hubiera sido favorable, qué habría pasado?
- Con un: usted dispense, estábamos listos.
- Es que la justicia.....
- Doctor, déjese de justicias y tómese un trago con nosotros..... Y dirigiéndose al cantinero le espetó la frase sacramental: Sírvase una media.

## LAS CHINAS

NI la película más regocijada; ni las contorsiones de Chaplin, ni ver a don Choma Peña, con traje nuevo y limpito, tiene para mí más encantos que pasarme una horita en el Parque Barrios contemplando lo que hacen las «chinas», esas renombradas «chinas» que han resuelto el peliagudo problema de vivir sin trabajar.

Por las tardes, cuando el sol nos mira de soslayo, van en grupitos hasta las frondosidades encubridoras del parque, donde las esperan sus galancetes, de pantalón de dril y sombrero de pita.

Llegan bien vestidas, con el albo delantal, el pelo brillante de manteca perfumada y el niño en brazos. Algunas hasta llevan corset y varias se suelen aplicar sobre las morenas mejillas, los polvos que las «niñas» se han dejado en el tocador.

Van a pasear a los ilustres retoños de las familias «bien»; de esas que tienen automóvil, casa sola y pianola.

Los tales retoños, en cuanto son dejados por las

«chinas» en las calles del parque, comienzan a formar grupitos por edades y mientras que unos juegan con una pelota llena de barro, otros corren sobre los prados y los de más allá se arrastran por el suelo.

Y en tanto las «chinas» se distraen escuchando las palabras amorosas de sus respectivos «Don Juanes» que hasta les recitan versos de Juan de Dios Peza o de otro poeta doméstico.

—Mirá, Secundina, ya se cayó el «chichí» y se ha raspado las narices.

—Dejálo, ya se levantará, ha salido a su padre que siempre se está cayendo.

—Plutarca!

—Qué querés?

—Vení ve. La Haydecita se ha clavado una espina y le está saliendo sangre del dedito.

—Que se lo chupe. Pa que está tronchando flores. Yo no puedo ir en este momento porque Tiburcio me está enseñando los últimos versos de «Pájaro herido.»

Y los chicos siguen dando vueltas por el suelo, con detrimento de la indumentaria y uno que otro chichón, sin que las «chinas» se preocupen por lo que les ocurre.

En eso se escucha la bocina de un auto.

Una de las «chinas» corre como liebre a recoger al pequeñuelo que tiene la cara con tierra y los calzoncillos que parecen trapos de lustrar suelos.

Ha conocido el peculiar sonido de la bocina del automóvil señorial y no quiere caer en falta. Humedece la punta de un pañuelo con su propia saliva, con ella limpia la carita del niño y lo toma en brazos.

El auto se detiene:

—Tomasa!

—Qué manda, señora?

—Vení.

Y la Tomasa se presenta rozagante, con el crío en brazos y triunfante, diciéndole a la madre del niño:

—Es un angelito, ni trabajo dá cuidarlo. No se mueve de mis brazos.

—Bien, vamos a Santa Tecla, al regreso pasamos por tí, espéranos aquí con el niño y no lo soltés de tus brazos.

—No tenga cuidado. No se separa de mí ni una pulgada.

Parte el auto en medio de una nube de gasolina y de polvo y no bien ha llegado trente a la Penitenciaría, cuando la Tomasa suelta al niño sobre el suelo y se va a un banco, en donde su novio le está diciendo cuánto vale el camastrón y cuánto las mecedoras que va a poner en el cuarto que le brinda a la Tomasa para cuando salga de aquella casa, y se deje de cuidar críos ajenos para dedicarse a cuidar los propios.

Ser «china» es una bendición de Dios! Es resolver el gran problema de vivir sin trabajar!

Bien vestidas, bien alimentadas y paseando a mañana y tarde. Y cuando no las dejan salir tienen sus planes para largarse a la calle. Dan un pellizco al niño, que suelta un berrido en fa sostenido y exclaman:

—Señora, el niño está llorando porque quiere salir.

—Pues llevátelo, pero sólo a dar una vuelta.

—Está bien.

—Y no le comprés nada, porque los caramelos le hacen daño.

—Está bien.

Visten al niño, se arreglan y diez minutos después usted puede pasar por uno de nuestros parques y verá el susodicho vástago revolcándose con otros de su tamaño, chupando cara-

---

melos, tomando minuta o comiéndose una naranja, en tanto que la «china» está en un grupo de sus compañeras hablando pestes de sus amos, contando las intimidades de la casa y esperando a que den las cinco, hora en que sus adoradores salen de hacer oficio y van a sentarse junto a ellas en busca del cigarrillo que las «Margaritas» de delantal blanco y pelo enmantecado, hurtaron de la cajetilla del señor, o de una corbata de medio uso que hallaron a mano sobre una mesa y que desde hoy lucirá su galán.

La «china» es una institución formidable, típica e inamovible.

Es la condueña del hogar doméstico. La tirana del niño y, a veces, de la madre.

Que hay excepciones?

Puede, pero yo que las he observado las veo a todas iguales.

Es decir, hay algunas peores.

## LAS IMPRESCINDIBLES

Conozco una familia, no muy numerosa: madre e hija. Ella es una señora de aspecto vulgar, de cara avinagrada y de modales que denotan un origen no muy elevado y ella una zipota que viste de seda, calza primorosamente y cubre sus pantorrillas con medias finas.

De qué viven? No lo sé.

Pero me las encuentro en todas partes.

No faltan a un concierto del Parque; no pierden el estreno de una película; no dejan de asistir a los vuelos de Massi ni hay «entrada» en la que no tropiece con esas dos figuras.

Cuando la inauguración del ferrocarril de Oriente allá estaban ellas; cuando la procesión de San José formaban en primera fila y no hay ceremonia, luctuosa o festiva, en la que no hagan acto de presencia.

La vida, para ellas, es una continua fiesta.

Pero cómo viven en su hogar?

Esta interrogación me hacía cosquillas.

Y traté de hablar con uno de los mil a quienes saludan en sus continuos paseos y entonces descubrí el misterio.

- Son dos socias en la vida social. Madre e hija. Ninguna trabaja, viven en un cuarto interior de una barriada y mal comen de lo que les produce el lavado de algunas prendas de ropa o el bordado de alguna blusa.
- Pero y la ropa que usa la zipota y los paseos?
- La ropa la obtienen de sus enamorados y los paseos se los proporcionan los que tratan de obtener los favores de la chica, para lo que interesan los buenos oficios de la madre.
- Es decir, son dos seres inútiles.
- Completamente, pero no son los únicos. Hay muchos ejemplares de la especie.
- Y mi amigo comenzó a referirme la vida de algunas de esas parejas, casi misteriosas, que pasan la vida en continuo jaleo y que con el estómago vacío, con el cuerpo sucio y con más acreedores que pelos tienen en la cabeza, ríen, pasean y hasta suelen comer en los mejores restaurants, siempre a costillas del prójimo.
- Aquella de ojos claros, es una zipota que pudo haberse casado bien, con un hombre trabajador, pero que no podía comprarle medias de seda ni trajes de etamina, y aconsejada por su tía, prefirió los amores de un ricachón que la vistió como una reina y la dejó después, fastidiado por las impertinencias de la tía.
- Esotra, de pelo abundante y mirada picaresca, es casada. Se separó del marido y ahora pasa por señorita y anda viendo cómo caza a un incauto. Y aquella de más allá tiene cuatro novios y a cada uno de ellos le pide ya los billetes para el teatro, ya los colones para el pago de la casa o ya la invitación para una reunión de confianza.
- Pero eso es una vida atroz.
- Lo será para Ud., que cree que todo se debe hacer por el camino derecho, pero no lo es para ellas.

Pregúnteles y verá cómo son felices. La vida la han tomado por el lado de la broma. Que hablen mal de ellas, nada les interesa; que los hombres se toquen el codo cuando pasan, nada les importa. Lo esencial es poder tener quien las lleve a Ilopango, quien les pague el viaje a Cojutepeque o quien les mande dos boletos para el estreno de una película pasional.

—Es decir, son «vagas» de profesión.

—Exactamente. Su lema es la vagancia.

—Y las madres y las tías de esas zipotas?

—Son sus consocias en la explotación de incautos y sus consejeras. Usted, para enamorar a una de ellas, tiene primero que enamorar a la madre o la tía; conseguida ésta todo el camino es plano. Pero si despierta las iras de la parienta entonces no le valdrá toda la elocuencia de Demóstenes; su caso está perdido.

—Y ellas no piensan en que van por la pendiente que las llevará al abismo?

—Ellas, al cabo inexpertas, no piensan sino en divertirse. Y cuando pasen los años y la vejez ponga su pincelada de plata sobre su cabellos, entonces serán las madres y las tías de las futuras zipotas que pasearán por los parques, irán a los estrenos y asistirán a todas las ceremonias, siendo ellas las sufraganeas de las futuras vagabundas.

—Pues eso que usted me cuenta es triste, es doloroso.

—Pero es la realidad. Y ellas son dichosas, hay que ver la cara que ponen cuando reciben una invitación. Y lo más curioso es que piensan que su conducta es irreprochable y que nadie sabe su pasado ni su presente. Con decirle a usted que una noche invité a una de esas parejas a ir a Santa Tecla y cuando le dije a la tía

que iríamos en un eléctrico se puso hecha una furia

—Mi sobrina es muy decente, sólo va en auto-móvil. Una señorita tan honesta no puede ir en un tranvía codeándose con todo el mundo.

Y lo más célebre es que esa señorita es de las que suelen ir a la plazuela de San José a comer pupusas con un chauffeur y acepta la invitación del primer desconocido para ir a La Libertad y regresar al siguiente día. Pero eso sí, en automóvil y con la madre o con la tía, que son las pantallas indispensables.

Y pensar que hay una ley sobre la vagancia! Y que no se puede aplicar por parejo sobre esas parejitas indispensables en todas partes; lo mismo en el parque, codeándose con nuestras familias distinguidas, que en las procesiones llevando sendos cirios con caritas de vírgenes inmaculadas.

## MARIPOSEO

LA Semana Mayor se aproxima; sólo faltan unos cuantos días para que principien las ceremonias religiosas y las fiestas profanas.

De las segundas la que más descuella es la del famoso «mariposeo». Esa noche de manos libres y listas que pueden ir a prender los lepidópteros sobre las morbideces de las zipotas.

El «mariposeo» es algo indispensable. El broche áureo de los festejos.

El parque rebosa de «manipuladores» que no cesan de prender mariposillas de mil colores sobre los pechos de las más bellas.

Hay la ventaja de que no se necesita tener amistad con la obsequiada. Basta un «con su permiso» para pincharle hasta la epidermis con la feliz mariposa que abre sus pintadas alas sobre la blusa verde botella o azul turquí.

Ya en algunas casas se dedican los del sexo feo a embadurnar cartulinas dibujando sobre ellas «mariposas» de todos los colores, desde la «Necyria manco» hasta la multicolor «Amartia Amathe». (¡Caracoles, que bien ando de zoología!)

•

Los lepidópteros se prenden sobre las ropas; las zipotas ríen y miran con predilección algunas de las más bien pintadas.

—Esta es de Roberto..... Ay, Roberto!

—Esta me lo clavó Agamenón, que cada día está más pechito porque no lo quiero.

—Mirá, tené cuidado con Dimas, que cuando clava una mariposa se cree que tenemos un cojín debajo de la blusa y aprieta mucho.

—Y vos, no te descuidés con Caralampio, que hace como que te clava una mariposa y no te clava nada; a lo mejor se lleva una de las que ya tenés.

Y estos diálogos son los más frecuentes en la noche del «mariposeo» y a lo más son interrumpidos por un puñado de «confetti» que le arroja un diestro joven y que le penetra hasta la última cavidad del estómago.

A mí la costumbre me ha resultado agradable. Por mí que «mariposeen» a todas las que gustan de este juego, al parecer demasiado infantil, y hasta puede que me gaste mis realitos en comprar unas cuantas mariposas.

Siempre es bueno seguir el sabio refrán: «A la tierra que fueres, has lo que vieres.»

Y yo, que ya he visto clavar mariposas en todos los sitios y a todas las que no protestan; también me daré mi vueltecita por el parque, provisto de unas cuantas mariposillas para que no digan que no soy galante con las del bello sexo.

Pero no me guía ninguna idea pecaminosa, ni trato de comprobar si la fulanita es más sensible a los pinchazos que la menganita.

Además que, con aquellas apreturas no se sabe muchas veces dónde se clava la mariposa y suele deslizarse la mano.

Pero estos son incidentes sin importancia. El caso es clavar por lo menos una docena y llenar de «confetti» las cabecitas de algunas zipotillas que al siguiente día tienen que ponerse talco en el pecho para quitarse el escozor de las picaduras y peinarse cincuenta veces para sacarse de los cabellos hasta el último rebelde confetti.

Ya se acerca el día. Hay que habilitarse de mariposas. No hay que perder la oportunidad de adornar los bustos de las chiquillas, que reciben con una sonrisa ese agasajo, y que luego llegan a su casa y guardan en su cajita vacía de puros, la mariposa que les clavó fulanita o zutanito, y que es para ellas de impercedero recuerdo.

Hasta que el año siguiente tiran aquellas mariposas para sustituirlas por las que les han clavado otros jóvenes.

El «mariposeo» es delicioso. Es una especie de carnaval sin caretas. Y yo creo que resultaría más sugestivo si se usara la careta.

Porque entonces se podría apretar más la mano y clavar más mariposas. Sí, porque algunas zipotas, cuando ven una mano atrevida, ponen unos ojos que dejan frío al doncel. Y con careta, no habría que atemorizarse. Es lo mismo que si se clavarán a oscuras.

Sería más emocionante y se clavarían más mariposas.

Y si no que hagan la prueba.

## NI A MI PADRE

USTEDES habrán oído hablar de los «rateros de levita», tan popularizados por los escritores folletinescos y que suelen hacérseles simpáticos a las niñas románticas y cloróticas que devoran en las tardes de ocio las aventuras espectaculares de un Raffles cualquiera.

Pues estos ladrones que visten de frac, que se codean con los príncipes y que son los favoritos de las bellezas más o menos mundanas, se quedan cortos ante las hazañas de los que «prestan» libros.

Éstos sí que son temibles!

Y lo notable es que nadie los persigue ni nadie los moteja.

—Robustiano, dónde está el «Manual de la cocinera»?

—Me lo pidió prestado doña Chusita para hacer un gallo en chicha, porque tenía invitados.

—Pues pídeselo, porque me hace falta.

—Ya se lo he pedido, pero no me lo ha devuelto y no vale la pena insistir. No diga que por un mísero libro nos tomamos tanto empeño.

Y, con efecto, el famoso «Manual» no vuelve a poder de sus legítimos poseedores y doña Chusita enriquece su biblioteca con un libro más.

—Don Herculano, présteme la última obra de Weells.

—Sí, pero a condición de que me la devuelva.

—Naturalmente, jamás me quedo con los libros que me prestan.

Y el cándido de don Herculano facilita el libro que no vuelve a su poder.

Y esto es una epidemia que invade a todos.

A nadie le parece un acto reprochable el quedarse con el libro que le presta un amigo bondadoso.

Sin considerar que ese libro costó muy buenos colones a su propietario y que a veces es difícilísimo de adquirir.

Quién se atrevería a enojarse por un libro?

Sería el colmo de la ridiculez!

Yo conozco a alguien que tiene una biblioteca bien surtida; en ella se ven las últimas obras, las más costosas. Y el propietario es hombre de escasos recursos.

Al ver tanto volumen y conociendo la pobreza del poseedor, no pude menos de expresarle mi sorpresa.

—Cómo ha podido reunir tantas y tan selectas obras?

—Adoptando un método sencillísimo y al alcance de todos. Pidiendo libros prestados y no prestando ninguno. Libro que cae en mis manos viene a enriquecer mi colección y en cuanto un amigo, el más fraterno, solicita que le preste un volumen, le digo que no lo tengo y, a lo más cuando no puedo negárselo, prefiero prestarle obras en varios tomos y en tanto que no me devuelva el primero, no le presto el segundo. Es un sistema infalible.

Yo, que he tenido como otros varios, la monomanía de comprar libros, y que tengo apenas unos cincuenta volúmenes, comprendí la razón que asistía a mi consejero y desde hoy he resuelto no prestarle un libro más, ni a mi padre. Consejo que doy a ustedes y que me agradecerán en el alma.

Y los que quieran leer, que compren libros o que vayan a las bibliotecas públicas.

No hay derecho a quedarse con las obras maestras a expensas de un incauto amigo.

## LA GRAN VIDA

**A**YER comenzaron las vacaciones de Semana Santa para los estudiantes del Instituto Nacional, y como consecuencia directa, para los profesores del plantel.

A mí, cuando me enteré de la noticia, me pareció perfectamente.

Las labores cerebrales desgastan mucho y hay que dar reposo a los jóvenes que aprenden y a los viejos que enseñan.

Pero por este deseo insano que tengo de enterarme del fondo de todas las cosas, me puse a hablar con un estudiante para que me refiriese los trabajos que pasan, los estudios que hacen y el cansancio que les produce la intensa labor.

—Vamos a ver, Calimba, supongo que en estos días de vacaciones podrá usted hacer algunas excursiones campestres y engordar un poco, pues tiene un cuerpo que más parece un poste telefónico vestido de «pambich.»

—Los estudios no me han adelgazado; es que tengo fiebre de crecimiento y me estiro más que un resorte.

- Ah, pero no estudia mucho? Qué vergüenza!  
 Imite a sus compañeros.  
 —Pero si hacen lo mismo que yo.  
 —Tampoco estudian?  
 —Sí, los días de clase.  
 —Es decir, todo el año.

Aquí soltó Calimba una carcajada que debe haberse escuchado en las antípodas.

- Cómo se conoce que no está usted enterado de ciertas cositas. Verá usted, nosotros gozamos de las vacaciones y fiestas siguientes.

Y tomando un lápiz escribió el cuadro estadístico que copio en seguida y que me dejó turlato:

Vacaciones de Semana Santa, días.....	15
Fiestas de agosto, días.....	15
Vacaciones de fin de año, días'.....	120
Fiestas religiosas y cívicas, días.....	30
Domingos del año, descontando los que quedaron incluidos en las fiestas anteriores, días.....	40
<hr/>	
Total de días de fiesta.....	220
Días de «capeo» tales como santo de los familiares, onomástico de la novia, dolores de cabeza y otras menudencias, días.....	20
<hr/>	
Total general.....	240

De lo que resulta que estudiamos o por lo menos vamos a las clases unos 125 días al año, es decir, poco más de cuatro meses.

- Pues son ustedes los seres más afortunados del planeta.  
 —Y más afortunados, me dijo Calimba, son los profesores, porque ellos no tienen que estudiar las clases. Ya las estudiaron antes.  
 —Y ustedes estudian mucho en esos cuatro meses?

- Regular. Siempre se pierde algún tiempo entre fumarse un cigarrillo, hablar de las chiquillas que salen de tal o cual colegio, de la última película de la Bertini y de otras fruslerías.
- Pues si en cuatro meses dan tan ópimos frutos, qué sería si estudiaran el doble?
- Pues que saldríamos hechos unos Salomones o algo por el estilo.

Y Calimba se fué sonriente, meditando en el empleo que va a darle a sus quince días de vacaciones.

Juventud, divino tesoro, que dijo el inmenso Darío. Qué confianza tiene en su propio valer, que simpática me es y como desearía retrogradar unos cuantos años para ir a gozar de estas vacaciones y de estas fiestas que aquí se multiplican como por ensalmo.

Aun cuando bien mirado, y ya que no puedo volver a los 16 abriles, es más deseable enviar a los profesores.

Porque éstos, como dice el joven de las piernas de alambre y las manos huesudas, no tienen que estudiar.

Y gozan de los mismos días de asueto.

Con más aquellos en que festejan el nacimiento de un nuevo vástago o el santo de la esposa.

## QUE ME LA COMPONGAN

**H**AY una cosa de esas muy particulares nuestras, que me tiene, o más bien dicho, que me tenía preocupado.

El poco cuidado de los propietarios hacia las casas que tienen arrendadas.

Usted toma una casa, de esas con lavadero, baño y pisos de mosaico. Y cuando la toma está recién pintada, no falta un ladrillo ni una teja. Da gusto vivir en ella.

Paga usted con una puntualidad sin ejemplo mes a mes la renta; cuida la casa como cosa propia, pero, es natural, el tiempo hace sus estragos y un día se apersona con el propietario y le dice:

—Don Alfredo, llevo dos años en su casa, no le debo un cuís y ahora, por vez primera, vengo a rogarle que me mande poner dos ladrillos que faltan en la cocina y algunas tejas que se corrieron con el último temblor. Además, a un sitio que excusado es el nombrar, también hay que darle una arregladita.....

—No siga, don Miguelito, no siga. No puedo hacer gastos de ninguna especie. Todo está

muy caro, los albañiles cobran una fortuna, los carpinteros ganan más que un príncipe, los materiales están por las nubes. Si le gusta mi casa tal y como está, puede seguir viviendo en ella, de lo contrario la desocupará, que inquilinos sobran, a Dios gracias.

Y el pobre de don Miguelito sale «rabun inter pernorum» convencido de que don Alfredo no gastará ni medio colón en blanquear una pared. Y desesperado busca una casa y se muda.

Y ahora entra lo extraordinario. En cuanto don Miguelito deja aquella casa, toda una nube de carpinteros, albañiles y pintores, comienza a componerla y a los pocos días está más arreglada que una novia la víspera de la boda.

—Don Alfredo—le dije sorprendido de esto—por qué no hizo todas esas reformas cuando se lo pedía don Miguelito, que era tan buena paga?

—Porque no hay que acostumbrar a los inquilinos a componerles las casas.

—Es que ahora se ha gastado más dinero y puede ocurrir que el nuevo arrendatario no sea tan cumplido como don Miguelito, que antes se quedaba sin sus pipianes que sin pagar la mensualidad.

—Es posible, me repuso, pero es una costumbre que no quiero variar. Aquí no se arregla ninguna casa a pedimento del inquilino. El que quiera casa nueva que la busque.

Aquella rotunda afirmación del propietario fué una luz para mí. Para mí que estaba disgustadísimo porque en la casa en que vivía las goteras se contaban por docenas, en los pisos faltaban más de cincuenta ladrillos, la cocina no servía para nada y el baño era tan pequeño que para refrescar mi cuerpo tenía que desnudarme en mitad del patio y luego bañarme primero me-

dio cuerpo y después el otro medio, porque no cabía entero.

Había suplicado en todos los tonos una reforma, sin lograrlo; le dí mi «ultimátum» al propietario:

—Mañana me mudo.

—Está bien.

Y lo que hice fué tomar provisionalmente alojamiento en la casa de un amigo compasivo.

El resultado fue espléndido. En cuanto salió mi último «tiliche» de aquella casa, comenzaron las reparaciones.

La pintaron toda, le pusieron los ladrillos, agrandaron el baño hasta convertirlo en un salón, recorrieron el tejado, compusieron las puertas y, ¡oh colmo! pusieron a la puerta de la calle una llave inglesa!

En cuanto ví que las mejoras daban fin, me presenté con mi antiguo propietario:

—Don Emerenciano, como estoy acostumbrado a vivir en este barrio en donde todos me conocen y el pulpero me dá fiado, venía a tomarle nuevamente la casa.

—Con todo gusto, me dijo risueño mi antes irascible casero. Puede usted mudarse mañana mismo.

Y, con efecto, al día siguiente volví a mi antiguo domicilio, en donde ahora me encuentro a mis anchas. Las paredes limpias, los pisos relumbrantes, el baño magnífico y hasta unas «colas de quetzal» que han puesto en el corredor para «ilustrar» la casa.

Este es el secreto!

No hay que pedir reformas. Hay que dejar la casa. Y en cuanto sale la última carreta con la última silla sin patas, comienzan las composturas.

Es la costumbre.

Y no hay que ir contra las costumbres.

Por más que sean descabelladas.

## VELANDO A VESPASIANO

U nos amigos me llevaron anoche hasta la casa mortuoria en donde se velaba el cadáver del joven Vespasiano Virutilla, honrado carpintero que murió, según diagnóstico del facultativo, de una enterocolitis, pero que falleció, según su esposa, del abuso inmoderado del «culantro» y hasta del «amargo», que era lo único que le endulzaba la vida.

Fuese de lo que fuese, el pobre Vespasiano exhaló la última vaharada de alcohol y con ella el espíritu.

Yo le conocí cuando hacía arabescos con el formón, el escoplo y el buril. Era un artista. Sólo que con sus obras pasaba como con los sonetos del vate melenudo, que nadie las comprendía. Y Vespasiano, siendo un genio, murió en la miseria sobre un camastrón, que era el único mueble que adornaba su casa.

Llegué con mis amigos hasta el último patio del Mesón de la Viuda de Vanderbilt, y fuí recibido por la viuda de Virutilla, que me agradeció la molestia que me tomaba.

El pobre Vespasiano estaba amortajado con sus mejores ropitas y rodeado por los fatídicos candelabros en donde lagrimeaban las ceras que confundían su aroma con el de las flores de una corona que estaba, como último tributo, a los pies del camastrón de Virutilla.

En el patio había una larguísima mesa y sobre ella tazas de todos tamaños y colores, una colección de panecillos de lo más variado y unas cuantas sillas para los dolientes.

Los tales dolientes estaban entretenidos en juegos de prendas y hasta había algunos que jugaban un conquián, mientras los demás habían invadido la calle y relataban cuentos picarescos.

Del pobre Vespasiano sólo se acordaban su viuda y el pulpero de la esquina, a quien le había pedido Virutilla unas candelas y «café de maicillo». Los demás sólo estaban como si se tratara de una «reunión de confianza.»

—Ese es Neko—dijo uno de los que jugaban conquián—y se paró a saludarme.

Si yo fuera orgulloso estaría reventando de satisfacción. Me he vuelto más popular que las pupusas.

—Ven y vé, Sarita, aquí está Neko, te lo voy a presentar.

Y al poco rato me ví rodeado por dos o tres zipotas y unas cuantas de esas que llevan la falda arriba de la rodilla y se pintan de blanco, para parecer «cheles».

—Pero esto es un velorio o un baile? Les pregunté.

—Usted, como forastero, me repuso la Sarita, que es más habladora que una cotorra, no conoce las costumbres típicas. Aquí los velo-

rios, salvo casos excepcionales, sirven para dar el pésame a la familia, pero también para tomarse un café hervido y en algunos velorios hasta tamales dan.

—Como que aquel gordo que está allá tomando café, le debe la vida a los velorios. En cuanto sabe que hay un muerto se presenta y ya tiene dónde comer, tomar café y dormir un rato. El día en que se acaben estas fiestas tendrá que dormir en la plazuela de Morazán.

—Sólo falta una cosa, les dije, que bailen; es el complemento de esta verbena.

—También bailamos, me dijo la Blanquita, una chele pechita y con cara de susto, también bailamos; sólo que para fox trotearnos vamos a otro cuarto del mesón, para que no digan que no respetamos al difunto.

Media hora estuve en aquella fiesta y en media hora me hicieron tomar cuatro tazas de café hirviendo, seis panecillos, un trago de «desinfectado» y al despedirme me dijo la viuda:

—Cómo siento no haberlo atendido más, amigo Neko, pero usted me dispensará, ya ve lo que me pasa.

—Sí, señora, lo comprendo, estará usted loca por la muerte de Virutilla.

—No, eso es lo de menos; lo que me tiene acongojada es que ahora me quedaré ingrima y sin tener quién vea por mí.

—Ya habrá alguno que sustituya a Vespasiano.

—No lo crea; hoy los hombres están escasísimos.

—Pues yo veo muchos.

—Sí, pero todos quieren que seamos sus esclavas y mi difunto era tan bueno, que cuando mucho me daba una paliza por semana. Y nunca me pegó en la cara!

—Era un santo! Le dije yo.

Y salí del velorio, que cada vez se animaba más; como que la Mariíta había llevado una guitarra y debajo de un limonero que adorna el patio, estaba cantando una barcarola.

Y hasta la viuda se asomó para escuchar mejor la música, en tanto que el pobre Virutilla se quedaba con la compañía de las candelas, la corona y un gato blanco que era su mejor amigo.

## MAÑANA SIN FALTA

TENEMOS un vicio que es una verdadera atrocidad. No cumplir con los ofrecimientos.

El que necesita un traje, un par de zapatos o una de esas camisas de seda que nos convierten el busto en copia fiel de la parte baja de una lagartija, como confie para estrenar una de esas prendas en el ofrecimiento del «maestro» o de la costurera, no estrenará el día en que lo desea, sino ocho, diez o quince días después.

—Mi querido don José.—Este don José es un sastre de fama—mi querido don José, el sábado se casa Alfredito con la Tomasita, estoy invitado a la boda y necesito un traje.

—Pierda cuidado; voy a tomarle medidas y el viernes, sin falta, lo tiene listo.

Y requiere una cinta, un lápiz diminuto y una libreta y comienza a trazar más números que un Ministro de Hacienda. Después de que lo ha medido por arriba, por abajo, por delante y por detrás, exclama:

—Vamos, ya está; venga el miércoles a probar.

Y usted se va la mar de satisfecho y el miércoles se presenta por la mañana a probarse la ropa.

—Venga por la tarde, faltan unas puntadas.

Va usted por la tarde.

—Mire, amigo, venga mañana temprano y le probaremos la ropa.

Al día siguiente, esto es el jueves, le prueban la ropa y resulta que la manga hay que acortarla, que el cuello hay que agrandarlo y que los faldones del jaquet están demasiado prolongados.

—Mestro, que esto no va a estar mañana.

—Pierda cuidado, «mañana sin falta» estará todo listo.

Y llega el famoso mañana, y el otro y el otro y se casa Alfredito, y regresa de la finca donde fue a pasar la luna de miel y tiene el primer hijo y usted continúa esperando el jaquet; eso sí, todos los días le dice a usted el sastre: «mañana sin falta» está.

Y con el zapatero le pasa cosa por el estilo.

—Cuándo estará listo este par de zapatos de que ahora me toma medida?

—Le precisau?

—Una atrocidad.

—Bueno, pues; el jueves sin falta, los tiene.

Usted, alma cándida, va el jueves y.....

—Mire, ya debían estar sus zapatos, pero el oficial que los está haciendo se me emboló y no vino, pero «mañana sin falta», los tiene.

Y le sucede exactamente lo mismo que con el sastre. Ese «mañana sin falta» es igual que el famoso «hay nomasito» de nuestros campesinos.

—Dime, Juan, falta mucho para llegar a la finca de don Antonio?

—Hay nomasito.....

Y usted anda, y anda, y anda..... Y la finca no aparece. Encuentra a otro sujeto y le interroga:

—La finca de don Antonio?

—Hay nomasito.

Y el «nomasito» son tres leguas!!

Exactamente igual que el «mañana sin falta» de los sastres, de los zapateros, de los carpinteros y de todos los trabajadores.

Y lo curioso es que ellos, cuando prometen un flux de jerga o un par de calzado cosido, saben de sobra que no va a estar listo para el día ofrecido, y, sin embargo, se comprometen. Su panacea es el famoso: Mañana sin falta.

No sería mejor que dijeran: Estará listo el día 20 o el 26 o el 30, pero en fecha fija, y así sabríamos si el domingo podríamos ir al parque con camisa de seda, zapatos de charol y saco con el talle en las axilas, o si teníamos que privarnos de tanta felicidad.

—Hombre, es usted intratable—me dice Miguelito Call—es usted intratable: eso del mañana sin falta y del hay nomasito, son frases hechas de uso corriente y que quitan la monotonía de la vida.

Y es natural, todos los días amanece uno con una esperanza: con la de estrenar una prenda de ropa.

—Y no hay quien diga mañana sin falta y cumpla con su promesa?

—Ya lo creo que hay, volvió a decirme Call, componiéndose la corbata que se le había torcido y ladeándose el sombrero con aire de Tenorio modernista; si usted le pregunta a una zipota cuándo quiere casarse y ella le contesta: mañana sin falta, no le quepa duda que cumple su promesa.

—Y qué hace el hombre que ha recibido esa promesa?

- Pues hombre, hace lo mismo que el sastre y que el zapatero: que siempre le está diciendo a la chica: mañana sin falta, mañana sin falta; y conozco algunos que con esto del mañana se pasan la vida de novios.
- Y usted, joven de las camisas de los catorce colores, no piensa en casarse?
- Sí, me contestó el de las melenas rubias, con cara de risa..... Mañana sin falta.

## QUE SEA DOCTOR

A don Simplicio se le ha metido en la cabeza que su vástago, Simplicito, sea Doctor.

Y lo será, Dios mediante.

Doctor en Leyes o en Medicina, pero Doctor.

Eso de tener un hijo doctor es el desideratum de los campesinos más o menos Simplicios.

Para ellos la agricultura es algo «inferior», indigno de ocupar la mentalidad de sus chicos.

—Es inútil todo lo que me diga; mi hijo será «doctor».

—Pero Simplicio, no seas animal, y dispensa la frase, no seas animal y dedica a tu hijo a la agricultura.

—¿Cómo? Mi hijo sembrando cafetales y cultivando maíz? Eso sería si yo no tuviera mis colones para educarlo.

—Simplicio de mis entretelas, tú como hiciste los realitos que tienes?

—Con la caña, el café y el añil.

—Es decir, con los productos de la tierra.

—Exactamente.

—Y tu trabajo te produjo un capital regularcito y el aprecio de todos.

- Sí, pero todos me dicen: Ve, vos, Simplicio, tomáte este trago o compráte este traje.
- Sí, y qué?
- Que a mi hijo quiero que le digan: Señor, doctor, tenga la bondad de beber esta copa de cognac..... o de lo que sea.
- Y dónde está tu hijo?
- Voy a enseñárselo.
- Y a poco me ví frente a un muchacho de unos quince años, con unos músculos formidables, unas manos como hechas para arrancar árboles y un pelo más que hirsuto.
- Vamos a ver, Simplicio: quieres ser doctor?
- Sí, señor, me dijo, enrojeciendo Simplicio.
- Has hecho ya tus primeros estudios?
- Sí..... sí, señor.
- Sabes leer y escribir?
- Leer no, pero escribo regularcito.
- Caracoles, sí que es raro.
- Mire usted—acaba por decirme Simplicio—yo no quisiera ir al Instituto, ni aprender gramática, jografía, jometría ni la regla de tres. Por mi gusto me iría a otro país a estudiar abcnos químicos, cultivos intensos, sistemas de siembras, en fin todo lo de agricultura, pero moderno, para exprimirle el jugo a la tierra.
- Y hacés muy bien, exclamé alborozado, hacés muy bien. Y tu padre será un burro en dos patas si no te da gusto. Ya tenemos más doctores que días de fiesta y, en cambio, puede que de cada mil agricultores novecientos noventa y nueve empleen los métodos que dejó implantados el famoso Alvarado, fundador de este país.
- Dígale usted que no me deje entre las cuatro paredes de un colegio: que me dé su licencia para estudiar labores agrícolas.
- Se lo diré y ojalá tus palabras fueran oídas por esos chicos que creen que un hombre con

las manos endurecidas por el arado, con la cara requemada por el sol, no es tan respetable, tan digno de ser honrado y tan útil a su patria, como el que se quema las pestañas estudiando Patología o Derecho Civil.

Y Simplicio el grande, convencido de esto, tomó su crío con las nervudas manos y le dijo:

—Bueno, vos lo querés. Te llevaré a la finca y a trabajar.

—No, amigo Simplicio—le atajé—déjelo en donde le enseñen agricultura y cuando él reciba esas tierras fértiles, que a usted le han dado ciento por uno, a él le darán diez veces más.

—Está bien, está bien, me contestó Simplicio; pueda ser que todo sea como usted dice, pero a mí me hubiera gustado que fuera doctor.....

Y se fué con su chico y estoy seguro de que al llegar a la esquina le diría a Simplicio:

—Ve, vos, lo he pensado mejor, te dejaré en el «Enstituto» y serás «doctor».

## UN CAMPO ATRINCHERADO

EL último terremoto me tiene con un desasosiego extraordinario.

Eso de que la tierra se tambalee como cualquier ciudadano que encharcó su estómago con guaro, es cosa que no me causa regocijo alguno.

Cuando pasó el movimiento telúrico, me lancé a las calles para ver si un montón de paredones inútiles se había derrumbado y si algunas casas habían sufrido iguales desperfectos.

Pero nada! Todo seguía igual!

Y fue hasta entonces cuando me percaté de algo, que en fuerza de ser común, ya no llama la atención.

Las casas apuntaladas.

Con efecto, pasa usted por las más céntricas calles o por los burgos más extraviados y se encuentra con una cantidad enorme de casas que están con una inclinación intranquilizadora.

Hay paredes que parece que nos están saludando al paso, doblando la espina dorsal de su bahareque, y que se mantienen en equilibrio, debido a unos cuantos horcones que le sirven de pun-

tal. Como un bastón nudoso sirve de sostén a un sexagenario.

Y yo, que antes pasaba impávido, tranquilo, hasta sonriente, bajo esas armaduras de madera que sostenían las paredes desquiciadas, ahora me aparto, temeroso de que una de esas amenazantes ruinas caiga sobre mis espaldas y me dé la muerte por aplastamiento.

Muerte de rata!

Y se me ocurre preguntar si no hay una autoridad, cualquiera, que, preocupándose por la vida de los que vivimos en esta capital de piso tan poco firme, se preocupe por obligar a los propietarios de esas bardas dislocadas, de esas fachadas llenas de grietas, de esas paredes que están con cuarenta y cinco grados de inclinación, a que derriben lo inservible y levanten nuevamente todas esas ruinas tan poco estables.

Porque resulta que las calles capitalinas se están convirtiendo en un verdadero campo atrincherado. Sólo nos faltan las alambradas cargadas con corriente de alta tensión.

Ya es una casa en construcción que deja en mitad de la «rua» pedruscos enormes, montones de arena, horcones, cal y demás artefactos, interrumpiendo el tránsito.

Ya es otro que apuntala su casa con sendos maderos que van a dar a media calle, para darle una solidez ilusoria a las desvencijadas paredes.

Y a veces ocurre que usted, que ha logrado tener limpios los zapatos, que se ha acepillado el traje y que sale hecho una verdadera fototipía, tiene que atravesar por un volcán de arena, que pasar bajo las horcas caudinas de esos maderos apuntaladores o sufrir que le sacudan, en pleno rostro, un costal de cal, que le deja más blanco que la fachada del Palacio Nacional.

## NI REGALADO

No cabe duda que soy el hombre de la suerte. Pero de la mala suerte.

En premio a mis labores me quieren regalar un automóvil. Y, francamente, no hay derecho para que así atenten contra mi bolsillo. Porque eso de tener un automóvil es aquí algo reservado a los bolsillos de los Rockefeller críollos o a los de aquellos denodados que hacen viajes a Santa Tecla y La Libertad a precios que ellos llaman, por una anomalía, equitativos.

Pero tener un automóvil para pasear por las calles capitalinas, es peor que tener una mucla picada.

No es el impuesto ni la licencia para manejar el chunche lo que más cuesta. No es tampoco la gasolina, que cada día sube de precio, lo malo, lo horriblemente ruinoso, son las llantas.

No hay una que dure dos meses.

¡Y vale cada una más de ciento cincuenta pesos! Cuando se me ofreció el auto me sentí principesco. La envidia que me iban a tener mis cofrades cuando me vieran pasar en un flamante Dodge,

manejándolo como un experto y levantando nubes de polvo para cegar a los pobrecitos peatones.

¡Las mengalas que se me iban a declarar para que las llevara a Santa Tecla o a La Libertad! Porque aquí, muchas mengalas, tiene como el más sublime deleite, montar en auto.

¡Eso es el desideratum!

Y ya me resolvía a tomar un garaje, a comprar la gasolina y a pagar los impuestos, cuando escuché el diálogo que sostenían dos llantas.

La una maltrecha, con el vientre desgarrado; y la otra flamante, con una porción de letreiros indicando su noble prosapia, las patentes que la amparaban y demás requisitos.

Era un diálogo educativo.

—¡Hola, hermanita, de dónde has venido?

—De yanquilandia.

—Estás muy limpita, casi bella.

—Y eso que he corrido allá como unas quinientas millas.

—Quinientas millas. Pues cuando corrás aquí cien no te vas a conocer.

—¿Qué me dices?

—Pero no has visto las calles capitalinas?

—No me tomado esa molestia.

—Pues ya verás. Primero son unas piedras muy agudas que nos van comiendo como una lima: a cada vuelta es una raspadura y luego por esos caminos son cascotes de botella, clavos, alambres tirados. Y cuando vas más satisfecha llevando un cargamento de lindas chiclellas, ¡pum! estallas: es un clavo. Te cambian por otra hermana y al poco rato ¡pum! Otro estallido: ha sido un vidrio.

—No me digas más, que ya me estoy viendo tan mal parada como tú.

- 
- Peor. Porque a mí me han tratado con cuidado. Si vieras qué dolor de estómago me da cada vez que tengo que cruzar la vía de los eléctricos o de los de gasolina, porque hay cada riel que nos hace la operación cesárea.
- Pero eso es una iniquidad.
- Menos mal que dicen que van a pavimentar la ciudad. Sólo esperan que llegue Keilhauer.
- Y cuándo llegará ese buen señor?
- Hoy, mañana, o dentro de dos meses. No se sabe a punto fijo, pero en llegando pavimentan.
- Pero llegará?.....
- Y cuando la otra llanta iba a contestar llegó Audomaro, un chauffeur, un tanto brusco y un mucho bolo, que tomó de mala manera la pobre llanta vieja, toda llena de parches y remiendos y exclamó:
- La pondré por última vez, puede que aguante hasta el Hospital Rosales. Y luego, tirando de la nueva, se dijo.
- Esta nos podrá durar hasta La Libertad. Parece que es más resistente.
- Yo, al oír aquello, me eché mis cálculos. Dos llantas para un viaje, son muchas llantas. Y con un desprendimiento rayano en lo inconcebible, renuncié al regalo del automóvil. Esperaré a que llegue Keilhauer, esperaré a que pavimenten. Y es posible que entonces acepte el Dodge.
- Pero, lo que es hoy, ni regalado!

## CON AMETRALLADORA

AQUI ya no se puede vivir con tranquilidad. Además del calor, que nos hace sudar a chorros, tenemos una plaga horrible: los pedigüños.

Y menos mal que el calor se quita con un baño, pero a los pedigüños no se los quita usted de encima ni con una pareja de la Guardia Nacional.

Por las mañanas, al salir de su domicilio, tranquilo y casi risueño, se tropieza usted con Pérez, el imprescindible Pérez, que ha sido su compañero de colegio, que fue su amigo de la niñez y que ahora se dedica a ingerir guaro con una constancia digna de más altos empleos.

—Mirá, viejito, me tenés que dar dos reales para quitarme la «goma».

—Es que no tengo dinero encima y.....

—No te pongás así, cómo no vas a tener 2 reales.

—Pero escucha Pérez, creés vos que voy a estarte curando la goma todo el año?

—Es que vos sos mi mejor amigo. Mirá cómo me tiemblan las manos; si no me das para echarme un trago, fallezo.

Y usted, para que no fallezca su amigo, le larga dos reales.

A los pocos pasos, una señora, envuelta en un tapado color de ala de mosca, le asalta nuevamente.

—Por favor, un colón nada más, es que tengo a mi hija enferma y no tengo para la medicina. Ud. que es de buen corazón no dejará que mi hija muera por falta de un cochino peso.

—Señora, es que no la conozco y.....

—Ah, señor; yo soy hija de un gran político que prestó famosos servicios al país en tiempos de Tata Chico Menéndez, pero ahora he venido a menos.

—Pues lo siento, pero no puedo darle el colón.

—Es que se muere mi hija, un pimpollito que sabe hasta bordar en máquina.

Y nuevamente, para no cargar con ese otro muerto, afloja usted el colón.

Y continúa su viaje de prisa, como el que huye de la langosta.

Pero no paran ahí sus males. A la puerta de la oficina espera la niña Teresiana, madre de ocho hijos y que no falta al cine así la maten.

—Por favor, no vaya tan de prisa, oiga dos palabras.

—Doña Teresiana, que ya me va usted cansando.

—Si sólo son dos reales. Es para mi último vástago, pues su padre, que es un criminal, lo dejó abandonado antes de que viera la primera luz.

—Y qué culpa tengo de eso?

—Usted no, pero él sí, y como no tengo más amparo que el de las almas caritativas, si usted no me auxilia, qué será de esos ocho pedazos de mi alma que me piden pan?

—Y usted para qué ha tenido tantos hijos?

—Por mi mala suerte. Y que todos han sido abandonados. Sus padres andan paseando

- por el parque, enamorando zipotas, y yo en tantò, víctima inocente, me consumo de hambre en un cuarto interior de un Mesón.
- Pero usted va todas las noches al Cine.
- Para ahuyentar las penas y porque en las funciones ordinarias no pagamos las del bello sexo.
- Pues lo siento mucho, pero no puedo auxiliarla.
- Cómo me niega un pedazo de pan para esos ocho angelitos.
- Y continúa el lagrimeo hasta que usted tiene que soltarle unos realitos para que compre el susodicho pan.
- Y sigue, sigue la marea ascendente. Ya es el empleado que por sus ebriedades fue arrojado de la oficina; ya el que ha decidido vivir sin trabajar; una vez la madre de familia con treinta hijos y otra el campadre a quien se le murió, por quinta vez a la esposa.
- La plaga es inaguantable. Y lo malo es que hay algunos que no se conforman con buenas palabras ni con un: usted dispense. Pues antes de irse con las manos vacías le llaman a usted, mal amigo, mal hombre, canalla, corazón de piedra, litocéfalo y cucurbitáceo.
- Y hay asilos, y está prohibida la mendicidad.....
- Pero la plaga de los vagos pedigüeños es formidable.
- Señor, para cuándo son las pulmonías fulminantes?
- Yo, desde mañana, salgo a la calle con una ametralladora.
- ¡Palabra de honor!

## DE MODA

DESDE aquellos felices tiempos en que las zipotas más o menos en edad de contraer el sagrado vínculo, escribían conmovedoras cartas a San José de la Montaña, pidiéndole el ansiado esposo, ha transcurrido algún tiempo y el santo que antaño fue de moda, ogaño ha tenido que ceder la primacía al Señor de las Misericordias, que es el que más oraciones escucha en estos días.

El Santo, por mucha que sea su paciencia, por más que pueda competir con la de Job, estará desesperado por la cantidad de milagros que le piden a todas horas.

Conozco una familia numerosa: las niñas usan medias de seda, los jóvenes se visten de casimir y el pater familia suele usar su levitín en los días que repican gordo.

Pues esta familia, que usted cree está nadando en la abundancia, está nadando en los «chíos», de toda clase, desde los del turco que fía a cobrar por semanas, hasta los del almacenista que no sabe cómo cobrar.

Y la señora ha encontrado un medio eficaz para salir adelante de sus apuros. Pedirle al Señor de las Misericordias que le haga el milagrito de que sus acreedores la dejen en paz.

Y allá va por las tardés, en piadosa romería seguida por sus dulces «vástagas» hasta la iglesia, en donde rezan no sé cuántos credos, aves marías y trisagios, para pedir al final de ellas que el Santo ablande el corazón de los que reclaman lo que se les debe.

—Es tan milagroso este santo—me decía esa señora—que ni una vez ha dejado de escuchar mis plegarias. En cuanto se aproxima un vencimiento voy a verle, le rezo, y si el acreedor viene, entonces hago que me acompañen mis niñas al rezo, y si ni aún así consigo mis descos, llevo a mi esposo, el muy incrédulo, y todos oramos con fervor hasta conseguir nuestro anhelo. Ni una vez me ha fallado.

—Y no sería más cuerdo que ustedes gastaran únicamente lo que pueden gastar, sin meterse en honduras ni contraer deudas?

—No, señor. Porque no gana mi esposo lo suficiente para tanta familia. Las niñas tienen que vestir bien y no sabelo caro que está todo.

—Que vistan con más modestia.

—Y qué dirían las Ildegundas que cada vez que mis hijas van al parque con vestidos nuevos, se ponen verdes de rabia?

—Pues no dirían nada, ni rabiarian.

—Es que no podemos descender de categoría. Hay que hacer lo que se debe, aún cuando se deba lo que se hace.

—Señora, ésa es una teoría muy peligrosa para los vendedores.

—Pues que se fastidien los vendedores. Yo, hasta que exhale el último suspiro, seguiré haciendo lo mismo. Mire usted, una vez se me vencía

la hipoteca de una finca; rogué, rogamos. Fui sola a la iglesia, luego acompañada y nada; los acreedores no se conmovían. Pero tuve la luminosa idea de encenderle dos cirios al Señor de las Misericordias y al siguiente día logré una prórroga de dos años. Era el milagro de los cirios.

—Y qué hizo usted después?

—En cuanto llegué a la casa apagué los cirios. Hay que ser económica. Pueden servirme para otro milagrito.

Y la señora, luego de aconsejarme que en mis cuitas pida milagros, se fue muy oronda, alcanzando a sus niñas que ese día, precisamente, habían estrenado unos trajecitos color de yoduro de potasio, que les sentaban a las mil maravillas.

Una niña, que tiene la lengua más afilada que una navaja de afeitar, me decía que una vez esta señora le pedía a la Virgen del Carmen un milagro y día a día iba a la iglesia y una vez postrada de hinojos decía a voz en cuello:

—Señora, dame dinero, dame dinero, que no tengo ni para el colorete de las chicas.

Y aquella cantilena diaria fastidió tanto al sacristán, que una tarde escondióse tras la Imagen, y cuando la señora pedía dinero, imitando la voz del niño que la Santa Imagen tenía en brazos, dijo:

—Trabaja.....

La señora se puso bermeja de rabia, levantando la cara y dirigiéndose al niño, le espetó:

—No hablo con usted, «zipotío», hablo con su santísima madre.

Y como esta señora hay muchas, que creen que los santos están en la obligación de escuchar sus plegarias tontas y auxiliar a los tramposos.

- Y cuando el santo no les hace el milagro hay que ver cómo tratan de desprestigiarlo.
- Mirá, Chusita, no le recés al Niño de Atocha, que no te hará caso; yo le pedí que me casara con Argimiro, y Argimiro se casó con la Petra.
- Y vos, Mariíta, no te ocupés de San Nicolás, que le encendí una candela para que mi marido dejara de ir al cinematógrafo y desde entonces no falta una noche, ni una matinée.
- Rezále al Señor de las Misericordias, que está de moda.
- No olvidaré tu consejo.
- Señor, pero qué idea se tendrán formada algunas personas, de la misión de los Santos de la Corte Celestial?
- Y cómo se figuran, las muy cándidas, que los mártires se pueden poner de moda, como las faldas cortas, el pelo corto, el colorete y los zapatos bolcheviques?
- Y no hay que darle vueltas. Esta misma tarde he visto a la señora de marras, con toda su prole y el progenitor a la cabeza, rezándole al Señor de las Misericordias.
- Seguramente tiene un vencimiento en puerta o un turco que le pide el abono por la etamina del último vestido de las niñas.

## MEDICOS CASEROS

Ex cuanto tenemos un dolor de estómago o de cabeza y lo pregonamos ante un amigo, siempre surge el consejo de éste:

—Tomáte una aspirina Bayer o purgáte con aceite de castor.

Y el cándido que se fía de los conocimientos médicos del amigo está expuesto a no sanar del mal que padece y a contraer otro mayor.

Todos somos algo médicos: la farmacopea no es patrimonio exclusivo de los émulos de Hipócrates.

Y hay personas que se complacen, a todas horas, en darnos panaceas para las enfermedades.

-Mira, Haydee, lo mejor para curarse de esas irritaciones de la piel, es untarse por las noches un cuis de manteca mezclada con un real de bicarbonato y doce gotas de zumo de limón. Mi hijita Matilde tenía una «erución cutánea» que le había convertido la piel en una especie de cáscara de naranja; le apliqué la medicina que ahora te receto y a los pocos días sus manos parecían pétalos de rosa.

—Escucha, Andresito, lo único que alivia ese «rumatismo» que te acongoja, es tomar por las mañanas, en ayunas, hígado de zope y una cucharadita de aceite de comer, para que se reblandezcan los huesos.

Todas las medicinas caseras son por el estilo y las doctoras que nos largan el récipe, se enfurecen cuando no nos aplicamos la medicina.

Una chiquilla, en días pasados, se quejaba de un dolor de estómago que no la dejaba vivir tranquila. Surgió la curandera y le recetó dos onzas del popular aceite de castor.

—Es que no puedo tomar ese aceite; me causa náuseas.

—Pues tomátelo revuelto con un vaso de cerveza.

—Ni así lo paso.

—Pues tomátelo en «cápsulas» que no saben a nada. Yo tengo unas en la casa y te las voy a dar.

Y la recetadora fue a su domicilio y se trajo unas cápsulas que tenía guardadas desde el tiempo del general Figueroa y se las hizo ingerir a la «paciente.»

El resultado fue fulminante. La chica no sólo no sanó de sus males, sino que se encontró en el estómago con cinco cápsulas, que parecían cápsulas de revólver y que no la dejaban en paz.

Hubo que llamar al facultativo que pasó la pena negra para que la crédula muchacha se viera libre de aquellos molestos huéspedes.

Pero esto no descorazona a las doctoras aficionadas.

—Carmencita, no te pongás en manos de los médicos, que no saben nada; para curarte de ese dolor de muelas ponete una pasa partida en la encía y bebéte dos copitas de guaro con sal, y se te quita el dolor para siempre.

—Mirá, Ticha, vos estás «tisis», y no hay médico que te salve. Lo que te hace falta es casarte; para las que están «tisis» no hay como el matrimonio.

—Pero si mi novio es muy feo y por eso no me quiero casar.

—Casáte, tomálo como una medicina y ya verás que pronto te alivias.

La Ticha, que lo que tiene es un paludismo fenomenal, se casa con Arturito, que es más feo que Picío y a los pocos días está a la muerte a causa de los sustos que le proporciona verse a solas con su marido.

—Ya lo decía yo, exclama la que dió el consejo; esa Ticha no me atendió a tiempo y cuando se casó la tisis era fulminante; si se casa tres meses antes, la veríamos ahora llena de hijos y más gorda que don Floro.

Y a todo esto hay millares de personas que tienen más fé en un componedor de huesos, en una curandera y en un emplasto de güisquiles puestos al sereno, que en la ciencia de cualquiera de nuestras eminencias médicas.

Por eso leemos a diario en los partes policíacos: «Murió sin asistencia médica.»

Muletilla a la que debía agregarse: «Pero fue ayudado a bien morir por las recetas caseras.»

## QUE BONITO

LEO en un telegrama de Tegucigalpa la siguiente noticia: «Luego vendrá de Comayagua la Banda Regimental que estaba allá amenizando las sesiones de la Asamblea.»

El telegrama es de fecha 12 y doy a ustedes mi palabra de que no le he añadido ni una coma. De modo que en Comayagua la Banda se dedica a «amenizar» las sesiones como una marimba de cualquier teatro peliculero.

Me parece ópimo ese sistema.

Así las sesiones resultan amenas, perdiendo el carácter de austeridad distintivo de esas reuniones, en las que los representantes del pueblo se enfrascan en discusiones hondas, altas o anchas.

La escena me la represento en Comayagua, en una sesión borrascosa.

Preside Miguel Navarro, actúan de Secretarios José B. Henríquez y Teodoro F. Roquin y en sus curules están repantigados Matías Oviedo, Servando Ulloa, Justo Abarca, Martín Agüero, Modesto Rodas Alvarado, Corea Buezo, Trinidad Rivera y el doctor Samuel Laínez.

En un ángulo de la sala la Banda Regimental, con los instrumentos listos y ojo avizor a quien la dirige, espera una seña para romper a tocar amenizando el acto.

—Pido la palabra—prorrumpe con voz de trueno el fogoso Oviedo.

—Se le concede—responde con acentos de tiple el Presidente de la Asamblea.

Matías Oviedo se alisa la melena leonina, y después de medir con la mirada a sus compañeros «mociona» porque se ascienda a coronel al capitán Cartuchera, en vista de lo bien que lleva el paso cuando va al frente de sus tropas.

Se discute la moción y se resuelve.

—Se asciende a Coronel al capitán Cartuchera.

El Presidente de la Asamblea hace una seña y la Banda Regimental ejecuta «El Soldado de Chocolate.»

—Yo pido — dice Justo Abarca — que a la viuda del extinto educador don Salomón de la Grecia, se le dé una pensión de cincuenta pesos.

Se discute el punto y se resuelve darle la pensión a la viuda. La Banda, era lógico, toca «La Viuda Alegre».

Luego suplica don Servando Ulloa que se exonere de contribuciones a todos los carboneros, que han solicitado esta gracia y que esperan a las puertas de la Asamblea, con la cara llena de su negra mercadería. Se acuerda de conformidad y la Banda ejecuta «Cara Sucia».

Y cuando van a continuar las discusiones se escucha el reloj del Salón de la Asamblea que toca las doce.

—Las horas avanzan — dice el Presidente — hay que suspender la sesión para continuarla mañana.

—Es la hora del almuerzo — dice Buezo.

—Es la hora de descansar — arguye Agüero.

—Se levanta la sesión—declara Navarro.

Y la Banda Regimental, borda primorosamente la «Danza de las Horas», de Ponchielli, en tanto que los congresistas se van retirando a sus respectivos domicilios.

Así deben ser las sesiones, según me las imagino por el telegrama preinserto. Y si no son así, así deberían de ser.

Y en las ocasiones en que no haya Banda que amenice las sesiones, creo muy conveniente que se llevara un fonógrafo o un piano de manubrio.

## HIGIENICEMONOS

EL señor Alcalde desea que la capital salvadoreña presente un aspecto decoroso y saludable y pide que se haga una campaña en pro de la higiene y del ornato.

Lo de la higiene es lo más indispensable; lo del ornato casi podríamos llamarlo superfluo.

Y hasta un tanto innecesario. Porque los terremotos se encargan, periódicamente, de destruir en dos segundos fachadas, repellos y adornos.

Pero lo de la higiene ya es otra cosa.

Días hace que transcribí al señor Alcalde el diálogo que sostuvieron unos estimables zopes, en tanto que hundían sus corvos picos en las «delicadezas» de un cajón desbordante de basura.

Es posible que aquel diálogo haya logrado despertar la atención del señor Alcalde.

Hoy quiere que nos presentemos «limpitos y sanitarios».

Es una gran idea!

Y para ver el efecto que había causado fuí al mesón de «Sal si Puedes», que es uno de los más poblados.

- 
- Mirá, Chusita, aquí está este individuo preguntándonos cómo vamos a tirar la basura de hoy en adelante.
- Como siempre, contestó Chusita, en mitad del patio.
- Pero eso es dañoso para la salud de todos, le repuse yo.
- No lo crea, nuestros padres la tiraban de igual modo y ya ve usted.....
- Sí, ya veo que todos se han muerto.
- Porque les llegó su hora; pero qué tiene de particular que yo tire la basura en mitad del patio o que la tire en mitad de la calle?
- Es que no hay que tirarla en ninguna parte.
- Ah, pero no las vamos a tener que comer?
- No, no es eso, joven Chusita; pero hay que depositarla en algún recipiente tapado para que no sirva de comida a los microbios, ni dañe al olfato.
- Pues antes de que arreglen eso de las basuras— saltó un ciudadano ventrudo, dueño de la pulpería «La Benemérita»—hay que arreglar los excusados. Mire, venga y vea.
- Y me llevó, a través de unos callejones en que había varios charcos de agua verdosa, hasta un cuartucho con techo que se estaba cayendo, con unas paredes agrietadas y en donde había unos «inodoros», seguramente llamados así por cruel ironía, pues de lo que menos tenían era de «inodoro».
- Esto, es lo primero que había de arreglarse.
- Realmente, en este mesón deben sufrir mucho cuando hacen uso de ese artefacto!
- Muchísimo; como que por eso verá usted, si tiene regular vista, que en las calles interiores del mesón y hasta en las exteriores, hay muchos chicos y grandes que hacen cosas que no puedo nombrar.

- Sí, ya lo he notado.  
 —Pues antes de que las basuras tengan tapaderas, deberían tenerlas estos cuartos.  
 —Sí, pero lo uno no excluye a lo otro.  
 —Pues yo, me dijo el pulpero, antes de comprar un recipiente de zinc, con tapa metálica, me compro uno de esos aparatitos ingleses que suprimen todo mal olor y lo trabo en mi casa, para no tener que venir a este sitio.

Salí del mesón asqueado de tanta suciedad. En los cuartos conviven en una camaradería repugnante, la gallina y el gato; el perro y las palomas; los niños y los grandes y hay camas-trones que son un hervidero de parásitos, y hamacas que tienen más pringue que hilos; y sillas de tres patas; y mesas negras por la falta de aseo.

Cómo podrá vivir la gente en ese medio?

La respuesta la dan las estadísticas.

Los niños, los más indefensos contra los ataques de microbios, mueren en un porcentaje aterrador y los grandes, lejos de preocuparse por el mejoramiento de sus habitaciones, parece que tienen un placer al habitar en esos mesones, que olvidó el Dante en sus descripciones del Infierno.

Señor Alcalde, Señor Director de Sanidad, Señor, quien sea. Ustedes, que se preocupan por el bien común, ustedes que dan pruebas inequívocas de desvelarse por el adelanto, hagan que se cumplan las disposiciones respectivas.

Echense el corazón en un bolsillo; no se dejen ablandar por las lágrimas ni las lamentaciones y apliquen a todos los culpables el rigor de las Ordenanzas Municipales.

Al sujeto que asesina a un semejante, le llevan a la cárcel y, en algunas ocasiones, le condenan a muerte.

Y al que tiene un foco de infección que causa la muerte de muchos sujetos, no le hacen nada. Cuando más una advertencia.

Y este último es tanto o más culpable que el primero. Y, además, causa mayor número de víctimas.

Que se tapen las basuras: muy bien.

Pero que se limpien los mesones.

Y al que no lo quiera limpiar, que se lo clausuren.

Será un remedio draconiano, pero eficaz.

## A PARIS

Hoy fuí a visitar a mi amigo don Saturio y me lo encontré arreglando sus maletas.

—Qué ocurre, Saturio; estás de viaje?

—Me voy a París.

—Te has sacado el premio gordo?

—No, voy a hacer este viajecito para ahorrarme unos cuantos reales.

—Hombre, no comprendo cómo se pueda viajar con objeto de hacer ahorros.

—Pero tú no lees la prensa diaria?

—Ya lo creo que la leo.

—Y no vas al Mollejón por las tardes?

—No, francamente, no tengo valor para tanto.

—Pues si leyeras la prensa con detenimiento y fueras al Mollejón, sabrías que en este mes y el próximo hay catorce bodas en perspectiva.

—Y eso, qué te importa?

—Pero ven acá, hombre sencillo; no adviertes que cada una de esas bodas es una brecha en los bolsillos?

—Por qué?

- 
- Pues mira. Primero hay que hacer la despedida de soltero del novio; luego la de la novia y, además, el regalito de boda.
- Pero las despedidas las ofrecerán, seguramente, los íntimos de los contrayentes y ellos correrán con los gastos.
- Los fósforos!!! Hay que pagarlos a escote. Verás. Uno de los más fraternales amigos del novio es el que hace cabeza. Se te acerca y te dice:
- Ve, vos, ya sabés que se casa Recesvinto y que le damos una comida de despedida, vos estás en la lista. Te tocarán treinta colones.
- Pero es que ahora estoy mal de dinero.....
- Ah, pero vas a ser la mosca negra de la fiesta. Qué dirá Recesvinto si no concurre a la comida?
- Está bien, concurriré y daré los treinta colones.
- Ya lo sabía yo.
- Bueno—le repuse—el gasto no es tan grande, treinta colones.
- Siempre viene luego la despedida de la novia y como las mujeres no van a pagar el ágape, son otros treinta colones; después el regalito de boda, pongamos unos cuarenta y, además, hay que hacerse ropa, que estrenar corbata, que perder un día de trabajo. En resumen, amigo Neko, cada una de esas bodas cuesta, bien que mal, sus ciento veinte colones y como ahora hay unas catorce en perspectiva y no me puedo evitar de ir a ninguna de ellas, opto por marcharme a París, que me saldrá más económico y, además, tendré el gusto de ver el Arco del Triunfo, las demimondaines y conoceré los cabarets.
- Verdaderamente tienes razón.

- Y esto que hago yo ahora va a popularizarse y ya verás, en cuanto se aproxime una boda, los amigos de los contrayentes harán jiras a Coatepeque, a Cojutepeque, a Sensuntepeque y a los demás «tepeques» que tenemos, antes de soltar un quintal de plata en cenas, bailes, trajes y regalitos.
- Esa es la ventaja de vivir como yo, alejado de la «élite».
- Si también a los alejados les toca, yo he contribuido para uno de esos festejos porque se trataba de un primo segundo del cuñado de un tío de un amigo de mi sobrino!!

## CALACHES O TELENGUES

Aquí una casa podrá no tener servicios higiénicos, podrá carecer de cerraduras que funcionen bien, es posible que esté llena de goteras y hasta probable que carezca de agua, pero lo que no puede faltarle a una casa es el famoso, el legendario, el nunca bien alabado cuarto de los «calaches» o «telengues».

Ese es el principal ornamento de un domicilio que se respeta.

A ese cuarto van a parar todos los objetos inservibles y molestos; desde la silla a la que le faltan las cuatro patas y el asiento, hasta las tejas rotas y los marcos a quienes faltan tres lados y parte del otro.

—Mire, amigo Neko, mire qué bien ordenado tengo el cuarto de los «calaches».

Así me dijo la esbelta joven propietaria de la casa en que habito, enseñándome un cuarto en donde yacían en confusión horrible dos bancos sin patas, tres docenas de tejas rotas, una mesa sin cubierta, once latas de gasolina llenas de roturas y una enorme cantidad de ladrillos

- rotos, zapatos viejos, palos astillados y láminas retorcidas.
- Pero niña Chusita, esto es antihigiénico e inservible. Para qué guarda usted todas estas porquerías?
- Cómo porquerías! Todo eso sirve y, además, encierra recuerdos históricos. Mire, aquel respaldo de camastrón era el que ocupaba mi abuelito cuando la «polvazón». Ese azafate partido por gala en dos, era el que teníamos dispuesto con unas pupusas cuando la ruina del 17 y esas tejas son las que nos quedaron de la ruina del 19. Todos son recuerdos!
- Pero todos inútiles. Mire, niña Chusita; mire qué cantidad de ratas hay en la casa, cuánta cucaracha y qué millones de hormigas y todos esos bichos tienen su nido entre esos «calaches» que debería usted tirar sin más dilación.
- Antes tiraría la casa! Cómo se conoce que usted no está al tanto de nuestras costumbres. Aquí los «calaches» son sagrados; forman parte de la historia de la familia.
- Pero supongo que en las casas de los ricos no habrá estos depósitos de inutilidades.
- Ya lo creo que los hay; y más grandes y con más «telengues». Como que si penetrara a una de ellas, iba a encontrar hasta sillas de cuando gobernaba España por estos terrenos.
- Pues esto se acabará el día en que la Sanidad, como en otros países, obligue a los que guardan «calaches» o «telengues» a tirarlos al carro de la basura. Sí, porque resulta molesto y peligroso para la salubridad, que en las casas existan cuartos en donde se conserven, como preciadas reliquias, las escobas sin mango, los zapatos sin zuela, las sillas sin patas y los camastrones sin respaldos.

—Pues a mí, al primero que me quiera tocar mis «calaches», lo quemo vivo.

—Pero niña Chusita.....

—No hay Chusita que valga. Aquí tenemos para los «calaches» veneración especial, y al que se atreva con ellos, por lo menos, lo excomulgamos. No le digo más.

Y con aire furioso cerró la puerta de aquel cuarto, en donde duermen el sueño de la inutilidad, bajo una capa de polvo de media vara, toda una multitud de trastos rotos y mohosos que son magníficos incubadores de microbios.

## YO, DIRECTOR

Los Directores propietarios de este diario me llamaron hace algunos días, y con una reserva digna de los diplomáticos que confeccionan los tratados de paz, me dijeron:

—Amigo Neko, en premio a sus servicios, hemos resuelto nombrarle Director de este diario, de modo que, desde este momento, queda investido de ese carácter.

Aquello me pareció de perlas.

Yo, Director!

Lo único que me causó cierta escama, es que los Directores propietarios, cuando yo acepté el cargo, se sonreían con una de esas risas mefistofélicas, capaces de helarle la sangre a las doce del día, a uno que viva en Sonsonate.

Lo primero que hice, ya investido con el carácter de Director, fue tomar un auto y marcharme a dar unas vueltas al Campo de Marte.

Y, lo que es la vanidad: me parecían muy pequeños todos aquellos a quienes veía pasar en otros autos.

Llegó la toma de posesión; saludé con una arenga a mis compañeros y me fuí a sentar en una

de esas poltronas que dan vueltas en todas direcciones, como ciertos políticos.

Y comencé a dictar disposiciones:

—Esta noticia en primera página; esta otra debajo de un aviso; que no se me moleste antes de las diez de la mañana.

Y así por el estilo, hecho un Nerón y fumando un puro de primera clase.

En esto se presenta un sujeto:

—El señor Director?

—Servidor de usted.

—Verá, yo soy don Alcibiades, el de Panchimalco y le traigo esta notita del matrimonio de mi sobrina Arcadia, con el joven y ya boticario Panacea.

Y me extendió un fajo de cuartillas. Treintidós hojas escritas a máquina relatando el matrimonio!

—Pero esto es una atrocidad, no puede publicarse.

—Cómo que no!—gruñó Alcibiades—es la nota del día, hay que insertarla.

—Que no puede ser.

—Es usted un tirano; el periódico es de todos. Esto es un desprecio que no olvidaré, voy a decirles en Panchimalco que no lean su almodrote.

A los pocos minutos otro:

—El señor Director?

—De usted afectísimo.

—Mire, aquí se dice que la policía recogió a González por ebrio fondeado.

—Y es verdad; así lo informa el parte de policía.

—Podrá ser verdad, pero yo también me llamo González y puede haber una interpretación errónea. Este párrafo me perjudica mucho.

—Y, qué puedo hacer?

—Pues hacer una rectificación: diga usted que el González que fue recogido fondeado en el Zanjón de la Zurita, no tiene nada que ver con Serapión González y Guarete, bien conocido en «Los tres sietes» y sus alrededores, y que jamás fondea. Esto es lo honrado. Hay que rectificar!

Y se fue dando portazos.

—Vaya, me dije, pues esto de ser Director no es tan descansado como parece.

En esto llega el Correo.

Y tengo que leer treinta y seis cartas, veintidós telegramas y unas tarjetitas postales llenas todas ellas, o la mayor parte, de dislates.

El uno pide que se le publiquen sus «Prosas selectas» sobre la influencia de la pesca de cangrejos en las buenas costumbres. El otro una «Oda a la primera comunión de la criada de mi sirvienta», el de más allá unas «Consideraciones filosóficas acerca de las inconveniencias de las lluvias en los meses de invierno.»

Y así por el estilo.

Aquello era demasiado.

Luego se me presentó un caballero con doce cartas de recomendación, para que le publicara su retrato con una leyenda que decía: «Don Pancracio Chupacirios, héroe del 12 de junio.»

—Ah, pero usted estuvo en el sitio de la catástrofe? A cuántos salvó?

—No, señor Director; no estuve, pero es igual. Estuvo un sobrino mío que pereció ahogado y cuyo sepelio pagué, lo cual es una heroicidad.

—Pues no puedo publicar, ni su retrato, ni lo de héroe.

—Usted verá lo que hace, pero esto es un desaire, no a mí, que no tiene por qué servirme, sino a esas doce personas que me han dado cartas para usted, recomendándole esta publicación, Y..... a qué seguir?

---

Por teléfono, por correo, por telégrafo, de viva voz, tuve que escuchar mil impertinencias; que soportar a una caterva de poetas que se dedican a hacer versos como pudieran dedicarse a confeccionar ladrillos; de unos que pretendían que estampara insultos contra otros; de algunos que se quejaban por no haber salido sus nombres en el relato de una fiesta.

A las seis de la tarde de mi único día de Director salí del periódico con dolor de cabeza.

Al Dante se le había olvidado este cuadro en la descripción del Infierno.

Al día siguiente, en cuanto llegaron los Directores Propietarios, presenté la dimisión del cargo.

—Pero, Neko, mire que la categoría, que el sueldo.....

—Prefiero quedarme de barrendero.

Y desde hoy, en cuanto veo en el despacho de la Dirección a uno con un articulito en la mano, o miro que están revisando el correo los Directores, me río, me río más maquiavélicamente que ellos.

Qué grande es el placer de la venganza!

## UNA FIRMITA

EL día en que me ofrezcan para vivir una casa que esté en las inmediaciones de las oficinas de algún abogado, renuncio a vivir en ella: así me la den de «choto».

La razón es aplastante. No quiero prestar firmas.

Seguramente a usted, carísimo lector, le habrá ocurrido ir por la calle a «paso de vencedor» rumbo a su despacho o a su almacén, cuando de pronto ha surgido de un zaguán un doctor en leyes, quien con una sonrisa irresistible, le habrá dicho:

—Poncianito, hacéme el favor. Mirá, estamos firmando la escritura de venta de la finca «Sal-sipuedes», de doña Macaria, la viuda de Epaminondas, y necesito un testigo que firme. Hacéme el favor de ser testigo. Sólo son dos minutos.

—Pero doctor, que se me hace tarde.

—Vamos, Poncianito, no seas «plomoso.»

Y usted, alma cándida, penetra en el despacho donde están sentados la vendedora, el comprador y la otra víctima o sea el otro testigo que

fue pescado poco antes, por el mismo procedimiento que usted.

Vienen las presentaciones y luego de que el doctor agrega en la escritura unas cuantas parrafadas y usted tiene que decir delante de aquellos señores si tiene sesenta o cuatrocientos años y sus demás generales, comienza la lectura de la famosísima escritura de venta de la finca.

Pasa media hora y el doctor sigue leyendo.

Pasa una hora y continúa la lectura.

Pasan dos horas y termina. Pero al doctor se le han ido varias erratas y hay que hacer las «salvedades» del caso, y en esto pasa otra media hora.

Y por fin llega el momento feliz de que usted firme y se marche de ahí.

Y como en esta vida todo tiene término, también lo tiene su martirio y después de poner su nombre y su rúbrica en aquel «instrumento», sale usted a la calle, siendo despedido por el doctor con algunas palabras afectuosas.

—Vaya, gracias, Poncianito, eres my amable..... Pero no le da ni un mal puro, ni le ha invitado siquiera a un trago de agua.

Y el doctor, así que ha despedido a sus dos testigos, a los que no ha gratificado con nada, a los que ha causado mil molestias, cobra por la escritura una buena suma de colones que se embolsa, sin acordarse de aquellos dos testigos indispensables, sin cuyo concurso nada habría hecho.

Y esto es tan común que casi ha constituido una costumbre y se tomaría como una grosería incalificable que un ciudadano, en el pleno uso de su derecho, le negara una firma a un doctor o pretendiera cobrarle honorarios por aquel servicio.

Y apuesto a que el propio «Pedro Sánchez», el agresivo y demoledor Pedro Sánchez, que tal revuelvo está obteniendo con sus escritos, más de una vez en su vida habrá llamado a un amigo diciéndole las frasecitas de rigor:

—Mirá, un momento. Sólo se trata de una firmita.....

## SIEMPRE LO MISMO

LA escena es inevitable en todas las casas cuando la dueña de ella tiene que salir para hacer una visita o para ir al teatro.

—Tenchita—dice el marido—Tenchita, que son las siete y desde las seis y media nos esperan a comer en casa de las Eufrasias.

—No me apurés .... Me estoy acabando de vestir.....

—Pero si son las siete.

—Es que vos, como venís de la calle y no tenés nada que hacer en la casa, te suponés que nosotras podemos salir sin dejarlo todo arreglado.

Y la Tenchita, luego de darse la última polvoreada, de limpiarse bolchevísticamente las cejas y las pestañas con la punta del dedo previamente ensalibada, se le presenta a su cónyuge de punta en blanco.

—Vaya, aquí me tenés.

—Pues al auto.

Y el marido, confiado, sale a montar en el auto seguido de su esposa. Pero ¡ay! Eso de que una señora salga de su casa sin olvidar algo, es tan imposible como que llueva para arriba.

—Mirá, Chon, no dejés de comprar mañana un real más de leche, que ya sabés que viene a desayunar mi hermana.

—Pero ¿nos vamos o no?—pregunta el esposo.

—Esperáte. Y vos, Hildebrando, no dejés de decirle a Cosme que estoy esperando los zapatos ....

—Pero, ¿nos vamos o nos quedamos?

—Nos vamos.

Y cuando parece que la señora va a subir al auto, se entra rápidamente en su casa y regresa cuando el marido se ha comido, nerviosamente, medio cigarrillo.

—¿Qué fué?

—Figurate que había dejado las llaves en el ropero y como ya sabés cómo son las criadas, fuí a recogerlas.

—¿Y para eso te has dilatado media hora?

—Es que Memito [este Memito es uno de los ocho hijos del matrimonio] se puso a jugar y se llevó las llaves y tuvimos que buscarlas entre todos.

Al fin el desventurado esposo logra que su cara mitad penetre en el auto y cuando el chauffeur va a arrancar, ella le dice:

—Aguardáte, Nemesio, aguardáte; que se me olvidaba decirle a la cocinera que mañana tiene que comprar un pollo, porque tenemos invitados a comer.

Y luego de parlamentar con la maritornes sobre la comida de mañana, arranca el auto, y todavía doña Tenchita saca la cabeza y dominando el ruido del «Hudson» o del «Dodge», grita:

—Cuidado con los niños..... Acostámelos bien..... Cerrá la puerta.....

Y cien recomendaciones más.

Total que llegan a la comida a las ocho de la noche, cuando las niñas Eufrasias están desfallecientes de hambre.

Y esto es inevitable; es algo que está en la masa de la sangre.

Si van a la ópera llegan después de que los cantantes han lanzado sus primeras notas melódicas o sus primeros «gallos». A la misa penetran en el momento de «alzar» y a las procesiones cuando va desfilando la banda.

Llegar a tiempo es para ellas cosa imposible. No se toman la molestia de prepararse oportunamente; a última hora lo hacen todo y, eso sí, siempre se están lamentando.

—Nosotras, pobrecitas, todo lo tenemos que arreglar, no podemos salir de casa sin verlo todo, sin ordenarlo todo, sin cuidarlo todo.

Pero en cuanto el esposo, por una contingencia llega tarde, para acompañarla a cualquier visita, hay que escuchar la escena:

—Hace dos horas que te estoy esperando; no comprendo por qué te has tardado tanto..... Qué calma de hombre!!!

Y a lo mejor, el pobre hombre viene rendido del trabajo, sin haber tenido un minuto de descanso.

## LLEVALO, MARCHANTE

**N**UESTROS comerciantes—salvo excepciones muy escasas—tienen la pésima costumbre de pedir por cada mercadería el doble o el triple de lo que realmente vale, a fin de que el comprador pueda regatear, hasta que ambos se ponen de acuerdo.

—Esto es muy caro; a la Paquita le diste una tela igual a tres colones la vara.

—No, marchante— dice el musulmán— no era igual, aquella era de otro color, pero para que veás que te quiero, te dejaré ésta a cuatro colones.

—No pago más de tres.

—Mirá, te la dejaré en tres colones seis reales.

Y cuando el cliente va a salir de la tienda, el joven turco o el barbilampiño chino, le dicen:

—Llévala, marchante.

Y resulta que usted ha perdido media hora para adquirir en su justo precio una tela por la que le pedían algo exagerado.

Y para defenderse de esto las señoras se ponen de acuerdo.

—Dónde compraste el polvo Cotí?

—En la casa de Tomasito, que ya sabés lo fino que es.

—Y te costó?

—Un colón.

—Qué atrocidad! A mí, en la casa de Polvoroncillo, me lo venden a ochenta centavos.

—De modo que Tomasito es un abusador. No le vuelvo a comprar nada.

Y así saben dónde comprar las sedas, la etamina, los escaarpines y hasta el jabón de «cuche» para lavar la ropa.

Pero con esta manía de pedir por las cosas más de lo que valen, ocurre que un ciudadano de Panchimalco, que tenía noticias de cómo las gastaban en esta capital, tuvo que venir a pie para hacer algunos encargos y cobrar unos realitos.

El hombre cobró \*el «pisto», y para \*noticiar el feliz resultado de sus gestiones, puso un telegrama a su consorte. Escribió unas cuantas palabras, tendió el papelito a la telegrafista y le preguntó:

—Cuánto es?

La jovencita del telégrafo contó las palabras, hizo una multiplicación y dijo:

—Sesenta y ocho centavos.

—Vea, yo creo que podía dejármelo en cincuenta; mire que sólo es para Panchimalco, que está a un paso.

—No puede ser, la tarifa es fija.

—Pero vea que soy pobre, que no tengo pisto..... Le daré cincuenta y cinco centavos.

Y así continúa quitando el tiempo a la bella telegrafista, hasta que se convence de que no le pueden rebajar nada.

Y hubo otro que tenía pensado ir a Cojutepeque para visitar a un amigo y cuando compró su billete, preguntó:

- Cuánto es?
  - Dos colones y catorce centavos.
  - Eso es muy caro, ya me lo dejará en un colón, al fin que por llevarme a mí no va a gastar más petróleo la locomotora ni tienen que ponerme un carro especial.
  - Son precios fijos.
  - Eso dicen todos los vendedores, pero luego rebajan.
  - Aquí no se rebaja.
  - Pues si no me lo deja en un colón, me voy al otro tren.....
- Y, efectivamente, se fué a la estación inmediata a pedir un billete para Cojutepeque!

## EL BUEN SOTERO

HAJE tomado un criado a mi servicio, para no hallarme «ingrimo» en este valle de las hamacas.

Más que un criado es un confidente, un amigo de inapreciables cualidades.

..... Y se llama Sotero.

De modo que, desde hoy, tienen ustedes un criado a su servicio.

Esta mañana, mientras me alargaba la camisa, me dijo:

—Ya «vido» la disposición de don Ismael respecto a los «zopes»?

—No, no la he visto.

—Pues entérese. Y me dió LA PRENSA, en donde leí que el señor Alcalde daba un «ultimátum» para que los dueños de casas construyan los famosos depósitos, con cierre hermético, para depositar las basuras, a fin de que no sean esparcidas por los perros y los «zopes», a los que finamente la primera autoridad edilicia llama aves de rapiña.

—Muy bien, Sotero, esta disposición me parece opima.

- Aquí Sotero esbozó una sonrisa que se la enviaría Maquiavelo y me dijo:
- Vea, eso de las tapaderas es imposible de llevar a la práctica.
  - Por qué?
  - Porque, quién es el encargado de encerrar las basuras en los mesones? El propietario? Los inquilinos?
  - No, Sotero, el público. El señor Alcalde lo dice terminantemente en varios párrafos de su disposición: «ha prevenido al público»..... «se previene al público» y agrega que «todos los dueños de casa, inquilinos, arrendatarios o depositarios, deben estar provistos de estos recipientes».
  - Y quién se los va a dar?
  - El público; ya lo dice el señor Alcalde.
  - Pues yo, que soy público, porque no falto a las matinéas del Principal y formo parte del público, no voy a comprar un recipiente para regalárselo a un propietario de casa.
  - No es eso, Sotero, no es eso. Quizá el comunicado del señor Alcalde no esté muy claro, pero la intención es manifiesta: se trata de que en cada casa haya uno de esos recipientes para depositar los desperdicios, a fin que éstos no sirvan de comida a los canes callejeros ni a los «zopes».
  - Pues tampoco se cumplirá la ley.
  - Hombre, Sotero, eres pesimista.
  - No sé lo que será «pesimista», pero conozco a mis paisanos. Usted se cree, señor Neko, que Don Justo de Armas, Rosemblum, el «choco» Albino o Hanes, van a sacar a la calle esos recipientes cuando pase el carretón municipal?
  - Lo sacarán sus criados.
  - Y si no lo sacan?
  - Se les impondrá la multa.

Y Sotero, al oír estas palabras, lanzó una carcajada más escalofriante que esas que largan los primeros actores en el tercer acto de un drama cursi y me repuso:

—No pagarán esa multa. En cuanto se las pongan a un pobre como yo, ya se sabe, la pago o me llevan a la policía; pero quién es el guapo que lleva a la policía a un señor de esos que llevan zapatos cosidos, bastón con puño de plata y hasta tienen automóvil?

—Pues también los multarán.

—Veya, señor Neko, le hago una apuesta?

—Cuál?

—Que publique el señor Alcalde la lista de los multados desde el día 15 de este mes y si me lee en ella el nombre de un banquero, de un diputado, de un juez o de un comerciante rico, me dejo cortar el dedo más gordo de la mano derecha.

—Mira que vas a quedarte «cuto».

—Estoy seguro de que no.

—Mira que esos señores, por su misma ilustración, serán los primeros en cumplir con la ley, ya que redundan en beneficio de la salubridad pública.

—Redunde en quien redunde, no la cumplirán y sino al tiempo.

Y con una parsimonia digna de un gentil hombre de cámara, me tendió el cuello y la corbata, y se marchó a comentar con la cocinera esta disposición que él juzga atentatoria contra los sacrosantos fueros de los perros mendicantes y los «zopes» famélicos.

Y me estoy temiendo que me gane la apuesta.

## QUE COSA MAS SENCILLA

Esos de escribir un libro no es cosa muy fácil; encontrar quien lo edite ya es algo más difícil, pero venderlo—cuando el autor es un ilustre desconocido—es casi imposible.

Y sin embargo, día a día me encuentro sobre mi mesa un tomo. Afortunadamente casi todos son pequeños, de versos, prosas, o de «ambos sexos», que ostentan una portada a colores, un retrato del autor y una dedicatoria para algún personaje ilustre, para un millonario o para un fraterno amigo.

Quién es el autor novel?

Nadie lo conoce.

Por qué ha escrito un libro?

Porque le ha dado la realísima gana.

Pero ocurre que el autor es pobre, las impresiones son costosas, el papel ha subido de precio, la encuadernación cuesta muchos colones y me estaba devanando los sesos pensando cómo habría resuelto tantos problemas mi amigo Epaminondas, el laureado autor—laureado por sus amigos—de ese minúsculo libro de poesías tituladas «Bajo la sombra luminosa»,

cuando un mi amigo, que usa las gafas más grandes que las de los chinos «auténticos», me dió la resolución de este problema.

—Mire, Neko, la cosa es infantil. Un sujeto escribe un libro, lo hace imprimir al crédito y en cuanto salen los primeros ejemplares se va con uno de ellos debajo del sudoroso brazo a la casa del «victimado», a quien se lo dedicó.

—El señor don Magnífico Mecenaz?

—Pase usted, le dice una maritornes, de pies descalzos y delantal pringoso.

Y el «poeta» se alisa la melena—porque los poetas, en lo general, pertenecen al gremio de «Las melenitas»—y le dice a su interlocutor:

—Señor, he escrito este libro de poesías y lo he dedicado a usted; me ha costado muchas noches de desvelo, en él he exprimido toda la sustancia cerebral que poseía y lo he dedicado a usted, el siempre generoso, el siempre magnánimo, el siempre dadivoso.....

Y antes que termine con la letanía de todas las cualidades del señor Mecenaz, éste, que ya está acostumbrado a tales «sablazos», extrae la cartera, alarga un billete por lo menos de cincuenta colones y he aquí cómo el vate ya tiene cobrada una parte de los gastos de impresión.

Luego se va de casa en casa y uno a uno obliga a sus amigos y a los que no lo son a comprarle su librito.

—Usted debe proteger las letras patrias; esta obra no debe de faltar en su biblioteca: son dos colones, solamente dos míseros colones.....

Y así va saliendo de todos sus libros y además de tener el orgullo de leer su nombre en letras de molde, se guarda una regular cantidad de colones, sin que nadie tome a mal este nuevo «modus vivendi».

- Pero a mí—me decía el de las gafas—no me la ha dado el último escribidor.
- No le compró usted su libro?
- No, retrogradé a la época del trueque.
- Cómo?
- Muy sencillamente. Cuando el autor me alargó su libro y me dijo que valía dos colones y que era imperativo proteger las letras vernáculas, le repuse: es verdad, hay que proteger a los escritores nacionales, no hacerlo es un crimen. Su libro de usted bien vale los dos colones, pero ocurre que yo he escrito una tragedia burlesca en un prólogo, diez actos y dos epílogos y la vendo a tres colones, precio baratísimo, precio de realización; aquí tiene usted mi obra, y como la suya vale dos y la mía tres, troquemos los libros y deme un colón para quedar en paz.
- Y qué hizo el autor?
- Salir, «rabum interpenorum», que diría un clásico.

## CAMBIOS NATURALES

**E**STA mañana he tenido una verdadera «samotana» con Sotero, el incorregible Sotero que es capaz de hacer perder la paciencia al mismísimo Job, si a este le diera la mala ocurrencia de resucitar.

El viernes, como todos saben, ofreció un concierto la Banda de los Supremos Poderes, dirigida por Her Paul Müller, ese chelito que cuando dirige no deja de hacer sus pasitos de baile. Pues bien, para este concierto había invitado yo a unas chiquillas que viven por la Península y con las que quedé de reunirme a las ocho de la noche o a las veinte, como se dice ahora.

Pero cátrate que se me presentó un sujeto que me entretuvo y entonces comisioné a Sotero para que fuera por esas muchachas y las llevara al Colón.

Comenzó el concierto; siguió el concierto; terminó el concierto y ni Sotero ni las niñas habían ido al teatro.

Salí molesto y deseando inquirir la causa de tal ausencia. Y hasta el día siguiente, bien de mañana, pude hablar con Sotero, que estaba

con un mandolín estudiando «Campanero y Sacristán», una piecesilla que se ha puesto de moda.

—Sotero, Sotero!

—Qué manda?

—Qué pasó anoche que no fuiste al teatro con esas señoritas?

—Que no fueron ellas al Parque Barrios, donde usted me dijo que lo esperarían.

—Cómo que no fueron; precisamente acabo de recibir un telegrama en el que me dicen que estuvieron en el Parque Barrios desde las ocho y cuarto hasta las nueve y media.

—No, señor, eso no es verdad.

—Sotero ..... Sotero..... que estás acusando de falsedad a las señoritas Gordolobo, que jamás dicen una mentira.

—No hay mujer que no las diga.

—Sotero, que eres un mucho atrevido con el bello sexo.

—Yo, lo que digo es que fuí al Parque Barrios, que le dí más de veinte vueltas y que ni las Gordolobo ni ninguna otra estuvieron ahí; lo único que miré fué a dos mengalas que estaban con unos choferes amigos míos, planeando un paseo a Santa Tecla.

—Y qué más viste en el Parque?

—Pues la estatua del General Barrios.

—Te has caído, Sotero, te has caído!..... En el Parque Barrios no hay ninguna estatua de don Gerardo.

—Cómo que no! La hay, por más señas que está el general montado a caballo.

—Esa es la estatua ecuestre del Parque Bolívar.

—No, señor, de Bolívar no hay estatua.

—No; la estatua es de Barrios, pero el parque se llama Bolívar.

—Y por qué no se llama Parque Barrios?

- Porque lo bautizaron con el nombre del gran Bolívar.
- Pues eso está muy mal hecho. Yo, si algún día soy Alcalde.....
- Que tienes de ser Alcalde.
- Todo es posible; otras cosas hemos visto más raras. Pues bien, si llego a ser Alcalde, voy a rebautizar todos los parques. Y con más propiedad.
- Cómo los llamarías?
- Verá usted: al Bolívar le llamaría Barrios, que para eso está en él la estatua de mi general; del Dueñas, quitaría el monumento de la Independencia, que buenos realitos nos costó y no hay razón para que esté en el Dueñas, sino en el del Centenario.
- Y qué más, Sotero de todos los demonios?
- Terminaría con algunas anomalías que no me explico.
- Como cuáles?
- Mire, señor Neko, en el Parque Arce, está la estatua del Padre Delgado y a Don Juan Manuel me lo tienen allá, en la Avenida Independencia «tete a tete» con Don Porfirio Díaz, que no creo que fuera ningún Benemérito ni libertador. Al Parque Barrios, en cuanto lo adornen con la estatua de don Francisco Menéndez, le titularía Parque Menéndez, que sería lo más apropiado.
- Y el del Centenario?
- Al del Centenario no sé de dónde le venga el nombre, pues lo único centenario que hay allá es un hoyanco donde se han «somatado» una porción de gentes.
- Y cómo llamarías al Parque Morazán?
- Pues le dejaría el nombre, sólo porque está en él la estatua del primer unionista, pero de po-

der se lo cambiaba y le pondría otro más ruidoso y oloroso.

—Cuál?

—Parque de la gasolina.

Y por no tirarle un zapato a la cabeza al descaradísimo del Sotero, no le seguí preguntando; pero crean ustedes que este mi mozo es capaz de hacer perder los estribos a un santo.

## PICARA VANIDAD

DÍAS pasados fuí invitado a comer a la casa de una familia de esas que tienen su fonógrafo barato, su salita cursi y un comedor en que caben holgadamente hasta ocho personas.

La comida ni fue del todo succulenta ni del todo variada. Pero no era muy mala. Lo que me sorprendió es que había platos de todos colores y hechuras, vasos de las más diversas formas y cubiertos desiguales; amén de que las sillas, unas eran de un modo y otras de otro y el mantel estaba añadido por el medio; pero poco me habría fijado en ello, a no ser Sotero, que cuando regresamos a casa me dijo:

—Se fijó en la desigualdad del mobiliario de la casa de las niñas Petronilitas?

—Sí que me chocó.

—Pues le voy a aclarar el misterio. Esas niñas, que van a todas partes, que son amigas de todo el mundo, quieren que se hable de ellas, y como usted es de lo más «hablantín» que se conoce, lo invitaron a comer para que les pusiera una «socialita».

- Es que yo, mi querido Sotero, tengo estómago agradecido, pero no heróico y la comida de esas niñas.....
- Es de lo mejor que han dado. Yo las conozco «dende» hace tiempo.
- Les habrá costado sus realitos.
- No mucho. Lo primero que hicieron fué empeñar la máquina de coser en «Las Tres Bolas» y con ese «pisto» comprar unos platillos de macarrones, un gallo en chicha y media docena de botellas de «Abeja». Como no tienen platillos, ni cubiertos, ni vasos, ni manteles, todo eso lo piden a las vecinas y por eso vería que las sillas eran desiguales y que no había ni tacitas para tomar café.
- Pero es una tontería hacer eso.
- No, señor, es una vanidad disculpable. Ellas quieren figurar de cualquier modo y no les importa un sacrificio como este por ver su nombre en «sociales».
- Y yo, que en esto de ser complaciente soy de lo más generoso, dí orden para que se publicara la siguiente nota social:

#### HERMOSA FIESTA

En la residencia de la distinguida familia de doña Petronila Paupérrima v. de Nicomedes, fue servida anoche una espléndida comida en honor de nuestro pelicularo redactor. El menú fue exquisito y las niñas Petronilitas, con ese «savoir faire» que tanto las distingue, hicieron los honores de la casa. La mesa resplandecía con los cristales de bohemia y en los finos platos de Limoges fueron servidos los delicados manjares. Luego se «hizo música» y se bailó hasta las primeras horas de la madrugada.

Con este parrafito me he conquistado la amistad de las Petronilitas por toda la vida.

Y algo es algo.

Hoy comentarán la crónica mientras mastican un trozo de carne dura y unas tortillas recalentadas y limpian con los dedos las sartenes—único platillo que poseen—o meten la cuchara de jícara en el rebosante plato de arroz.

Pícara vanidad!

Pensar que las Petronilitas, por ver su nombre en letras de molde, van a tener que coser a mano lo menos por dos meses y aun les falta ahorrar algo para pagar un vaso de la señora Martinita que se rompió y que desmanchar el mantel donde se vertió una copa de un vino que más parecía tinta.

## PIDIENDO CACAO

LA frasecita es pedestre. Pero muy gráfica. Y, sobre todo, muy popular.

En cuanto un sujeto o una «sujeta» necesita implorar el favor de éste o de aquélla, surge la frase:

Fulanita o fulanito, «pidió cacao».

Y muchos, por tal de que no se diga que han pedido el famosísimo cacao, dejan de hacer un negocio, riñen con la novia o dejan de casarse.

Eso de «pedir cacao», es algo denigrante, mucho más que pedir limosna. Y el gesto digno y generoso del que comete una falta y solicita una excusa, es tomado en una acepción baja y comentado con la eterna muletilla: «pidió cacao».

¿Quién fue el inventor de la frase? No se sabe.

Algún haragán que se las daba de «arrecho» y que estimó que en la vida no había que entonar el mea culpa en ninguna ocasión y como pudo ocurrírsele decir: pidió café, pidió «pupusas», pidió bálsamo o pidió pipianes, se le dió la gana de decir: pidió cacao. Y la frase se ha hecho popular y de efectos desastrosos.

Conozco una chiquilla un tanto loca, pero de buen corazón, que por una tontería suya riñó con el novio; con dos palabras pudo arreglar el asunto, con una disculpa dejar satisfecho al presunto marido, pero qué dirían sus amigos si «pedía cacao»? Y por ahí anda triste y cabizbaja, pero sin pedir el famoso cacao.

De otro sé que podría estar bien empleado, pero tuvo ciertas dificultades con el jefe y se siente muy hombre para pedir cacao, prefiriendo pasar hambres y tener a sus vástagos sin zapatos.

Es una de las debilidades humanas eso de no querer humillarse; «pedir cacao» es denigrante: antes la miseria o la muerte.

Y vemos centenares de personas que por no dar una disculpa merecida, por no confesar un error, en una palabra, por no pedir cacao, prefieren pedir limosna.

—Yo, señor Neko, me dice Sotero, no he pedido cacao nunca; ni en tiempos pasados cuando me daban de palos, ni ahora cuando me han llevado detenido por «fondeado»: que me multen, que me castiguen, que me «golpeyen», pero no les pediré cacao.

—Pues haces muy mal; dar una disculpa no es humillarse, es enaltecerse. El que comete un yerro y lo confiesa y pide por el perdón, es más valeroso que el que persiste en el error y no baja la cabeza.

—Será lo que usted quiera; pero así «semos» y así seremos siempre. Yo no le pedí cacao ni al propio Regalado, que era un hombre tan «arrechó» que le temían hasta las piedras.

—Y a tu mujer no le has pedido cacao?

—Lo que le he pedido han sido dos tapados para empeñarlos y seguir bebiendo, que es cosa de hombres y de amos de su casa, pero el cacao

me lo tiene ella que pedir cuando agarro un «chilillo» y hago uso de mis derechos maritales en las costillas de mi esposa.

—Pues eres más bruto que un potro bayunco.

—Será lo que usted dice, pero si hiciera lo contrario me tendrían por un cobarde.

Y, con efecto, hay quien cree que pegarle a una mujer, insultar al prójimo u ofender a cualquiera persona, es cosa de valientes y que sólo los cobardes «piden cacao».

Y yo, caso de tener que optar por uno de los dos extremos, optaría por el segundo.

Esos que son «muy hombres» resultan, a lo mejor, más asustadizos que ratones recién nacidos.

Algunos conozco que no piden cacao, pero que piden para un «trago» o para curarse la «goma». Y se creen personas decentes.

## LOS MOTES

EN cuanto usted tiene la poca fortuna de ser poseedor de un defecto físico, por pequeño que sea, lo primero que le ocurre es que pierde o el nombre o el apellido.

Y que no lo vuelve a recobrar así lo rueguen frailes descalzos.

Aquí ya es cosa sabida, no se le llama a uno que tenga un defecto de esa naturaleza por su nombre completo; se le dice, el «cuto», el «choco», el «colochó», el «chele»; porque hasta en el color y la forma del pelo se fijan los rebautizadores. Vamos, que ni esa rama capilográfica se les escapa.

¿Quién conoce a don Albino Reyes Villegas? Puede que si preguntáramos a un millar de personas, nadie contestaría satisfactoriamente, pero pregúntele usted: ¿Dónde vive el «choco» Albino? Y al momento le indican la casa y le cuentan que Albino vende desde un par de zapatos de medio uso, hasta un novísimo diccionario; que su casa es una especie de Caja de Pandora de donde sale todo; igualmente un camastrón de conacaste que un bote de pintura

para teñir el pelo, una edición rarísima de «Gil Blas de Santillana» o las últimas producciones de Guido de Verona.

Y así como don Albino Reyes Villegas hay centenares de personas a quienes todos designan por el remoquete. Y que ni los altos dignatarios se han escapado.

Un mi amigo, dado a la historia, siempre que me refiere alguna de las aventuras del general Regalado, dice: Cuando el «cuto» Regalado hizo..... cuando el «cuto» Regalado tornó.....

Y que la gama de los «distintivos» no tiene fin: el «patojo», el «curcucho», el «mudenco», el «cholco», el «zonto», el «janiche» y así emplean un léxico que sería cuento de nunca acabar, de insertarlo todo.

Pues y los «alias»!

Esa es otra.

No hay morenito a quien no le «traben» el «carne asada», «carboncillo», «azabache», «tizón» o algo por el estilo.

Conozco a una rubita—por cierto muy guapa— a quien le llaman «cabeza de fósforo» y a un cojitranco a quien han rebautizado con el nombre de «la mecedora».

Y yo creo que no hay derecho para tales abusos. Está bien que a una jovencita que se pinte la titulen «cromolitografía»? Pues no, señor, que se pinte cuanto quiera, que así se verá más bonita.

A ustedes les parece correcto que a un señor a quien le falta una oreja le titulen «La taza» y algunos le dan por sobrenombre el de otro artefacto muy conocido que sólo tiene una oreja?

Pues no, no está ni medio bien.

Figúrense ustedes a un caballero obeso a quien llaman «doble ancho». El hombre, como es

natural, se siente molestado por el epíteto y ya, cuando se le designa no se dice ni don Juan, ni don Pedro, ni don Abraham, sino que se le llama «doble ancho» y todos saben de quien se trata.

Yo creo que eso de que a un sujeto le pongan en la pila bautismal Ignacio, Teodoro, Casimiro o Teodolindo—que es un nombre que huele a piropo—está muy en orden; pero que después lo rebauticen y le llamen el «choco», el «chele» o el «colochó», me parece no sólo malo, sino hasta indecoroso.

Pero es tal la costumbre, que yo mismo tengo un amigo que anda cojeando y, sin pensarlo, le llamo «patojo».

Y, miren ustedes hasta dónde llegará ese vicio. Una ocasión tenía algo que tratar con don Ramón Indalecio Sifontes, en Santa Ana. No pude ir y envié a Sotero, que es de esos que ven crecer la yerba.

Fue Sotero, llegó Sotero, buscó Sotero y Sotero no halló ni a don Ramón Indalecio ni quien de él le diera noticias.

Y me puso un telegrama diciéndome:

Aquí nadie conoce a don Ramón Indalecio Sifontes. Qué hago?

SOTERO.

Y yo entonces, recordando eso de los motes, le contesté:

Pregunta por el «Colochó Sifón».

NEKO.

Y una hora después recibí otro telegrama de Sotero:

Colochó Sifón conócenlo hasta las piedras. Debía haberme dado ese nombre que es el verdadero y no habría perdido tiempo.

SOTERO.

Y comprendo la indignación de Sotero, porque ha de haber pasado la pena negra en Santa Ana, preguntándole a todos por don Ramón Indalecio, cuando al primero a quien le hubiera preguntado por el «Colocho Sifón» le habría dicho dónde vivía el conocidísimo caballero.

Como los simpáticos «guates» Molina; que parece que están unidos cuerpo con cuerpo. Porque nadie les llama separadamente, sino que dicen: estuve con «uno» de los «guates» Molina. Y que esto no lo remedia ni Santa Rita de Casia, abogada de imposibles.

## SE OBEDECE PERO NO SE CUMPLE

EN aquellas épocas en que las Indias eran patrimonio de Su Majestad el Rey don Felipe II, el de las ideas lúgubres y las ambiciones insaciables, o de don Fernando VII, llamado el Deseado, y que francamente no fue, ni con mucho uno de los monarcas más deseables, cada vez que llegaba a la Nueva España, a la Capitanía General de Guatemala o al virreinato del Perú una Real Orden emanada del Consejo de las Indias y que no estaba de acuerdo con los deseos de los Virreyes o Capitanes Generales que «desgovernaban» estas tierras de la riquísima América; los tales gobernantes daban un acuerdo que era de lo más peregrino que ocurrírsele puede a un encomendero o un Justicia Mayor; el acuerdito era del tenor siguiente: «Se obedece, pero no se cumple».

Y esta reminiscencia histórica—que aquí suelo para que se vea que estoy bien en historia antigua—me ha venido a la memoria al ver que aquí aún seguimos en ciertos puntos manteniendo ese criterio.

Hay dos magníficas «pragmáticas», una del señor Ministro de Gobernación y otra de autoridad inferior.

Este ordenó, mandó, dispuso, reiteró, etc., etc., que se prohibiera la mendicidad en las calles. Y la orden se obedece, pero no se cumple; hay mendigos no por docenas, por centenares y a cada paso surge una mano temblona que impetra la caridad pública. Y es lo peor que son los chiquillos, esos que no cumplen los ocho años, los que atajan al viandante para pedirle un «cuis» para pan.

Otra orden que fue recibida con general aplauso, es la que dispone el cierre de los estancos los domingos y días festivos; y, con efecto, ayer había tantos o más «bolos» que de costumbre. Por qué? Porque la orden del señor Ministro también se obedece, pero no se cumple.

Hay muchos estancos que cierran las puertas que dan a la calle, que parece que se conforman con la disposición gubernativa, pero los tales expendios de bebidas tienen otra puertecilla, que comunica con un patio el cual a su vez comunica con el interior de la cantina, y por esta «puerta falsa» van penetrando los adoradores de Baco y temerosos de que sus continuas entradas y salidas llamen la atención, una vez que están dentro de la taberna, no vuelven a salir sino hasta que los echan a empujones, cuando han gastado su último centavo.

En las puertas de los estancos podrían ver mis lectores grupitos de sujetos de no muy buena catadura que están «vigiando» al transeunte; pasa un amigo, le piden un real y en cuanto lo tienen en sus sucias manos, penetran por la famosa puertecilla a beber su «trago».

Es de lamentarse que disposiciones tan sanas, tan recibidas con aplauso se «obedezcan pero

no se cumplan.» Exactamente igual que en las épocas en que don Pedro de Alvarado y otros sucesores, recibían las «pragmáticas» de Su Majestad, las ponían sobre su cabeza, las besaban y les daban el celeberrimo trámite: «se obedece, pero no se cumple.»

Que es lo mismo que ahora está pasando.  
Y que es de lamentarse.

## ESTUDEYEN, NIÑOS, ESTUDEYEN

No sé quién me contó que en un pueblo, que por cierto no se llama Sensuntepeque, ni Cojutepéque, ni Quezaltepeque, ni Tonacatepeque, ni ningún otro «tepeque», había un maestro de escuela que se las daba de conocer el idioma castellano y que reprendía a sus alumnos cuando decían una palabra que a él se le antojaba poco castiza, diciéndoles: «Estudeyen», niños, «estudeyen» y «apriendan» bien la «leición».

Y por no seguir los consejos de este maestro, y no «estudeyar», tenemos una legión de ciudadanos y ciudadanas, que hablan un español que no lo entendería un castellano viejo que se descolgara por aquí de paseo.

Verán ustedes.

Supongamos que lee la siguiente carta que Sotero le ha escrito a una novia que tiene en «Cara Sucia» y díganme si se enteraría de lo que significa. La carta, textualmente dice:

«Zipotía» de mi alma: Como estoy «íngrimo» y deseo casarme, «utual» hablé con un amigo que me dijo: Casáte con esa «mengala», no

importa que sea «zapita», «colocha» y «curcucha», ni te dé cuidado de que sea «cuta», «choca», «chachaca» y «patoja», son defectos que no te interesan.

Casáte con la «mengalita», le comprás unos «aritos», la invitás a un «fresco» y la llevás a comer carne de «tunco» y «pipianes» y de lo demás no te preocupés, que «pisto» no ha de faltarte.

Sigo el consejo, me caso con vos, te venís donde «mí» y arreglaremos todo.—SOTERO».

Bueno, pues esta carta la lee un ibero legítimo y no entiende ni media palabra.

Y por eso se me ocurre aconsejarles a tantas y tantos Soteritos como tenemos por aquí, que sigan el consejo del maestro y «estudeyen».

Y aun hay cosas peores, porque si los anteriores son modismos, hay otros barbarismos que desdican de la cultura y que son dichos hasta por personas que parecería que habían «estudeyado» el español.

Usted oye decir a todo el mundo: «descambíame» este billete, sin parar mientes en que «des» es negativo y, por tanto, «descambiar» es «no cambiar»; si es que la Academia no engaña.

También al viento, sople de donde sople, le llaman «norte» y con toda seriedad dicen: Qué norte está haciendo, en vez de decir, en castellano: sopla viento de tal o cual parte.

Y eso de «dentre», es también muy usual. Por supuesto que yo en cuanto llego a una casa y me dicen «dentre», no «dentro» ni a tiros.

Y al frío? Saben ustedes cómo le llama todo bicho viviente? Pues le llama «hielo»..... Hace un «hielo» terrible, escucho decir.

Y no quiero continuar con todos esos barbarismos de llamarles a los calcetines, escarpines;

al pantalón, calzón; a la acera, andén y a un carrete de hilo, una hilera, porque es una verdadera hilera de barbaridades.

Por todo esto les recomiendo a los desarregladores del idioma, que sigan el consejo del maestro de marras:

—«Estudeyen», niños, «estudeyen»!

## LOS RUTINARIOS

Conozco algunas personas que más que personas parecen complicados mecanismos que se mueven merced a extraña maquinaria y que todos los días, a las mismas horas, ejecutan idénticas funciones.

Son los rutinarios. Van al parque a la misma banca, a la iglesia a la misma misa y al teatro al mismo asiento.

Se levantan a las 7 y 13, desayunan a las 7 y 43, comienzan a trabajar a las 8 y 11 y así sucesivamente, todo regulado, como si tuvieran un cronómetro por entrañas.

Si alguien lo duda, que vaya algunas noches al Parque, especialmente en los bancos que quedan frente al Palacio Nacional y siempre hallarán sentados en ellos a las mismas personas, que haya o no concierto, se levantan a las 9 en punto y por las mismas calles se van a sus hogares.

La vida de estos rutinarios debe ser, en el hogar, algo insufrible.

—Mirá, Poncianito, yo quiero ir al Cine, es función ordinaria y podemos entrar de «choto».

- Imposible. Chusita, imposible, hoy es viernes y ya sabés que los viernes a las 9 y 24 tengo que tomar un fresco de «tiste» y sólo vos conocés la cantidad de azúcar y demás sustancias que deben ponerse al tiste.
- Bueno, y de la Hildebrandita qué hacemos?; anoche vino su novio y dice que está resuelto a casarse si vos das el consentimiento.
- Dile a ese caballerito que me vea mañana a la 1 y 17 para hablar del asunto.
- Pero, Poncianito, que todo lo tomás cronométricamente y así no se arreglan esos asuntos.
- Yo no puedo variar mi sistema de vida; soy hombre de orden.
- Sí, pues cuando me enamorabas.....
- Entonces era un desordenado, la prueba es que me casé con vos, que hasta para darme sucesores sos desordenada.
- Poncianito, que me estás faltando al respeto.
- Bien, no tengo tiempo para discutir, son las 7 y 21, voy al Parque para llegar a las 7 y 30 en punto, no quiero que don Victorito, don Tancredito y don Barbarito digan que soy hombre de poco orden y que mudo mis horas habituales de recreo.

Y Poncianito se va al Parque y se sienta en el mismo banco, con los mismos contertulios que hablan del mismo asunto.

Ya puede haber un terremoto, una inundación o un «bochinche», que don Poncianito no interrumpiría sus costumbres.

Lo dudan ustedes? Pues váyanse una noche y otra y otra, pasen frente al Palacio Nacional, y luego, a los cuantos días, me dicen si no es verdad que en las mismas bancas y a las mismas horas están sentados los estimables rutinarios.

## LAS CUATRO ESQUINAS

EL Parque Bolívar tiene cuatro esquinas. Esto no es una novedad; todos los Parques tienen cuatro esquinas, a menos que sean circulares, como el Campo de Marte.

Pero las cuatro esquinas del Bolívar son suigéneris; únicas en este planeta. Y hasta dignas de ser bautizadas con nombres especiales.

Hay la esquina «Aristocrática»; la «Estudiantil»; la «Olímpica» y la «Bolcheviqui».

En la «Aristocrática, que es la que está frente a «La Maison Dorée», se sitúan en las noches de concierto, los magnates de la banca y los implantadores de las modas masculinas, desde el pulcro «Gato» hasta el siempre elegante ingeniero Domínguez y juntamente con ellos se apoderan de ese feudo, el ya famoso don Max Rosembloom y los doctores Dávila, Paredes, Merlos y otros no menos estimables que departen sobre finanzas, alta política y, de vez en cuando, resuelven dogmáticamente si el vestido de la Gregorita es de la casa «Paquín» o si los pantalones de Lardé junior, son diez

centímetros diez milímetros más corto de lo debido.

En esa esquina huele a «Lorigan» y sólo se ven pecheras albeantes—menos una, la del connotado de ellos—trajes a la «dernier» y bastones con puños áureos o argentados [Caracolitos, qué bien me ha salido esta parrafada].

En la esquina «Estudiantil» hay barullo provocado, casi siempre por el «Loco», un chico esmirriado y vociferamentador, que no cesa de gritar aturdiendo a Recinos—el de la camisa eterna—a Alvaradito y a otros más que se sitúan frente al «Nuevo Mundo» y cuya única ocupación es piropear mengalas y una que otra vez ir tras alguna de ellas para averiguar dónde vive y emprender resueltamente su conquista.

Algunas noches hasta ejecutan diversos juegos, corren y saltan. Todos usan sombrero ladeado, zapatos bicolors y si se les registraran los bolsillos no se les hallaría, en total, ni un colón! Pero lo que les falta de dinero les sobra de alegría.

La otra esquina, la que da frente a «La Universidad» es la esquina «Olímpica». En ella se sitúan bachilleres, académicos y ateneístas y hablan sobre las teorías de Einsten, sobre los poetas «estridentistas» y comentan las obras de Guido de Verona—que ahora es su autor favorito—y lanzan atrevidas teorías sobre si los «sujetos» dormidos por el Profesor Javier—el del bigote con dos arrobas de «brillantina» y la medalla que oscila como un péndulo sobre la pechera—son «cuijes» o verdaderamente el aplaudido profesor los tiene hipnotizados. Y citan en apoyo de sus teorías a Flammarión, Maeterlinck, Conan Doyle y otros autores que

tratan de espiritismo, trasmisión del pensamiento, sugestión y autosugestión.

Aquí los trajes son variaditos; desde el de dril de a seis realitos la vara, hasta el de casimir de a ochenta colones el traje.

La cuarta esquina es la que dá frente al «Fénix», esta es la esquina «Bolcheviqui». Jamás se ve en ella un traje flamante, ni una pechera de seda, ni unos zapatos lustrados. La han tomado por su cuenta los vendedores de periódicos y algunos obreros.

En un lado—sobre el pavimento—Vela, el sempiterno Vela, el decano de los voceadores de diarios, extiende sus «Prensas» y demás periódicos, se cala las gafas y, beatíficamente, se entretiene en leer los cablegramas de Checoeslovaquia y de Siria, que son los que más le interesan.

Una parvada de chiquillos asaltan al transeunte con sus periódicos o billetes de lotería y si algún olor se aspira ahí no es el de «Lorigan» de la esquina «aristocrática», sino el de cierto sudorcillo provocado por la falta de baño y el mucho ajeteo.

Y ahí tienen ustedes cómo yo, que no soy obispo ni mucho menos, bautizaría las cuatro esquinas del «Bolívar».

Ahora que es posible que los «usufructuarios» de esas esquinas sólo por darme en la cabeza, varíen sus posiciones estratégicas y hagan como los «rutinarios», que desde que les descubrí lo de sus horas «inamovibles», han variado de bancos y ahora se sientan frente a la Basílica, y cuando paso se suelen reír como diciéndome:

—Para que te fastidies y no hagas más peliculitas.

## LACONISMO, CABALLEROS

EL doctor Shonenberg ha pasado una circular a todos los «franquiados» para que no abusen del telégrafo.

Es una gran medida la del doctor que así trata de cortar de raíz esa «diarrea telegráfica» de que padecen todos aquellos que pueden gozar de choto de ese servicio público.

El laconismo no existe para ellos.

Sé de un empleado foráneo que, para comunicarle al Ministro de Gobernación que una pareja de la Guardia Nacional había capturado a un sujeto en estado de ebriedad, le espetó un telegrama que decía:

«Tengo el empinado honor de poner en el superior conocimiento del señor Ministro de Gobernación, que con tanto tino está al frente de tan importante cartera, que ayer por la tarde, al ponerse el sol, una pareja de la muy diligente, activa y necesaria Guardia Nacional, en un recodo del camino que va de este pueblo al inmediato, tropezó o topó con un individuo del sexo masculino, mal vestido y sin sombrero, que al parecer había ingerido una cantidad

de alcohol superior a la que podía resistir su raquítica constitución. La pareja, con todo cuidado y en uso de las facultades que le confieren nuestros reglamentos de policía rural, procedió a levantar a dicho individuo, conduciéndolo hasta esta población, en donde fue internado a la cárcel, esperando que se le desvanecan los vapores alcohólicos para inquirir, averiguar, saber y comprobar, quién es el sujeto e imponerle, salvo el parecer de esa superioridad, que con el debido respeto acataré, la multa correspondiente. Es cuanto ha ocurrido por esta ciudad lo que hónrome en comunicar al muy distinguido señor Ministro de Gobernación, repitiéndome su muy obsecuente, atentísimo y segurísimo subordinado, etc., etc.»

Omito la firma por no hacer célebre al autor del telegrama. Tampoco respondo de la «autenticidad» completamente «auténtica» del contexto, pero sí les aseguro que telegramas más largos que éste, con más palabrería y con muchas más «cumbeadas» reciben a diario en el Ministerio de Gobernación, al grado de que a muchos de los remitentes se les ha tenido que decir: Sean lacónicos.

Pero ellos escuchan estas advertencias como quien oye lloviznar estando bajo techado.

Yo, de ser Ministro de Gobernación, o de otra Cartera—no soy muy exigente en esto de cartas—tomaría una resolución verdaderamente abracadabrante.

Contaría las palabras indispensables para comunicar una noticia y todas las supérfluas se las cargaría al telegrafador al precio común de tarifa.

Verían ustedes lo que era laconismo!

No pondrían ni una coma de más.

Y aún es peor en asuntos puramente personales;

pues hay quien pide una cocinera, una bestia o una muda de calzoncillos, por telégrafo, explicando en qué gaveta del armario están los calzoncillos, si les faltan o no botones, si deben ser los de listas azules o aquellos moteados de rojo que son una monada.

Y los telegrafistas trabajan sin cesar, y el servicio se retrasa; y todo por culpa de algunos de los franquiciados que, para colmo, suelen, de una ciudad a la otra, poner un telegrama preguntando la hora que es!!!

Caballeros, es bueno usar, pero no abusar.

Y el que quiera enviar felicitaciones, pedir «cuentos» o preguntar si la bestia tiene calentura, usando del telégrafo, que lo pague.

Que yo, gracias a Dios y a quien sea, también tengo franquicia.

Y no se me ha ocurrido usarla jamás para felicitar a nadie.

Porque me daría vergüenza, muchísima vergüenza, poner de choto un telegrama dándole mis parabienes a la Torcuatita por el nacimiento de su vástago número diecisiete o lamentando la prematura muerte de don Valerianito, fallecido a los ochenta y cinco años.

Yo, en el puesto del doctor Shonenberg, ordenaría a las oficinas telegráficas de la República, la aplicación del decreto siguiente, sin distinción de clases:

**ARTÍCULO ÚNICO.**—Todos los telegramas no oficiales puestos por personas con franquicia, deberán llevar un sello, grande, descomunal, macanudo, que diga DE CHOTO.

Y puede que así se corrigiera el mal.

Por más que hay algunos que se pasan por debajo de la corbata eso de choto.

Vale más—dicen ellos—ponerse un momento rojizos que soltar el pisto.

## QUE LOS HERREN

A mí no me las dan, señor Neko. me decía esta mañana Sotero, mientras yo me sorbía una taza de chocolate y le daba a mi perro un pedazo de pan; a mí no me las dan. Eso de los nuevos hierros trae cola.

—Qué cola ni qué niño muerto. Se trata de implantar un sistema que ha dado buenos frutos en países muy civilizados.

—Por eso aquí no pegará.

—Por qué?

—Porque los mismos ganaderos dicen que somos tan incivilizados que los encargados de herrar las bestias, cuando las «herran» lo hacen tan mal, que luego no se sabe si pusieron una C o una O.

—En primer lugar no se dice «herran», sino hierran.

—Eso dígaselo usted al que pintó un rótulo en la calle de Concepción con letras de a vara que dice «Se herran bestias».

—Se lo diré al sumsun cordan; y, en segundo lugar, es fácil confundir una C con una O en esa clase de marcas.

- Pues si eso es fácil, por qué les parece un crimen que se confunda un número con el otro en la nueva numeración?
- Mira, Sotero, en estos asuntos de herrar hay que tener tacto para no errar. Ni tú ni yo somos peritos en la materia y cuando los ganaderos, que son los más interesados, protestan contra la nueva ley, sus razones tendrán.
- Sí que las tendrán, pero cuando el Gobierno, después de estudiar el caso, quiere que se «herren» las bestias con esa numeración, que para mí es un jeroglífico, también tendrá sus razones.
- Todo se arreglará, Sotero parlanchín, todo se arreglará.
- Sí, habrá sus conferencias, como en «Uropa», se nombrarán delegados y dentro de unos veinticinco a treinta años, ya tendremos un nuevo sistema de herrar.
- No tanto, hombre, no tanto.
- Mire, señor Neko; yo ni le doy la razón a los ganaderos ni se la doy al Gobierno; a los primeros porque no la tienen y al segundo, porque si digo que la tiene van a pensar que estoy pegado a las ubres del presupuesto y eso no es verdad, porque del Presupuesto sólo sé que existe, pero ni siquiera lo he visto.
- Y qué harías tú, de poder mandar en ésto?
- Pues una cosa muy sencilla. Dictaría un Decreto.
- Tú decretando!
- Y que diría de la manera siguiente:
- Artículo primero.—Todo ganadero que no «herre» sus bestias con los nuevos números, no tiene derecho a quejarse del robo de sus semovientes.
- Artículo segundo.—El ganadero que tenga herradores torpes, que pongan los números del revés o los pasen por todo el cuerpo del anima-

lito, para que luego no se conozcan, que se dedique a romper piedra en la carretera.

Artículo tercero.—Los ganados que hoy están herrados con letras, garabatos y contramarcas, así se quedarán, pero todo animal de cuatro patas y cascos que «nazga» en lo sucesivo, tendrá que sufrir que lo «herren» con el sistema nuevo.

Artículo cuarto.—El que no esté conforme, que venda sus ganados, y si así le place, que luego de venderlos se dedique a la crianza de gallinas, palomas y demás aves domésticas y comestibles, que no necesitan que las «herren».

—Pero eso sería un decreto atentatorio.

—Para eso sería yo Gobierno. Eso de que a mí como Presidente se me trepara a la cabeza un ganadero, aun cuando tuviera treinta mil cabezas, no se lo consentiría yo.

—Sotero, que tienes instintos de tirano.

—La tiranía de un Sotero, señor Neko, es preferible a la de una multitud.

—Sotero, que te metes en honduras.

—Y en todo Centro América me meto.

—Sotero, que no eres ningún Jefe de Estado.

—Veya usted, señor Neko; en eso está la mancha, en que no paso de ser un Sotero, si yo fuera siquiera Ministro.....

—Sí, harías tus soteradas y lejos de emplear medios de concordia y de escuchar el parecer de todos, te convertirías en un Estrada Cabrera, con vistas a Juan Vicente Gómez.

—Lo que no está en mis costumbres, señor Neko, porque yo soy de mío, algo más que un poquito bolchevique. Y sabe usted lo que le digo?

—Qué?

—Que si los ganaderos quieren herrar sus bestias, que las «herren» y si no las quieren herrar, que no las «herren». Al fin y al cabo, yo, el

único semoviente que tengo, es un «chucho» que se llama «Fifi» y que ya está herrado.

- Le has puesto alguna marca, Sotero estólido?  
—Nó; está herrado en su naturaleza, porque con ser, como es, un «chucho», es más inteligente que los encargados de herrar bestias, que suelen poner una A de cabeza, de modo que resulta una V o hacen otras mentecadas por el estilo. Y Sotero se fue silbando aquello de: «Mozo trae-me una copa.....»

Y yo me quedé pensando en que esto de herrar de nuevo el ganado, tiene más perendengues de lo que parece y que si los que opinan de un modo y los que opinan del otro, no se ponen de acuerdo, va a llegar el día en que ni las mismas vacas sepan si aquel ternero berrendo es producto de sus entrañas o aquel buey de los ojos lánguidos y la cola pelona, es su amante esposo.

## OTRO SOTERO

UN ciudadano caritativo, que sin duda se percata de las dificultades que tengo para poder escribir una película diaria, me envía una carta, fechada en Santa Tecla, firmándola con el nombre de Sotero.

Hay que perdonarle que use de este nombre, popular en toda la República, siquiera sea por la buena intención que yo le agradezco en el alma, de ponerme sobre la pista de ciertas cosas que ocurren en la ciudad aledaña y que, de ser ciertas, merecen un sabroso comentario.

Me asegura el Sotero apócrifo, que las calles están tan «enmontadas», que más parecen una selva virgen y que en ellas reina la más espantosa suciedad.

Y me afirma que detrás de la estación es tal la pestilencia, que el que por allá pasa, sale con alguna enfermedad grave.

Estos son los dos cargos que hace a la bella ciudad y para comprobarlos me invita a que haga un viajecito a Santa Tecla para que sea testigo ocular de la veracidad de lo dicho.

Sí que iré: siquiera por ver si ese Sotero bonda-

doso me sale al encuentro y me sirve de guía por aquellos vericuetos.

Pero no debe estar tan descorazonado por esas cosas; si él se diera un paseíto por esta cultísima capital, vería que hay barriadas en que eso de la limpieza pública es letra muerta y tendría el placer de pasar por las calles asoladas por la «correntada», viendo cómo aun existen las paredes en ángulo de 45 grados, techos amenazantes y otras lindezas.

Vería que no obstante las disposiciones vigentes, hay calles convertidas en vertederos de todos los desperdicios; solares que son depósitos de algo que huele y no a ámbar, como decía el «cuto» Cervantes y algunas otras preciosidades por el estilo.

El que tiene la mala fortuna de pasar alguna noche por ese callejón que remiata por un extremo en el Teatro Principal y da en el otro con el Cine Mundial, está expuesto a pescar toda clase de enfermedades infecciosas, pues hay unos inodoros, que lo que menos tienen es de inodoros, y si va al principio de la Avenida Independencia, sitio por el que pasan todos los viajeros turistas y visitantes que llegan por uno y otro ferrocarril, verá en una esquina, la más visible, como una muestra «autóctona»; como una vitrina de nuestros adelantos, a una pupusera que tiene por todo menaje una mesa «patoja», unas sillas infames y que en una jarra fementida confecciona café, en tanto que están humeando las «pupusas».

Aquel espectáculo es de lo más triste y da malísima idea de lo que pueda ser el centro.

No podría remediarse esto? No podría evitarse que en el sitio más visible hubiese tal adefesio?

Una cosa semejante la he visto en Santa Ana, en donde en la plaza principal, a la hora en que el

cierto está en su apogeo y las sedas envuelven los cuerpos que pasean por el parque, se ve, a un lado, una serie de inmundos puestos llenos de suciedad, que están pregonando la miseria y que desdican mucho de la cultura de un pueblo.

Hay cosas que no deberían tolerarse y las minucias que tienen alarmado al Sotero de Santa Tecla, son fruslerías comparadas con éstas.

De todos modos le agradezco la noticia.

Bueno es saber que también en Santa Tecla, que es una especie de «Quinta Avenida» de los «morganes» de aquí, existen esos basureros.

Que bien dice el proloquio: En todas partes se cuecen habas.

## A RUEGO

USTEDES habrán visto una infinidad de veces en los programas teatrales, en los conciertos nocturnos y en los cines, una notita que tiene la mar de gracia: «A ruego».

En cuanto una obra ha sido dada dos o tres veces y hay que repetirla, la empresa, para darle cierta importancia a tan manoseada obrita, pone la consabida notita: «A ruego de varias estimables familias se repite hoy, por última vez, la sublime tragedia cómicaailable antiespasmódica, titulada: «Todos tenemos la culpa», en que la eminente trágica Aurorita Anofele raya a gran altura.»

Ese «ruego» ha salido de las necesidades de la Empresa a falta de otras obras.

En los programas de conciertos en nuestros parques, a cada rato leo la famosa notita: «Te volví a ver», célebre tango argentino (A ruego); «El flautín Desafinado», hermosa marcha checoeslovaca (A ruego).

Y así por el estilo.

A ruego de quién?

De nadie, probablemente de un amigo. Y no es justo que porque un amigo del joven y ya Director Her. Müller o de nuestro conocido músico don Pedro Ferrer, quiera oír las prehistóricas melodías de «Sobre las Olas» o «Nací en un bosque de cocoteros», tengamos que sopor-tarlas nosotros, cuando podíamos oír música moderna, seleccionada y nueva.

Suprímase el «ruego». Atiéndase al arte, que es más digno de atención y cuando un amigo de esos que no sirven sino para causar molestias y que los hay por todas partes, vaya con el consabido «ruego», despáchesele con la música a otra parte.

Yo, en eso de los «ruegos», tengo un corazón más duro que el de la estatua de don Gerardo.

Si atendiera a todos los «ruegos» que se me hacen, tendría que llenar las columnas de este diario con una serie de peliculitas enderezadas contra determinadas personas.

—Mire, Neko, me decía la otra noche aquel sujeto max movedizo que una mosca desvelada, le ruego le haga una peliculita a todos esos chicos que se reúnen en una esquina del Parque y que han convertido ese sitio en una especie de Salón de Juntas Deportivas.

—Pero mi max querido amigo, por qué voy a meterme con la juventud bullanguera?

—A ruego mío.

Y una señora, por cierto nada fea, me rogaba:

—Neko, dele su raspadita a esas parejas, no muy honorables, que vienen al parque las noches de concierto y que han tomado esto por una especie de vitrina para ofrecerse al más atrevido.

—Señora, que eso es descender a la vida privada y no me atrevo.

—Hágalo a ruego mío.

Y así, rogando, rogando, quiere uno que hable mal del otro; que le dé sus pasaditas a la Torcuatilla, que ha cambiado de novio tres veces en la última semana; que le ruegue a la Sinfrosita que se mude de medias, porque esas color de acero que se pone todas las noches ya son demasiado conocidas; que le suplique a don Tancredito que no ande siempre con las manos a la espalda como para que no se le ensucien; que les diga a los «chinitos» pulperos que no saquen de cada caja de fósforos dos o tres, para obtener una ganancia ilícita.

Y así, todo a ruego, quieren que uno de estos días, sin ruego ni aviso, alguno de los perjudicados me dé una paliza que me tenga seis meses doce y medio días en cama.

Pero yo no hago caso de ruegos: a mí no me ablandan con súplicas. Y eso mismo deberán hacer los empresarios de teatros, los directores de banda y los periodistas: nada de ruego.

Es una costumbre pésima que hay que desterrar. Porque se presta a muchos abusos.

Uno de ellos, el mayor, es abusar de la bondad del público.

## QUE CIVILIZADOS!

Hoy se me ha presentado Sotero con la ropa hecha un verdadero pingajo.

—Qué te ocurre? ¿Has tenido alguna reyerta a mano armada?

—No, señor.

—Te has embolado y has caído en una espuerta de gatos?

—No, señor.

—Pues qué rayos te ha pasado? ¿Dónde te has desgarrado la ropa?

—En las calles de San Salvador.

—Pero, de qué manera?

—Contra los cercos.

—Qué estás diciendo, hombre nefasto; cómo es posible que en una ciudad capital de una República, los cercos puedan desgarrar las ropas?

—Ah, pero usted no se ha fijado en los cerquitos que se gastan por acá. Pues venga y vea.

Y me invitó a que hiciera un recorrido con él por algunas calles y efectivamente, Sotero tenía razón, como siempre.

Ví unas cercos formados por unas cuantas estacas de bambú y alambradas con púas, como si se tratara de impedir el paso a bestias feroces.

- Ay, Sotero, qué razón que tienes. Esto es ignominioso.
- Y fijese que están estos cerquitos en el centro de la capital. Y que los hay por todas partes. Y que es cosa corriente. Y que nadie protesta.
- En verdad, querido Sotero, esto es algo anormal. Cómo es que la autoridad no se ha dado cuenta de ello y lo ha prohibido?
- Por lo mismo que muchos no paran mientes en tal desatino; porque la costumbre de ver semejante atentado, nos ha hecho que no le demos importancia.
- Pues bueno sería que se prohibieran los tales alambrados de púas en las calles; buenos están para cercar potreros, para demarcar los límites de fincas rústicas, para demarcar caminos foráneos; pero eso de emplear el alambre con púas para cercar lotes que están en lo más céntrico de la capital de una República, es algo atentatorio, indigno.
- Y Sotero, que se sentía indignado por la pérdida de su ropa, hecha girones por una de esas púas, lanzó todo un discurso declamatorio y hasta pensaba exigir daños y perjuicios al propietario del solar que estaba de tal manera cercado.
- Sí, señor Neko, eso de las púas habrá sido muy bueno allá en la guerra europea; puede que preste servicios en el campo; pero aquí, que yo sepa, esos solares no van a ser invadidos por un ejército extranjero, ni por una manada de toros, ni por una pareja de leones y guardarlos con esos alambritos, que tantos «puyones» dan; es un abuso, que debería reprimir la autoridad.
- Yo creo que lo reprimirá.
- Como que si no lo hace me voy a sentir con el derecho de cuidar un solarcito que tengo por el Campo de Marte, con un barril de pólvora

con su mecha conectada, con un timbre eléctrico, para que si un atrevido pisa mi propiedad, salte hecho pedazos por la explosión de la pólvora.

- Pero eso es troglodítico, Sotero.
  - Y usted se cree que no es medio salvaje, o salvaje entero, eso de los alambres con púas en las calles de una ciudad?
  - Sí, puede que lo sea, y puede que nadie, por fuerza de la costumbre, se haya dado cuenta de ello, pero cuando un extranjero llega y ve tales cerquitos, de seguro se pensará: Qué clase de personas serán las de esta ciudad que, para evitar que invadan los solares yermos, tienen que cercarlos con alambres de púas; de seguro son muy civilizados.
- Y he aquí cómo por unos alambritos que «pu-yan», quedamos en ridículo ante el extranjero.

## PEOR ES NADA

©IPRIANTA! Ciprianita! Ciprianitaaaaa!!!!!!  
Así gritaba esta mañana llamando a mi criada, sin que nadie me contestara. Y es que la sirvienta, sin duda alguna, había salido para alguno de sus menesteres.

Y tuve que buscar yo mismo los útiles para lavarme, que calentarme el café con leche y que rogarle a un zipote que pasó al acaso, que me comprara un poco de pan dulce para desayunar.

—Dónde estará Ciprianita? Me preguntaba mientras me daba un jabón por el cuello y los omóplatos. Dónde estará esta mi criada?

Ah, pero antes tengo que presentársela a ustedes. La Ciprianita es una muchacha que entró a mi servicio en vista de que Sotero, desde que ha adquirido cierta popularidad, se resiste a determinadas labores y ya no me lustra el calzado, ni quiere salir con «cuentos» a la calle y como suelo regalarle con unos pantalones de medio uso o unos zapatos en buen estado, el muy pícaro de Sotero se pasa la vida enamorando a las vecinas, y en cuanto salgo de mi casa—según me ha dicho una morenita de ojos

negros—se sienta en una mecedora y se pasa balanceándose horas enteras.

Por eso tomé a la Ciprianita en calidad de doméstica.

Es joven, «peche», «zapita», «colocha», «cuta» de un dedo como Pintillo—y usa medias de seda—con gañafones—zapatos bicolores y se unta manteca perfumada en la cabeza.

Eso sí, como limpia, lo es. Se muda, según me dijo, una vez cada quince días y no se ha limpiado las uñas desde el último terremoto.

Cuando me fue recomendada tuvimos una «conferencia»—al uso de hoy en que todo se arregla por «conferencias»—para quedar de acuerdo.

—Mire, señor Neko, yo voy a atenderlo («misma» como si fuera de mi familia.

—Cuánto quieres ganar cada mes?

—Siete colones si voy al mercado y diez colones si no voy.

—Es decir, a menos trabajo mayor sueldo.

Aquí la Ciprianita se rió y entonces advertí que le faltan cuatro dientes, lo que le hace muchísima gracia.

—Arreglado lo del sueldo, tengo que decirle que yo voy todas las matinées al teatro y como usted es «periodiquero», me conseguirá la entrada de «choto»; los jueves y domingos no faltó al concierto y los lunes voy un rato a Mejicanos. No me gusta llevar «tiliches» en la cabeza, me tiene que adelantar un mes de sueldo; el primer domingo de cada mes me voy a la Península, que es como quien va a una feria y por lo demás no tendrá queja de mi conducta.

—¿Has estado en muchas casas?

—El año pasado sólo en 58, porque yo soy así, «dentro» en una casa y le tomo cariño a la familia.

- Sí, ya lo veo, a razón de 58 casas al año. Sabes fumar?
- Naturalmente, no ve Ud. que una sirvienta que no fuma es más rara que un operario que no bebe?
- Y beberás tus «tragos».
- De «cuando en vez».
- Tienes novio?
- Lo que se llama novio, no tengo, pero un amigo suele verme algunas veces. Si tiene Ud. una corbatita regular o un saco en buen estado, se lo agradecerá.
- Veo que usas medias de seda.
- Son de «artisela» y las uso porque nadie se pone medias de algodón.
- Sabes cocinar?
- Un poco.
- Y lavar?
- Otro poco
- Y limpiar la casa?
- Otro poco.
- Si vamos de todo un poco. Pues nada, Ciprianita, desde hoy quedas a mi servicio y lo único que te agradeceré es que el día que te vayas, por lo menos me avises para buscar otra sirvienta.
- Eso si que no lo haré nunca. Nosotros tenemos la costumbre de irnos sin avisar, para evitarnos las tristezas de las despedidas. Y ya me tienen ustedes con Sotero y Ciprianita. Lo único que me temo es que los dos se enamoren y un día me dejen «íngrimo».

## LOS PELONES

UNA de las cosas que me ha divertido más en estos días de la Semana Mayor, es esa cantidad de «pelones» que se ha dado a la luz pública y que forman una especie de «mancha», si no «brava», por lo menos «brabucona».

Por qué se cortarían el pelo?

Esa pregunta tiene mucha miga y es peliaguda de contestar.

Unos dicen que se lo cortaron para distinguirse de los demás mortales. Otros aseguran que alguno de ellos tenía una «ganadería» en la parte más elevada de su individuo y hasta hay quien afirma, muy seriamente, que el «chino» Pinto fue el inventor de esa «cortadura» y que se dejó la cabeza como un potrero recién «rozado», para que se fijaran en ella y no en su boca, que parece un salón de baile a oscuras.

Pero no creo en tales hablillas. Más bien lo harían por ese afán de notoriedad que tanto nos atormenta.

Hay quien no duerme pensando en cómo hacerse notable.

- ¿Mirá, Segismundo, viste los zapatos «bolcheviquis» que llevaba anoche el doctor?
- Sí que los ví, y te aseguro que me dieron envidia.
- Pues yo he empeñado mi reloj para comprarme otros, pero no bicolores, sino tricolores, porque a mí en eso de modas nadie me pone el pie adelante, ni don Max Roseblum, que siempre viste a la última moda.
- Lo mismo que a mí. Ve, Segismundo, como me llamo Alcibiades, que esta semana pongo de moda unas camisas de seda que van a causar estragos en los corazones femeninos.
- ¿De cuatro colores?
- No, de uno solo, pero eso sí, fuerte; verde eléctrico, rojo sanguinolento y azul prusiano; con mis iniciales bordadas sobre el corazón y botones de cristal.
- ¡Se verán preciosas!
- Hay que distinguirse.

Y por este afán de sobresalir en algo, aun cuando sólo sea en cuestiones capilográficas o de indumentaria, estamos viendo a muchos simpáticos muchachos, que antes tenían una cabellera digna digna de figurar en un concurso, más pelones que el bolsillo de un «bolo» en día de «goma»; vemos a cientos de mengalas que antes lucían hasta más arriba de la rótula el trajecito, bajarse las faldas hasta ocultar los pies; las «melenitas» se dejan crecer el pelo y los «peludos» se convierten en pelones.

De las faldas cortas pasamos a las largas y de los zapatos de dos colores a los multicolores y así, todo por el afán de distinguirse de alguna manera, no está lejano el día en que miremos a Napoleón Velasco con bigote y barba a lo Lardé; a don Justo de Armas con zapatos «bol-

cheviques»; a la Trini con sombrero y al Choco Albino con frac.

Y, no lo duden ustedes, se seguirá la moda respectiva y habrá sus «manchitas» de diversas categorías.

Porque en eso de la exageración de la moda todos tienen algo del simio, les gusta imitar.

Como que tengo una vecina del color de mi amigo Castro—el de los zapatos enormes y el pantalón minúsculo—que se ha pintado de «chele» y todo por imitar a una que es clarita y también se «chelea» la cara.

Hay que ver a mi vecina: la cara blanca, el pelo «chele» y las espaldas, los brazos y las manos color de «carne asada».

Y conste que esto último no es ninguna alusión personal.

## TIJERAS FILOSAS

TENGO unas amigas que siempre me están martillando los oídos con la misma cantilena.

—Viera, señor Neko, qué lindo estuvo el baile del Casino!

—Por qué no fue al baile del Club Internacional, que estuvo preciosísimo?

—En el Casino la Tomasita llevaba un vestido azul que antes fue blanco y que ella tiñó.

—Y viera qué mal baila su amigo Vespasiano, y eso que acaba de llegar de los Estados Unidos. Y me relatan las habilidades de los unos y las torpezas de los otros y cada una de las toilettes femeninas.

Y yo—cándido de mi—creí que mis amigas asistían a los bailes del Casino, del Club y de algunas casas aristocráticas. Pero no hay tal.

Ni entran al Casino ni a ninguna parte. Pero van a todas con «billete de balcón».

Que cuáles son esos billetes?

Pues unos que están al alcance de todo el mundo.

Ustedes se habrán fijado que en cuanto en una sala suena una pianola destemplada y tres o

cuatro parejas se entregan al «foxtroteo», se forma un grupito en la calle para verlos bailar. Y cuando el baile es de los de marimba, traje de frac y automóvil a la puerta, entonces la multitud crece y hay quien se está a las puertas del Casino o de la regia morada, desde que entra el primer invitado hasta que se van los marimberos con su incómodo instrumento.

Estas son las personas que tienen «billetes de balcón». Y, además, unas «tijeras» que son capaces de cortar un cabello en la atmósfera.

Todo lo ven desde la calle, pegándose a los balcones con más furia que algunos empleados al Presupuesto.

Y, es claro, como son «mirones» no pierden detalle.

—Mirá, Chonguito, le dice una «zipota», zapita y narizona a otra que tiene cara color de cacao; mirá, ese traje que lleva ahora la «niña» Tanita, era de doña Federiquita, que lo estrenó la noche de la boda de Crispulito con la Minguita; sólo que le ha puesto unos adornos para desfigurarle.

—Ve, aquel que está bailando con la Onesimita, se ha metido sin invitación, aprovecha todas las reuniones para alimentarse de «choto» y llevarse para su cuarto, cuando se descuidan, una «pachita» con wiskey.

Y el frac que tiene es el de Arturito; mirá, mirá cómo le queda de corto y cuál le hace arrugas en la espalda.

—Y mirá a la Lucrecita, que ahora está bailando con Teodolindo y que le pone ojos de paloma mensajera.

—Es que lo quiere pescar.

—Esa ya no pezca a nadie. Ha tenido más novios que hojas el calendario, como que por ahí le dicen «la novia universal»

Y así continúan con las «tijeras» tijereteando a todo el mundo y como no faltan a fiesta alguna, se saben de memoria la historia del vestido violeta que estrenó la Emerencianita y luego sirvió para sus hijas; el «cumbo» que ha pasado de cabeza en cabeza; de los «aritos» que centellean en las orejas de la Etelgive y que son de Etelvina, que se los alquiló por cuatro colones! Estas cortadoras de reputaciones, estas maestras de la «tijera» son una de las calamidades que tenemos.

Y quien no las conoce se cree—como me creí—que son personas de importancia, que asisten a todas las fiestas sociales; sin saber que asisten; pero con «billete de balcón».

Lo más que pueden anotar en su haber, es ser invitadas a una de esas reuniones de «confianza», que son tan de confianza que no hay ni música sino fonógrafo y se bebe agua de la «pila» en el hueco de la mano.

Eso sí, mis amiguitas, que son de esas, al día siguiente me dicen:

—Amigo Neko, viera qué linda estuvo la reunión en la casa de Trasíbulo; póngale un parrafito felicitándolo! Estas sí que son reuniones decentes y no esas otras en donde las «niñas» Hildebranditas va con el vestido de la Federiquita y don Juancito lleva unos zapatos que le prestó Jorgito y que como le aprietan no puede ni bailar.....

Y comienza el «tijereteo» de nueva cuenta.

Por supuesto que estoy seguro de que en cuanto me separo de su lado se dirán:

—El tal Neko es tonto de remate y parece mentira que tan feo como es y tan «bruja», presume de «galán» y lance miradas tiernas a las «zipotas». Debería verse en un espejo para no tener malas tentaciones.

## LA MORALIDAD ANTE TODO

**E**STA mañana tuve una de las más gratas sorpresas de mi vida. Sotero, el ya célebre Sotero, se me presentó después de una de esas ausencias tuyas que ya me van siendo familiares.

- Bendito sea Dios, Sotero de mis entretelas, que vuelvo a verte.
- Y que ya puede usted darle gracias a la Divina Providencia, pues si me descuido a estas horas está usted hablando con un suicida.
- Pues qué te ha ocurrido?
- Nada o casi nada. Vea: yo vivía en un mesón y solía venir donde «mi» una «zipotía» de esas de miradas incendiarias y cuerpo atentorio.
- Sí, conozco algunas.
- Yo, que soy más inflamable que la gasolina, en cuanto ví que la «zipota» me «topaba» le propuse un paseo y nos fuimos allá por Oriente, a una población que se llama San Esteban.
- Dicen que es muy simpática.
- Puede ser, pero si no llego contando embustes me llevo la gran «fregada».
- Por qué?

- Verá. Como la «zipota» tiene ailá familiares, para que nos recibieran bien les contamos que nos habíamos casado.
- Mentiroso!
- Y se lo creyeron y eso fue mi salvación.
- Pero, Sotero de todos los infiernos, rompe ya y cuéntamelo todo, que estoy impaciente.
- Pues el Alcalde de San Esteban ha dado en una manía «moralesca» que no sé hasta dónde pueda llevarlo. En cuanto sabe que dos sujetos de distinto sexo viven, vamos, así, sin los requisitos legales, manda llamar al hombre.
- Vení, Policarpillo, vení y decime, vos vivís con la Tancredita sin los requisitos legales.
- No, señor Alcalde, semos amigos y nada más.
- Conque amigos, eh! A ver, Simón—este Simón es un policía—metéme a este inmoral a la cárcel.
- Oyeme, Sotero, y perdona que te interrumpa, eso es un abuso.
- Mire, señor Neko, déjeme concluir la historia y luego coméntela. Bueno, pues cuando tiene bien «trabado» a Policarpillo, manda por la Tancredita.
- Mirá, muchacha, yo sé que vos vivís con Policarpillo sin estar casada con él.
- No es cierto, señor Alcalde, semos amigos.
- Amigos, eh? A la cárcel.
- Y así pone a cada uno de ellos en la cárcel hasta que después de dos o tres días de encierro tienen que confesar que, efectivamente, viven de modo «irregular». En cuanto escucha la confesión se pone el señor Alcalde como quien se ha sacado el premio gordo.
- Magnífico! Estupendo! A ver, que llamen al señor Cura.
- Y pocos momentos después llama ante su presencia a los dos sujetos.

- Ve, vos, Policarpillo y vos Tancredita. «utualito» voy a casarlos; no quiero que en mi circunscripción vivan fuera de la moral dos de los convecinos del pueblo. Y sin más ni más les hace firmar papeles y testimonios, de allí los envía a la Iglesia y por la tarde ya está todo arreglado y salvada la moral.
- Sotero, Sotero, estoy viendo que te has vuelto mentiroso. Eso no puede ser verdad.
- Que nó? Pues vaya a San Esteban, «conglomérrese» con cualquier chiquilla y verá cómo no pasan ni ocho días sin que lo case el Alcalde.
- Y cobra por eso?
- No, es la única ventaja que tiene. No cobra.
- Menos mal.
- Pero hay que tenerle miedo, como que si no hubiera dicho yo que me había casado con mi «zipota» a estas horas me habría suicidado.
- No, hombre, te habrían casado y santas pascuas.
- Pero no ve, señor Neko, que soy casado. Y si el Alcalde de San Esteban me casa por segunda vez me llevarían a la cárcel por «bigornia».
- Por «bigamia», Sotero, no seas bárbaro.
- Por lo que fuera, pero me llevarían.
- Bien merecido te lo tendrías por inmoral.
- No, si yo sé que eso de vivir así a la «negligé» no es muy moral, pero estoy conforme con que me castiguen con dos o tres meses de cárcel, pero casarlo a uno a «la pura reata», es sentenciarlo a prisión perpetua por todo el resto de la existencia y en eso sí que no estoy conforme.

## QUE HORA ES

ESTE malaventurado Sotero tiene cada ocurrencia capaz de dejar frío a un block de hielo. Ayer lo llamé para que me pusiera en hora un relojito de mesa que tengo y saben ustedes lo que me contestó? Pues que eso de la hora entra de lleno en la teoría de la relatividad de Einstein.

—Pero qué estás diciendo?

—La verdad desnuda.

—Entonces para qué sirven los relojes?

—Para que ganen los relojeros.

—Sotero, Sotero, que estás agotando mi paciencia y puede llegar la hora de que te dé dos golpes.

—Esa será la «hora de la venganza».

—O que te mande a la cárcel por mal portado.

—Esa será la «hora de la expiación».

—Qué horas son esas que me estás diciendo?

—Pues son las horas más solemnes de la vida y las que no marca ningún reloj. Y si no, dígame, señor Neko, qué reloj puede marcar las horas siguientes: La «hora de la muerte», la

- «hora de la recompensa», la «hora de partir», la «hora de la cita.....»
- Esos son «lugares comunes» que todos dicen.
- Pero que no señalan los relojes. Yo he oído decir a un general, en un momento de combate peligroso: ¡Adentro, cojutepequez, ha llegado la «hora de los valientes!» Y en otra ocasión, en una República vecina, cuando se trataba de dar al traste con don Manuel Estrada Cabrera, por todas partes oí que decían: Ha llegado la «hora de las reivindicaciones.»
- Vaya, Sotero, que estás de broma y no quiero disgustarme. Dale cuerda al reloj y ponlo a la hora exacta.
- A cuál? A la «hora de la cita», a la «hora de comer» o a la «hora del trabajo?»
- A la que te dé la gana, condenado; que acabarás con la paciencia de un santo. Tentaciones me dan de vaciarte en la cabezota dos de los tiros de mi revólver.....
- Esa sería la «hora de la muerte».
- Que voy a despedirte de mi servicio.....
- Entonces sería la «hora de pagar».
- Soteroooooo! Soteroooooo!
- No grite tanto, señor Neko, que dirán que está usted en la «hora trágica.»
- Bien, no quiero descomponerme, vete que puede llegar la «hora de la justicia», y dejarte en mitad de la calle.
- Prefiero irme, máxime que ha llegado la «hora de los aguacates» que es la «hora sagrada de la vida».
- Y el poca pena de Sotero se marchó sin darle cuerda al reloj y me dejó pensando en que algún día me llegaría la «hora de la venganza» y podría poner en orden a este Sotero que, se lo digo bajo mi palabra de honor, se ha vuelto más molesto que un camastrón con «talepates.»

## ESTADISTICA SOTERIL

- Con un papelote en la mano y un lápiz en la oreja, se me presentó Sotero.
- Qué estás haciendo, hombre funesto?
  - Me he dedicado a la estadística y estoy «estupefaccionado» de los resultados obtenidos.
  - Estás haciendo la estadística de la población?
  - No, señor.
  - Del desmonte?
  - No, señor.
  - Pues de qué?
  - De lo que ha costado al país la lectura en la Asamblea Nacional, de los Presupuestos.
  - No te metas en honduras, Sotero.
  - No, si no se trata de los de Honduras, sino de los de aquí.
  - Y cuál ha sido el resultado de tus apuntes?
  - Pues que la famosa lectura ha costado, «cuis» más, «cuis» menos, nueve mil setecientos colones.
  - Caramba, Sotero, me parece muy cara la lectura.
  - Carísima, señor Neko, carísima! Como que yo no sé lo que ganará mi compadre Benavente

- por una conferencia, pero no será tanto. Y, dicho sea con perdón de los señores diputados, yo prefiero oír a Jacintillo hablar cosas bonitas y no a los del Salón Azul, ronronear cifras y cifras.
- Pero no habrá exageración en tus cálculos?
- Mire. (Y aquí echó mano del lápiz y extendió el papelote) 42 diputados a 15 colones diarios, todos los días, son 630 colones y como se tardaron 14 días en la lectura, si Pitágoras no es un embustero esto hace 8,820 colones.
- Qué atrocidad!
- La planilla de empleados en esos mismos días monta a 950 colones, que si los agregamos a los anteriores me dan un total de 9,770 coloncitos que es lo que ha costado esa lectura. Y eso que no pongo aquí gastos de escritorio y otras menudencias.
- Pero habrán hecho algunas economías en el Presupuesto y eso compensa los gastos.
- Economía! Vamos, señor Neko, usted está en el limbo. Verá, como rebajar rebajaron el sueldo del Presidente del Tribunal de Cuentas, en 1,200 colones al año, las rentas de dos casas para escuelas en 540 colones al año y en otras supresiones ahorraron 1,800 colones, total 3,540 colones.
- Algo es algo.....
- Pero aumentaron en sueldos a los jueces y en tres escuelas en la capital 3,600 colones, de modo que encima de lo que costó la lectura, todavía aumentaron 60 colones al año. Y yo digo que para ese aumento que no llega a dos centavos diarios, no valía la pena de pasarse catorce días leyendo y leyendo y que esa lectura le costará a la nación más de nueve mil colones.
- Realmente me parece un exceso.

- Como que con ese pisto se podría haber reconstituido el Salón Azul. Por fortuna, señor Neko, ya se fueron los diputados.
- Pero vendrán otra vez.
- Qué lástima, señor Neko, que no sean como las «Golondrinas del poeta Zepeda .....«Esas no volverán».....
- Sotero, que eso lo dijo Becker.
- Bueno, dígalo quien lo «dígalos», el caso es que no vuelvan.

## EL MAL EJEMPLO

Los señores Diputados, por aquello de cobrar más dietas, tuvieron una idea gerial, archidespampanante, de esas que por sí solas cimentan la reputación de un sabio.

Ellos sabían que el número de sesiones está determinado por la ley y se les antojaban pocas, muy pocas; pero no hallaban la manera de alargar su número, hasta que alguien, cuyo nombre debería ser inscrito en letras de oro en el frontispicio de la Cámara, para admiración de las futuras generaciones y reverencia de todos los diputados habidos y por haber, halló la fórmula salvadora.

—Prorroguemos las sesiones. Qué hoy es la primera? Pues mañana es «Continuación de la Primera», y luego otra continuación; y así, de continuación en continuación, podremos tener trescientos sesenta y cinco días de sesiones, con trescientos sesenta y cinco días de dietas.

—Genial! Kolosal! Es usted el Edison de la Asamblea! El Napoleón de la Cámara!

Y así, de exclamación en exclamación, todos lau-

daron al maravilloso inventor de las «continuaciones.»

Y el mal ejemplo cundió: cundió como la grama en los terrenos baldíos.

Ya tenemos que la Junta de Festejos Agostinos también publica la «Continuación de la novena sesión.»

Por qué continuación?

Sesión, según el Diccionario de la Real Academia Española, es «Cada una de las juntas de un concilio, congreso u otra corporación.

Ya lo escuchan ustedes, «cada una.»

De modo que eso de que «continúa la novena sesión» es un disparate de los de marca mayor.

A no ser que el inventor de la «continuación» también reforme el idioma.

Y si en los diputados la cosa tiene su motivo de ser por aquello de las dietas, pícaras dietas!, en la Junta de Festejos no hal motivo para ello, porque, según se sabe, los señores que forman esa Junta, no perciben sueldos.

Una sesión tiene tres períodos: el principio, el medio y el fin. Cuando se termina, se «levanta» la sesión y si se desea continuar, entonces se declara la Asamblea, la Junta o lo que sea en «sesión permanente», hasta resolver tal o cual punto que no admite demora; pero eso de que los señores que «sesionan»—como dicen los modernistas—se vayan al café a tomar su «traguito» y luego a dormir para «continuar» la sesión al siguiente día, es uno de esos disparates que acreditan a un hombre para toda su existencia.

Y aún para después de muerto.

## CUEROS CAROS

Días pasados leí una de esas noticias que lo dejan a uno frío en estas tardes caniculares que convierten la capital en un «horno crematorio».

Don Luis Raúl Angulo, muy señor mío y muy agricultor de San Vicente, está que se arranca, uno por uno, los escasos pelos de la cabeza, al ver cómo desaparecen sus cabezas de ganado vacuno.

Res que se aparta un poco, es res perdida.

Parece que hay una plaga de afectos a comerciar con reses ajenas, que tienen la ventaja, sobre las propias, de no costar un sólo centavo.

Y don Luis Raúl Angulo ha ofrecido a doscientos colones por cada cuero. Pero no por cada cuero de res, que eso sería pagarlos muy caros, sino por cada cuero de ladrón de ganado.

El precio es «comercialmente» muy aceptable.

Ya no se le podrá decir a nadie: Vos no valés ni un cuis!.....

Porque el «agredido» con esta frase despectiva, contestará:

Por lo menos valgo doscientos colones y si lo dudás, dame cinco tiros, despellejáme, cojé mi cuero y lo llevás donde Luis Raúl Angulo, que te dará por él doscientos colones si le decís que procede de un ladrón de ganado.

Yo sabía que algunos gobiernos, en ciertos casos, habían puesto a precio la cabeza de un bandido—por la de Pancho Villa ofrecían cincuenta mil dólares los norteamericanos—(y aquí abro un paréntesis para dar un consejo a los herederos del famoso guerrero asesinado en Parral. Ahora es tiempo de que le digan al Gobierno Americano: tenemos a sus órdenes la cabeza de Pancho Villa, mande por ella, se la entregaremos F. O. B en El Paso a cambio de los cincuenta mil dólares ofrecidos.)

Bueno, pues saliendo de ese paréntesis macabro, yo sabía, repito, que se ponían a precio las cabezas; pero de cueros sólo tenía noticias de que se compraban cueros de ciertos animales, lagartos inclusive, pero no sé de quién comercie en cueros de personas.

Pero, tal será la desesperación de los ganaderos de San Vicente, que no saben dónde esconder sus vacadas para librarlas de los ladrones, que don Luis Raúl Angulo, perfecto caballero, incapaz de matar a un zancudo que le esté picando en el cogote, ofrece doscientos colones por el cuero de cada ladrón de ganado.

Ahora que me ocurre una duda. Don Luis Raúl supongo que no tendrá mucha práctica en eso de ver cueros separados de los cuerpos y puede suceder que sufra lamentables confusiones cuando le lleven una piel, más o menos morena y le digan:

—Mire, don Luis Raúl, este es el cuero «genuino» de Valerianito, el que le robó aquella vaca bermeja que era la más lechera de la finca; ayer

lo venadié, lo lavé en el río y lo despellejé con cuidado. Fijese en que no tiene ningún desperfecto la piel porque el tiro se lo dí en la cabeza para no echar a perder el cuero.

Y, seguramente, don Luis Raúl no sabrá si el cuero pertenecía, efectivamente al Valerianito o procede del cadáver de José María, que falleció de enterocolitis y que era pariente cercano del vendedor, el cual, para enterrar los restos de su consanguíneo, puede idear esta venta para hacerse de dineros.

Porque al fin y al cabo, como pensará el vendedor: Que falta le hace el cuero al difunto para entrar en la gloria!

## LAS APARIENCIAS ENGAÑAN

CUANDO supe que habían nombrado al doctor Schonenberg Ministro de Gobernación, comenté el caso con Sotero, ese pícaro y endemoniado Sotero, que en todo se mete.

—Oyeme, hombre nefasto, qué te parece el nombramiento del doctor Schonenberg?

—Pues ..... mire, señor Neko, yo soy de una franqueza descacharrante; yo creo, y Dios me lo perdone, que el doctor, no va a servir para ese puesto.

—Por qué?

—Pues porque supóngase a un caballero tan pulcro, tan mesurado, tan dandy, teniendo que entenderse con contrabandistas, bolos y maleantes; va a tratarlos con guante blanco y van a reírse de él.

—Así me lo temo, Sotero sutil.

Pero pasaron los meses y ha resultado que el doctor Schonenberg, que parecía un corderito pascual, es una especie de león africano—dicho sea sin ánimo de ofenderlo.—Abandonando aquel bastón de puño áureo, que con tanta gallardía paseaba por la espalda en el Parque,

ha empuñado la tizona y está cerceniando más cabezas que aquel Herodes a quien se culpa de la matanza de los inocentes.

Sólo que el doctor Schonenber no descabeza inocentes, sino pícaros y defraudadores.

Ayer mismo consignó a un maestro de caminos que en las planillas ponía nombres supuestos de trabajadores que sólo existían en su imaginación, y se embolsaba los dineros de la manera más limpia.

Parece que estoy viendo la escena en Gobernación. Suenan un timbre; repiquetea el timbre; arma un escándalo el timbre llamando a Jovel Méndez, el hombre de los quevedos quilométricos y la sonrisa funambulesca.

—Amigo Jovel, le dice el Ministro, con una amabilidad suprema, con toda la finura de este mundo, sin causarle mayores molestias, va usted a librar un oficio al juez de primera instancia para que abra un proceso a Perenganito de Tal, maestro de caminos, que ha dado en la manía de poner nombres supuestos en las planillas.

—Inmediatamente!

—Ah! Por supuesto que como no será este el único «planillero» que ejecute esa maniobra, vamos a investigar con mucho cuidado para poner a buen recaudo a todos los defraudadores de los cuises del pueblo.

(Esto de los cuises es cosa mía, seguramente el doctor les llamará colones).

Vuelve a sonar el timbre: repiquetea, aturde. Y Jovel Méndez se precipita como un alud en el despacho del Ministro, quien con una suavidad de terciopelo, le dice:

—Señor Jovel Méndez, tenga la bondad de que me lleven a la cárcel a estos cuatro contrabandistas; de que me consignen a un juez a estos

pícaros y de que se cumpla el reglamento de teatros. Sin violencia, con finura, pero con firmeza.

Y ahí tienen ustedes como las apariencias engañan. Sotero y un servidor creíamos que el doctor Schonember sería un manso corderito y así, con verdadera gentileza, con frases sedenas, con ademanes suavísimos, manda a la cárcel a todos los que cometen una acción pecaminosa.

Qué bien decía aquel refrán: «Del agua mausa me libre Dios, que de la brava me libre yo».

El doctor es así: suave, pulcro, finísimo; pero está haciendo una limpia que todos le agradecen. Menos, como es natural, esos maestros de camino y contrabandistas que ven que se les «cae» su provechosa industria.

## UNA POTENCIA

DOÑA Lastenita y doña Urraquita, eran dos amigas inseparables. No había favor que no se hicieran ni pasaba día en que no se hablaran por teléfono.

—Felices Tenita, cómo amanecistes?

—Bien, Quita, y vos?

—Con cierto dolor de cabeza.

—Tomate una aspirina y chupate un limón.

—Vieras que no me hace efecto.

—Pues no tomés nada, no vayás a enfermarte.

Y luego de esto venía toda una serie de recomendaciones y de consejos.

Y esta amistad fraterna, este verdadero amor que se tenían las dos amigas, ha sido convertido en virutas por la Felipita.

Qué quién es el la Felipita?

Pues es nada menos que la «china» de Quiquito, el primogénito de Tenita, un chiquillo de dos meses que ya sabe llorar tan a la perfección que me río yo de Caruso cantando «Vesti la juba.»

La Felipita fue de visita a la casa de Quita y ésta, que estaba en esos momentos en la sala

de su casa atendiendo a personas de significación, no cedió el sitio de honor a la «china», la que se sintió herida en su dignidad de «depositaria» del primogénito de Tenita y regresó a su casa hecha una verdadera hiena.

—Miré, niña Tenita, yo lo siento, pero no vuelvo nunca a la casa de la niña Quita, que se ha manejado con «nosotros» como un chompipe..... Ni me recibió en la sala, ni me atendió. El pobrecito de Quiquito quería que le dieran un muñeco de china que estaba sobre una mesa y no se lo dieron. En fin que nos han tratado como dos desconocidos y nos dejaron «ingrimos» en el corredor.

—Qué me decís? Pero eso es cierto?

—Se lo juro a usted por la memoria de mi tía, que era una señora que tenía muchísima memoria.

—Está bien: así son las amigas. Fiate, fiate de su cariño..... Haber despreciado a mi Quiquito..... No vuelvo ni a saludarla.

Y, con efecto, porque la Quita no atendió a la «china» como si se tratara de la Duquesa de Nájera o de la Emperatriz del Japón, se rompe la amistad de las dos amigas; se encuentran en la calle y no se saludan.

Y lo más curioso del caso es que la «china» que ocasionó este lío es una joven del color del chapotote, que trata a Quiquito como si fuera un «gatillo» esmirriado y que se ríe interiormente de haber causado este disgusto.

Las «chinas» que llevan de visita a los niños llorones de dos o tres meses, son una verdadera potencia. Hay que atenderlas y cuando una de ellas asoma el sucio delantal por la puerta, hay que dejar todo lo que se está haciendo y adelantarse diciendo con una sonrisa verdaderamente acaramelada:

—Vaya, Felipita, cuanto gusto en verte. Qué lindo está el niño y vos qué galana.....

Y la Felipita, para agradecer este recibimiento, se sienta en el estrado y se está ahí contando las «interioridades más interiores» de sus amos hasta que tiene a bien retirarse.

Yo sé de una amable señora que le tiene más miedo a la visita de las «chinas», que a las de los que se dicen damnificados y van a ver si logran sacar algo.

## CARTA CANINA

EL correo me trajo una carta. De amores? Ca, a mí no hay quien me escriba cartitas eróticas. La misiva era de un apreciable can y dice:

«Señor Neko:—Usted que defiende los intereses del pobre, lance una mirada de piedad sobre nosotros, los pobrecitos perros abandonados, que vagamos sin tener techo ni pan.

Yo me llamo «Canelo», no sé quiénes fueron mis padres ni sé dónde nací; en lo que me parezco a la protagonista de «Flor de The».

Jamás me ha llevado en su perfumado regazo una de nuestras distinguidas damitas, que suelen acariciar a un chucho como si se tratara de una persona, y le dan terroncitos de azúcar, y hasta lo pelan!!!

A mí no me ha pelado nadie!!!

Duelmo en el portal Sagrera, como cualquier desgraciado, y por las noches, antes de dar la última vuelta para echarme, suelo ir al Colón o al Principal a ver a la Mayendia, a la Prochaska o una de esas películas en donde llueven los puñetazos.

Después comento con otro perro amigo las peripecias de la film y nos acostamos, sin morder a nadie, sin molestar a nadie, en uno de los parques o en el propio pórtico del Principal.

Pues bien, anoche me ocurrió un suceso que me tiene dolorido. Entré al Principal y primero ví que un policía, cumpliendo con las órdenes recibidas, le decía con la mayor finura a un sujeto:

—Favor de tirar esa «cabuya», aquí no se puede fumar.

Después increpó a otro con una finura verdaderamente digna de un diplomático.

—No se puede entrar; tómese la molestia de esperar a que llegue el intermedio.

Al verlo tan fino, tan caravanero, le dije a «Pintado», que es mi amigo, un perro color de rábano afligido:

—Mira, «Pintado», qué policía tan fino! Da gusto ver a un agente tan correcto.

Y no acababa de decir eso, cuando el agente se fijó en nuestras humildes y cuadrúpedas personas y, sabe usted lo que hizo?

Pues se olvidó de la urbanidad, de la diplomacia y de la cortesía y me dió dos patadas—porque aquellos no fueron puntapiés sino patadas—y luego, con la culata de la carabina, me arremó un golpe en el hueso dulce, que por poco me deja torcido para el resto de mis días.

Salí perniquebrado y maldiciendo de aquellos modales y sólo me consoló el escuchar que en la esquina opuesta unos cuantos sujetos, que se tomaban un fresco de «ensalada», comentaban:

—Ve, vos, Antonio, al doctor Bisturí, por fumar en luneta, le hicieron apagar el cigarrillo y a mí, por fumar en galería, me arrojaron del teatro. Eso no es patriotismo!

- Pues eso no es nada. A mí, porque le pedí «La Luna» a la Mayendía, me sacaron por escandaloso y cuando desde un palco piden eso, u otra cosa, ni palabra.
- Pues a mí—terció un chiquillo—ya ni acercarme a la taquilla me dejan, dicen que me van a llevar por vago. Vago yo, que de día voy a la escuela, por la tarde vendo periódicos y por la noche venía al teatro a divertirme. A que no se llevan a esos vagos que por la mañana se levantan a las once, por la tarde van en auto a Santa Tecla y por la noche vienen a los teatros para ver qué «sacan». Pero es claro, la vagancia sólo se aplica a los pobres.
- Oye, vos, le dije a «Pintado», «monós» de aquí porque estos están interpretando la justicia y a mí me tiene resentido la policía. «Monós», que si un guardián del orden los escucha, puede llevárselos a la Comandancia de turno y a nosotros también como cómplices inconscientes.
- Y esto es lo que quería decir a usted, señor Neko, para ver si logra que los policías, cuando nos arrojan de los teatros por no haber pagado boleto, en lo que nos parecemos a muchos que también entran de «choto», nos traten con más cortesía, siquiera para que no tengamos que lanzar esos aullidos de dolor que parten los corazones.

Lame sus pies.

CANELO.

Esta es la carta, los comentarios podrá hacerlos el curioso lector.

## EN TRANVIA

**S**UBIR a un tranvía es cosa fácil, de una facilidad infantil.

Pero viajar cómodamente es más difícil. Y aún, a veces, imposible.

Va usted a Mejicanos a respirar el aire fresco y se mete en uno de gasolina, en el que van apretadas unas veinte personas. Como no hay un sitio disponible en donde sentarse, tiene que hacer el viaje de pie.

Pero esto no es lo más grave. Lo peor es que comienzan a subir algunas estimables vendedoras, con canastos, tiliches y viandas, y las van depositando en cuanta pulgada de terreno hallan libre.

Y a los cinco minutos se encuentra usted rodeado por todas partes. Convertido en el centro de un campo atrincherado, mucho más inexpugnable que el legendario Verdun.

El domingo, por mal de mis pecados, tuve la desgracia de subirme a un tranvía que venía de Mejicanos para la capital.

Y me senté; lo cual ya era una fortuna. Pero antes de que arrancara el motor comenzaron

a tomar posesión del tranvía, las vendedoras que traían al mercado sus cuentos.

A los pocos instantes estaba yo como enterrado entre las robusteces de una señora, que traía en sus piernas un hermoso canasto, y las galanuras de una zipota choca y cuta, que cargaba con amor materno un par de gallinas.

A mis pies tres o cuatro bultos de frutas, verduras y otros comestibles debajo del asiento un «chucho» que gruñía de modo alarmante.

Comenzó el viaje y a cada instante aquel tranvía se llenaba más y más. Yo me sentía sofocado por mi vecina de la derecha, que no cesaba de rebullirse buscando más amplio espacio a su colosal personalidad e iba a chocar contra la zipota de las gallinas, que a la segunda vez me miró con su único ojo bueno como diciéndome: No hay que abusar de las apreturas.

En esto, y venciendo toda suerte de dificultades, llegó el cobrador de billetes y como la de las gallinas no tenía mano libre, pues la única válida era en la que cargaba los volátiles, se volvió a mí y con una sonrisa que parecía una mueca, me dijo:

—Tenga la generosidad de tenerme estas gallinas un momento:

Y sin esperar mi respuesta me las largó, en tanto que ella buscaba en sus bolsillos los níqueles para el tranvía.

Y cuando le devolví las aves, tropecé con la dificultad de no poder sacar el pisto, porque la señora gorda casi se había sentado sobre mí.

—Me permite, señora, que saque el pisto para pagar mi billete?

—Debía traerlo en la mano y no estar molestando a las pasajeras.

—Señora, en todo caso, la que molesta es usted trayendo esos canastos y tiliches.

- Los traigo porque me da la gana. Pensaré que iba a traerlos cargando sobre la cabeza y a pie. Y para eso pago mi boleto, para traer lo que se me antoje.
- Es que este es un carro de pasajeros, no un tren de carga.
- Pues si le parece de carga, bájese; no vuelva a subir en ellos, porque no por darle gusto vamos a dejar de meter en el tranvía todo lo que nos dé la gana. Hasta cadáveres si se ofrece.
- Y convencido más por los gritos de la señora que por sus argumentos, me levanté del asiento, pagué el billete y después de saltar sobre quince canastos, veintiocho bultos y pisarle los callós a un pasajero, logré salir de aquella prisión, jurando y perjurando que antes de subir a otro tranvía, me corto la yugular.

## DIEZ CENTAVOS

ULTIMAMENTE, y en cada vapor, no deja de desembarcar en nuestras playas una caravana más o menos numerosa de turistas que viene hasta la capital, da unas vueltas por el Parque, compra hamacas o alforjas, se bebe sus traguitos de whiskey, fruta prohibida en los Estados Unidos, y luego se reembarca satisfecha de haber conocido un pueblo más.

Los turistas son muy simpáticos. Y, además, muy productivos. Todos vienen bien provistos de billetes y los dilapidan con largueza.

Pero tienen un defecto: el idioma.

No conocen del español ni tres palabras y les ocurren algunas peripecias dignas de tomarse en cuenta.

Anoche mismo, en el Parque un grupo de turistas fue a escuchar la música y tomó asiento en las bancas. Dos señoras se arrellenaron en las sillas del Asilo Sara y escuchaban, con gran atención, las melodías orquestales cuando se presentó con sus billetitos en la mano, el cobrador del Asilo.

Entonces la cosa adquirió los tintes del sainete. Las señoras no sabían una palabra de español; el cobrador ignora el inglés en absoluto y no había a mano ningún intérprete más o menos oficial que explicara a la señora que cada uno de aquellos asientos valía diez centavos y que estos se destinaban a ayudar al sostenimiento del Asilo Sara.

El cobrador pretendía explicar todo aquello por señas; lo que era el colmo, y las señoras se quedaban como quien ve visiones. Hasta que el hombre tuvo un arranque genial: enderezó el cuerpo, ahuecó la voz y con una pureza que le hubiera envidiado mister Hughes, les dijo a las damas tendiéndoles los billetes del asiento: —Ten cents.....

Al oír el idioma patrio las damas se sonrieron; entregaron el dinero al cobrador y éste se limpió el sudor que le había hecho verter aquel esfuerzo lingüístico.

—Venga usted acá, hombre, venga usted acá— exclamé alborozado—le felicito por su habilidad para hacerse pagar. Con usted seguramente nadie ocupará un asiento sin satisfacer su importe. El producto de las sillas será grande y hay que celebrarlo.

—No lo crea usted. Paso más fatigas para cobrar, que un cesante para hallar un destino.

—Cómo es eso?

—Pues que todos me conocen y en cuanto me ven se van levantando de las sillas para no soltar los diez centavos y para cobrarlos, tengo en muchas ocasiones que sorprenderlos sin darles tiempo a levantarse. Esto de las sillas tiene más pelos que un coco. Los hombres suelen tenerles miedo porque ocurre que a lo mejor se le sientan «por casualidad» al lado

dos o tres amigas que ya saben que a la hora del cobro el amigo tendrá que pagar por ellas. Los zipotes, que son los peores, se sientan para levantarse los pantalones y lucir unos escarpines de seda artificial, a fin de que se los vea Emerenciana, que anda de paseo y en cuanto me ven venir se levantan rápidamente y emprenden su paseo tatareando aquello de «cara sucia, cara sucia.»

- Y las señoras, pagan?
- Cuando van solas, muy pocas veces se sientan en las sillas; pero cuando van acompañadas, casi nunca se sientan en una banca. Se dan tono con el pisto ageno. Si viera usted los diálogos que he oído.
- Elenita, no te sentés en las sillas, esperáte a que venga Ramón, que ya sabés que siempre nos paga los asientos.
- Pero mamá, si es que ya no aguanto con lo que me aprietan las zapatillas.
- Pues sentémonos en una banca.
- Yo no me siento en una banca: o en silla o me voy a casa.

Y cuando el diálogo se va acalorando aparece Ramoncete, apresurado, obsequioso y tras los saludos de costumbre las invita a sentarse para poder hablar con más comodidad con la Elenita.

- Esta no quiere sentarse—dice la madre—está empeñada en dar dos o tres vueltas más.
- Por Dios, Elenita, sentémonos, que yo vengo a pie desde la Finca Modelo y estoy cansado.
- Sólo por darle gusto. Y los tres ocupan las sillas y el cobrador puede presentarse de frente, sin temor de que se levanten, pues Ramoncito, para pagar aquel pequeño tributo, hasta ha suprimido de su comida dos tortillas diarias y se lustra los zapatos personalmente.

## QUE LO DESPIERTEN

Como quien abandona unos pantalones desgarrados; como quien tira unos zapatos viejos, dos mujeres dejan en la calle a dos infelices niños.

¿Quiénes serán esas fieras con faldas que así se desprenden de sus hijos?

Posiblemente su delito quede en el misterio. Y será una lástima.

Yo comprendo todo: hasta los crímenes pasionales, hasta el suicidio, hasta el latrocinio; pero lo que no me entra en el caletre es que una madre se desprenda voluntariamente de su hijo.

Esto no lo puedo comprender. Sólo de enunciarlo me subleva.

El amor a los niños es algo que está por encima de todas las pasiones; seres indefensos que se cobijan, como pajaritos, bajo las alas de la madre y que éstas lanzan en mitad del arroyo exponiéndolos a la caridad pública.

Y este es el abandono total; pero hay el abandono parcial.

Las madres que no se cuidan del aseo de sus hijos, que los dejan arrastrar sus carnes por el polvoso pavimento, que les permiten comer los más indigestos manjares y que por la noche les obligan a dormir en un tabuco entre perros, tuncos y gallinas, como si el Arca de Noé persistiera a través de las edades.

En los patios de los mesones el cuadro es el mismo: en la puerta, la madre que fuma un cigarrillo, escuchando las armonías de un destemplado piano de manubrio; ante una mesa el padre que escancia sus traguitos de guaro y en mitad de la calle una turba de chiquillos desvestidos, con la cara hecha un mapa, arrojándose puñados de tierra, como si este fuera el mayor divertimento posible.

- Mirá, Anacleta, mirá cómo Martica se ha comido dos semillas de marañón.
- Y qué? Eso es muy estomacal y como tiene fiebre de lombrices puede que con el marañón se alivie.
- Es que se las ha tragado enteras y está abriendo la boca como para tomar aire; de repente se ahoga.

La madre ante aquella amenaza se levanta y mira a la susodicha Martita, que es una chiquilla de vientre abultado y piernas flácidas, haciendo la mar de visajes sin poder acabar de tragarse la semilla de marañón. Por toda providencia la progenitora mete en la boca de la niña una mano nudosa en que negrean las uñas de gavilán y extrae, como quien arranca muelas, la peligrosa semilla, y luego, por vía de correctivo, aplica a la infeliz criatura una docena de «chilillazos» de esos que dejan señales para toda la semana.

Ese es el amor materno; descuido y golpes.

Y cuando llega a su período máximo se traduce en el abandono de la criaturita que es llevada, florosa, a la Comandancia de Turno, en espera de la madre que vaya a reclamarla.

Porque hay ocasiones en que el abandono no es intencional. La madre se pone de charloteo con una su comadre o amiga y se olvida de la pequeñuela, hasta que después de pasadas algunas horas, como quien ha dejado olvidado el pañuelo, exclama:

—Dónde estará la Soledad? Esa niña es más dunda que un tacuasín.

Y mientras tanto la niña va de la mano del policía hasta la Sección en donde es recogida por la autora de sus días, seguramente, en vez de sufrir una multa por este descuido, y en cuanto llega a su casa le aplica a la víctima un castigo inquisitorial.

No me cabe duda, hay ocasiones en que el Angel de la Guarda echa sus siestecitas y abandona a los niños.

Y hay que despertarlo.

Yo le compraría un reloj de esos que repican cada diez minutos y son capaces de levantar a un ebrio fondeado.

## LA COSTUMBRE

**A**YER me tropecé con una criada, de esas de zapatos de piel humana, medias de la misma materia y uñas con 6 meses de luto riguroso. No sé que desventurado tuvo la mala suerte de decir:

—Aquel feo, de sombrero ladeado y cabuya inseparable, es Neko, el peliculero de LA PRENSA.

Al oír aquellas palabras la Maritornes de marras se dirigió a mí y con un acento ronco y un aliento que trascendía a guaro, me espetó el siguiente discurso:

—Usted la ha tomado con las criadas y se cree que todas somos unas haraganas y unas manirrotas. Por qué no habla usted de las amas?

—Porque me parecen muy buenas personas.

—Pues está usted más «herrado» que las mulas del tranvía. Las amas también merecen una película. Veya, yo estoy donde la familia Pintadilla y paso más penas que si estuviera en la «Península».

—Sí, pues que le pasa?

—Que la niña me dá por la mañana cuatro reales y quiere que de allí salga el café con leche,

- los frijoles, el pan de dulce y el de hombre y hasta un huevoito que se come todos los días la niña Raquelita, que está «anemia».
- Tendrá usted que hacer prodigios!
- Ni el milagro de los panes y los peces. Pero no es eso lo peor. Luego voy al Mercado y tengo que andar buscando donde dan más, aunque sea malo, porque la niña Tomasita, que es la encargada de hacerme la cuenta, quiere que lleve todo abundante con doce reales y ya calculará lo que se puede comprar para una familia de siete.
- Pues se comprará muy poco.
- Y en la casa no me dejan un momento. Verá usted lo que ocurre y como me habla la patrona:
- Rosita, en cuanto terminés de hacer el desayuno, tenés que lavar unos pantalones de Juanito, que ayer anduvo por el Modelo y llegó más sucio que las patas de un tunco.
- Está bien.
- Y después, para descansar, me tenés que hacer unos mandaditos: Vas donde la familia Torresmochas, que viven al lado del Hospital Rosales y les llevás esta novela, que me la prestaron anoche, y les decís que me gustó mucho y que me manden otra, y luego, de paso, vas a la casa de la costurera, que es a un lado de la Estación de Occidente y le pedís el traje que me está haciendo.
- Voy a pie o en tranvía?
- A pie; si son dos pasos! Ah! y no te tardés mucho, pues queremos almorzar temprano porque tenemos que ir a Santa Tecla.
- Con su permiso.
- Mirá, Rasita, como entre hacer el almuerzo y la comida tenés tiempo de sobra, laváme unos cuantos calcetines y las dos sábanas grandes,

- porque no tenemos más que cuatro y hay que cambiarlas.
- Y esto, señor Neko—me aseguró muy formal Rosita—no es sino un pálido reflejo de lo que pasa en el interior de algunas casas. Hay que rajar leña, que planchar camisas, que lustrar suelos, que acompañar a los niños al colegio, que recibir a los que vienen a cobrar cuentas y que ir a la compra al Mercado.
- Y en esto de la compra es donde usted, simpática Rosita, se «desquita» de todos esos malos ratos?
- Algunas veces, señor; como una es «probe» .....
- Y cuánto gana usted al mes?
- De sueldo seis colones.
- Y, aparte del sueldo?
- Según la casa, según la habilidad de la patrona y según los tiempos. En el «ivierno» se gana más.
- Y no sería mejor que usted pidiera más sueldo y no ganara más que lo que legítimamente le corresponde?
- No, señor; hay que respetar las costumbres y la costumbre es ir al Mercado y hacer un poco por una misma.
- Pues si es una costumbre no volveré a ocuparme más de ella.
- Y hará usted muy bien, porque yo sé de varias amigas mías que me han dicho: Si el tal Neko me lleva de cocinera, me le voy con el canasto y el dinero de la compra.
- Es que eso lo hacen también con otras personas.
- Es otra costumbre, tampoco hay que hablar de ella.

## LOS BANQUEROS

No crean ustedes que voy a referirme a los Directores, Gerentes o Propietarios de Casas Bancarias. A éstos sujetos no los trato.

No los he tratado jamás.

Nunca he extendido un cheque ni lo he cobrado. De papel con valor sólo conozco los billetes de Banco de uno y dos colones.

Algunos me aseguran que los hay de más valor. Pero deben ser bromistas.

Nunca los he visto.

A los otros «banqueros» sí que los conozco y aun los conocen ustedes.

Son todos aquellos desocupados y también muchas desocupadas, que han tomado en usufructo las bancas de los Parques, especialmente las que dan frente al Teatro Colón.

Aproximadamente suman un centenar.

De modo que tenemos, por lo menos, cien «banqueros» en la capital.

Lo que es de significancia.

Todas las noches—excepto las lluviosas—van tomando asiento en sus barcas y se pasan las

horas muertas escuchando el golpeteo de la marimba del Colón.

Se saben de memoria todas las piezas que «ejecutan»—algunas son verdaderamente ejecutadas—los marimbistas de ese teatro.

—Ve, vos, Anselmo, ya terminó el primer rollo, ya dieron luz.

—Viste si entró la Chepita?

—Sí, pero fue a galería.

—Antes iba a preferencia.

—Sí, pero desde que se «distanció» de don Roderico, ya tiene que pagarse sus billetes y como se gana la vida aplanchando, no le alcanza más que para una galería.

—Te fijaste en lo que repiten ese fox-trot de «La Reina del Fonógrafo»?

—Debían estudiar algo nuevo, porque a nosotros nos agrada la música buena y variada.

—Fijáte, fijáte en don Andrés, ha estrenado traje.

—Es que está la Petrita y como anda tras ella, quiere que lo vea bien trajeado.

—Qué película dan?

—«El Torbellino».

—Dicen que es tremenda.

—A mí no me gusta la escena muda. Te acordás de la Mayendía?

—No dejé de oírla ni una vez.

—Te costaría mucho pisto.

—Le oí desde aquí; entonces venía Manuel, que ahora se unió con Chusita y ya no puede salir por las noches.

—A mí lo que me molesta de esos asientos es que vienen algunas personas que deben ser hidrófobas.

—Por qué?

—Porque le tienen horror al agua y no se bañan sino por casualidad; el día que les coge un «me-catazo» de agua o tienen que atravesar una corriente.

—Yo vengo porque ando viendo si me «topa» la Mariíta, que tiene una pulpería y presta a rédito y hasta dicen que compra recibos.

—Y te casarías con ella?

—Eso ya es mucho decir, pero si me «topa» ya me verás de pulpero.

—Calláte, que ya empezó el segundo rollo y ahora están los de la marimba tocando una pieza nueva.

—Pues es verdad.

Y cuando termina este segundo rollo los «banqueros» continúan en sus charlas.

Conocen a todo el mundo, saben cuántos trajes tiene cada señorita, cada chico de la «creme» y cada mengala.

Saben la crónica escandalosa de todo el mundo: los raptos, los amoríos, los tropiezos.

Todo.

Y así como los Banqueros del pisto llevan sus contabilidades y saben el valor comercial de cada firma: la solvencia de cada comerciante y están al tanto del alza y de la baja de los valores, estos «banqueros» llevan por partida doble o triple, la contabilidad de la vida privada de cada uno de los paseantes, saben de la virtud de las mujeres, de los defectos de los hombres y escuchando la marimba frente al Colón, van pasando una revista escandalosa a todos.

Y hay que tenerles más miedo que a un terremoto.

Y si los hombres son malos y un tanto exagera-

dores y hasta difamadores en sus apreciaciones, las «banqueras» son más temibles. Porque la lengua de la mujer, con una suavidad de seda, es capaz de despellejar a un elefante. Las hay de cuidado. Y hay que cuidarse de ellas.

## QUE SE QUITEN

UN grupo de señoritas, de las que concurren a las matinées del Teatro Principal, me han escrito una misiva suplicándome haga una indicación a esas dos docenas de jóvenes que se estacionan frente al coliseo de las columnas monumentales a «pasar revista» a todas las jóvenes, señoras y niñas que llegan al teatro.

—Nosotras—me dicen esas señoritas—vamos a las matinées sin vestirnos como para una velada de arte; es más: usamos casi la misma ropa que llevamos en la casa, y nos da pena oír a todos esos muchachos que, cuando pasamos, hacen comentarios sobre que no variamos de trajes.

Además—dicen en sus lamentaciones las bellas quejas—tenemos que sufrir el continuo piropeo de esos chicos, piropeos que siempre son los mismos y que nos sabemos de memoria.

Y terminan rogándome que influya para que las autoridades los retiren del frente del Principal, obligándolos a dejar el paso franco a las muchachas.

Me parece muy justa su petición

«eko: Dígales a los niños que se acerquen, porque a mí, ver la película sin haber visto antes en la película a Toñito, o Carlos, no me agrada».

Hoy se quejan de que las molestan con sus piropos y que les dificultan el paso; puede que mañana se molesten con su ausencia.

Será una retirada estratégica para luego avanzar con más ímpetu y conquistar esos corazones femeninos. Ahora que lo más conveniente sería que compraran sus boletitos y como en las matinées no hay asientos numerados, ellos podrían sentarse al flanco o a la retaguardia de sus adorados tormentos.

—Pero cómo van a comprar boleto—me dice Mariíta, que es una de las más quejosas—si son hijos de dominio y no tienen ni dos reales? Caracoles, eso sí que es una dificultad. Si no tienen para entrar al cine, están perdidos. Y entonces no les queda más que una solución. Irse definitivamente. Porque sin dinero no se puede hacer el amor. Ni siquiera intentarlo.